

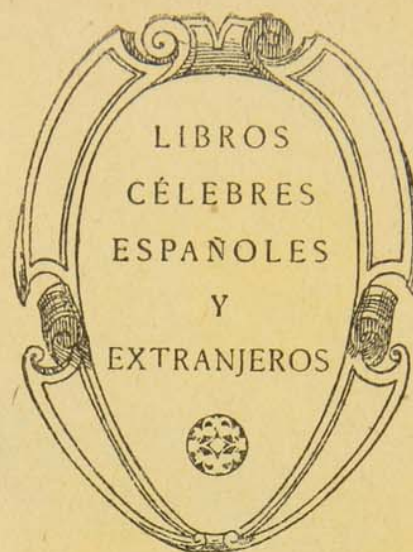
EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE



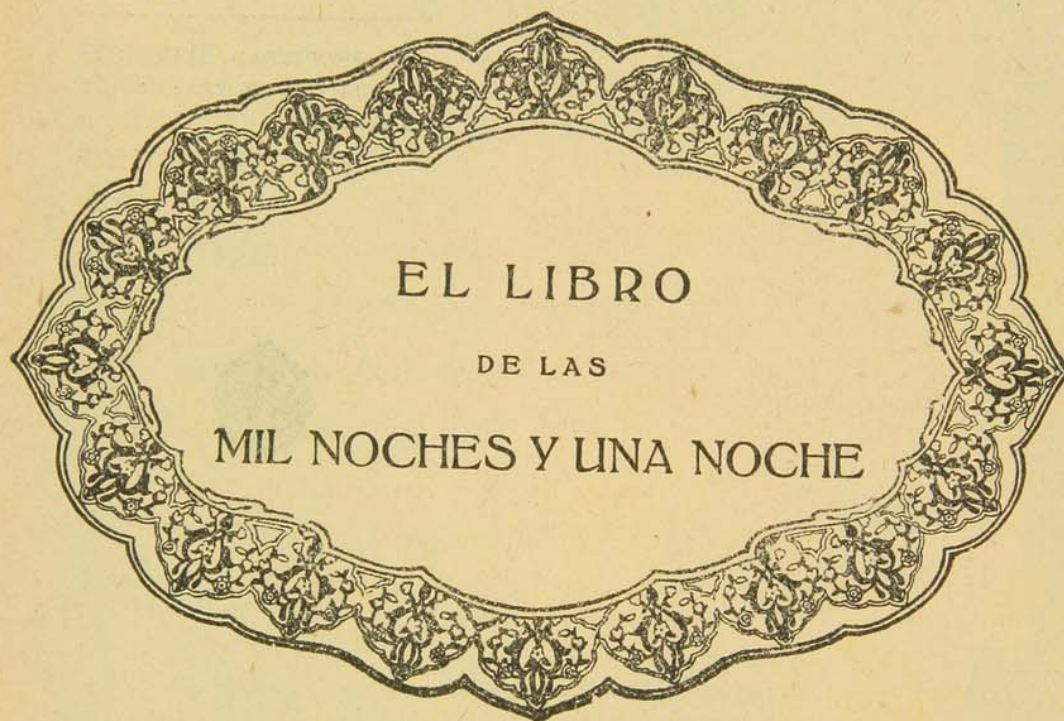
TRADUCCION DIRECTA
Y LITERAL DEL ÁRABE
POR EL DR. J. C. MARDRUS
VERSION ESPAÑOLA DE
• V. BLASCO IBÁÑEZ •
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

EDITORIAL
PROMETEO
VALENCIA

©Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)



Director literario: V. Blasco Ibáñez



ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

DOCTOR J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

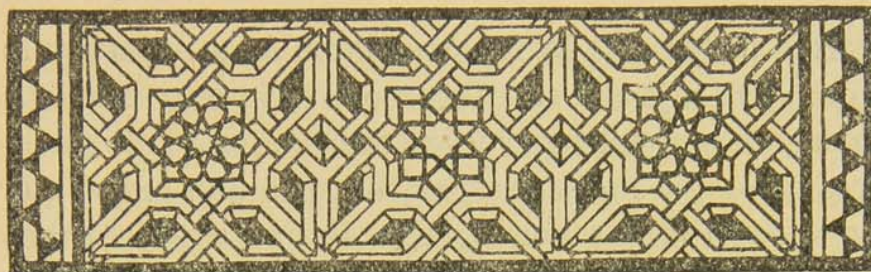
TOMO VIGÉSIMO

Los ocios encantadores de la adolescencia des-
ocupada.—Historia del libro mágico.

PROMETEO

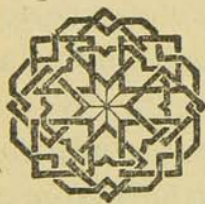
Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)



LOS OCIOS ENCANTADORES DE LA ADOLESCENCIA DESOCUPADA

El mozalbete de la cabeza dura y su hermana
la del pie pequeño



Se cuenta—pero Alah es más sabio—que en una ciudad entre las ciudades de un país entre los países, había un hombre honrado y sumiso á la voluntad del Altísimo, con una esposa excelente y temerosa del Todopoderoso, y había tenido ella—gracias á la bendición—dos hijos, un niño y una niña. Y el muchacho había nacido con una cabeza voluntariosa y dura, y la niña con un alma dulce y unos piecitos deliciosos. Y cuando los dos niños eran ya mayorcitos murió su padre.

Pero á la hora de la muerte llamó á su esposa y le dijo: «¡Oh hija del tío! Te recomiendo muy particularmente que veles por nuestro hijo, pupila de nuestros ojos; que no le regañes, haga lo que haga; que no le contradigas nunca, diga lo que diga, y sobre todo, que le dejes hacer siempre lo que quiera en cualquier circunstancia de su vida (¡ojalá sea larga y próspera!).» Y cuando su esposa se lo prometió llorando, ya había muerto él dichoso y sin desear nada más.

Y la madre no dejó de cumplir la última recomendación de su difunto esposo. Y al cabo de cierto tiempo se acostó para morir (¡sólo Alah es el eterno viviente!) y llamó á su hija, la hermana del muchacho, y le dijo: «Hija mía, has de saber que tu difunto padre (¡sea con él la misericordia del Clemente!) me hizo jurar, á su muerte, que jamás contrariaría los deseos de tu hermano. ¡Ahora júrame á tu vez, para que yo muera tranquila, que cumplirás esta recomendación!» Y la joven prestó el juramento á su madre, que murió contenta en la paz del Señor.

Y he aquí que, en cuanto estuvo enterrada la madre, el mozalbete fué en busca de su hermana y le dijo: «Escucha, ¡oh hija de mi padre y de mi madre! Quiero, en esta hora y en este instante, reunir en casa todo lo que posee nuestra mano en muebles, cosechas, búfalos, cabras, y en una palabra, cuanto nos ha dejado nuestro padre, y quemar el continente con el contenido.» Y la joven, llena de estu-

por, abrió sus grandes ojos, y exclamó, olvidando la recomendación: «¡Oh querido! Pero, si haces eso, ¿qué va á ser de nosotros?» Y contestó él: «¡Ya verás!» E hizo lo que había dicho. Amontonando todo en la casa, le prendió fuego. Y se convirtió en llamas todo, bienes y fondos. Y advirtiéndolo el mozalbete que su hermana había conseguido esconder en casa de los vecinos diferentes objetos para salvarlos del desastre, se dedicó á la busca de las tales cosas, y dió con ellas siguiendo las huellas de los piececitos de su hermana. Y cuando las encontró, las prendió fuego á una tras de otra, continente y contenido. Pero los propietarios, mirándole con malos ojos, se armaron de horquillas y se pusieron en persecución del hermano y de la hermana, para matarlos. Y le dijo la joven, muriéndose de miedo: «¡Ya ves ¡oh hermano mío! lo que has hecho! ¡Pongámonos en salvo! ¡ah! ¡pongámonos en salvo!» Y emprendieron juntos la fuga, poniendo pies en polvorosa.

Y estuvieron corriendo un día y una noche, y de tal suerte lograron escapar de los que aspiraban á su muerte. Y llegaron á una hermosa propiedad en donde hacían la recolección unos labradores. Y para poder vivir, ambos hermanos se ofrecieron á ayudar, y en vista de su buena cara, fueron admitidos.

Y he aquí que, días más tarde, estando el mozalbete solo en la casa con los tres hijos del amo, les hizo mil caricias para atraérselos, y les dijo:

«¡Vamos á la era, para jugar á que trillamos el grano!» Y cogidos de las manos se fueron los cuatro á la era consabida. Y para dar comienzo al juego, el mozalbete hizo primero de grano, y los niños se divirtieron trillándole, aunque sin hacerle daño, lo preciso para que el juego resultase más á lo vivo. Y les tocó á su vez convertirse en grano. E hicieron de grano. Y el mozalbete los trilló como si fuesen grano. Y los trilló tan bien, que les hizo papilla. Y murieron en la era. ¡Y he aquí lo referente á ellos!

Pero, volviendo á la joven, hermana del mozalbete, es el caso que cuando notó la ausencia de su hermano pensó fundadamente que estaría cometiendo alguna acción destructora. Y se puso en busca suya, y acabó por encontrarle cuando acababa él de aplastar á los tres niños, hijos del propietario. Y al ver aquello, le dijo: «¡Pongámonos en salvo pronto, ¡oh hermano mío! pongámonos en salvo pronto! ¡Mira lo que has hecho! ¡Con lo bien que estábamos en esta propiedad! ¡Pero pongámonos en salvo pronto, pongámonos en salvo!» Y cogiéndole de la mano, le obligó á emprender la fuga con ella. Y como la cosa entraba en sus proyectos, se dejó él arrastrar. Y partieron. Y cuando el padre de los niños regresó á la casa, y tras de buscar á sus hijos los halló hechos papilla en la era, y se enteró de la desaparición del hermano y de la hermana, exclamó, encarándose con su gente: «¡Hay que echar á correr detrás de esos dos infames que han pagado nuestros beneficios y la hospitalidad matando á mis

tres hijos!» Y se armaron de un modo terrible con flechas y estacas, y persiguieron al hermano y á la hermana, tomando los mismos senderos que ellos. Y á la caída de la tarde llegaron á un árbol muy grueso y muy alto, al pie del cual se acostaron en espera del día.

Y he aquí que el hermano y la hermana se habían escondido precisamente en la copa de aquel árbol. Y al despertar por el alba, vieron al pie del árbol á todos los hombres que les perseguían, y que dormían aún. Y el mozalbete dijo á su hermana, mostrándole al amo, padre de los tres niños: «¿Ves á ese tan alto que está durmiendo? Pues bien; ¡voy á hacer mis necesidades sobre su cabeza!» Y la hermana, llena de terror, se dió un manotazo en la boca, y le dijo: «¡Estamos perdidos sin remedio! No hagas eso, ¡oh querido mío! ¡Todavía no saben que estamos escondidos encima de su cabeza, y si continuas tranquilo, se marcharán y nos veremos libres!» Pero dijo él: «¡No quiero!» Y añadió: «¡Tengo que hacer mis necesidades en la cabeza de ese hombre alto!» Y se acurrucó en la rama más alta, y se meó, y dejó caer sus excrementos en la cabeza y el rostro del amo, que hubo de quedar inundado.

¡Eso fué todo!

Y el hombre, al sentir aquellas cosas, se despertó sobresaltado, y divisó en la copa del árbol al mozalbete, que se limpiaba tranquilamente con las hojas. Y en el límite extremo del furor, cogió su arco y disparó sus flechas al hermano y á la hermana.

Pero como el árbol era muy alto, las flechas no les alcanzaban, enredándose en las ramas. Entonces despertó á sus gentes y les dijo: «¡Derribad ese árbol!» Y la joven, al oír estas palabras, dijo á su hermano el mozalbete: «¡Ya lo ves! ¡Estamos perdidos!» Él preguntó: «¿Quién te lo ha dicho?» Ella contestó: «¡Vaya un suplicio que nos harán sufrir á causa de lo que has hecho!» Él dijo: «¡Todavía no estamos entre sus manos!»

Y en el mismo momento, un gran pájaro *rokh*, que los había visto al pasar por allí, descendió sobre ellos y se los llevó á ambos en sus garras. Y emprendió el vuelo con ellos, en tanto que el árbol caía á impulso de los hachazos, y el amo, burlado, estallaba de rabia y de furor reconcentrados.

En cuanto al pájaro *rokh*, continuaba elevándose por los aires, con el hermano y la hermana en sus garras. Y ya se disponía á dejarlos en cualquier parte de tierra firme, para lo cual sólo tenía que atravesar un brazo de mar sobre el que se cernía, cuando el mozalbete dijo á su hermana, la joven: «¡Hermana mía, voy á hacer cosquillas en el trasero á este pájaro!»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 882.^a NOCHE*

Ella dijo:

...el mozalbete dijo á su hermana, la joven: «¡Hermana mía, voy á hacer cosquillas en el trasero á este pájaro!» Y la joven, con el corazón agitado de espanto, exclamó con temblorosa voz: «¡Oh! ¡por favor, querido, no hagas eso, no hagas eso! ¡Porque nos soltará, y nos caeremos!» Él dijo: «¡Tengo muchas ganas de hacer cosquillas en el trasero á este pájaro!» Ella dijo: «¡Moriremos!» Él dijo: «¡Lo haré! ¡Y va á ser así!» E hizo lo que había dicho. Y el pájaro cosquilleado se sobresaltó mucho, de tanto como le desagradó la cosa, y soltó su presa, que eran el hermano y la hermana.

Y cayeron al mar. Y fueron á parar al fondo del mar, que era excesivamente profundo. Pero como sabían nadar, pudieron salir á la superficie del agua y ganar la orilla. Sin embargo, no veían nada y no distinguían nada, exactamente igual que si estuviesen en medio de una noche negra. Porque el país en que se hallaban era el país de las tinieblas.

Y el mozalbete, sin vacilar, buscó á tientas guijarros, y restregó dos, uno contra otro, hasta que salieron chispas. Y recogió leña en gran cantidad y con ella hizo un montón enorme, al que prendió

fuego por medio de los dos guijarros. Y cuando ardió todo el montón, vieron claro. Pero en el mismo momento oyeron un espantoso mugido, como mil voces de búfalos salvajes reunidas en una sola. Y á la claridad de la hoguera vieron avanzar hacia ellos, terrible, una ghula negra y gigantesca, que gritaba con sus fauces abiertas como un horno: «¿Quién es el temerario que enciende luz en el país que he consagrado á las tinieblas?»

Y á la hermana le dió aquello mucho miedo. Y con voz apagada, dijo á su hermano el mozalbete: «¡Oh hijo de mi padre y de mi madre! Esta vez vamos á morir indudablemente. ¡Oh! ¡tengo miedo á esa ghula!» Y se acurrucó contra él, dispuesta á morir, y desmayada ya. Pero el muchacho, sin perder ni por un instante su presencia de ánimo, se irguió sobre ambos pies, hizo frente á la ghula, y una á una cogió las mayores brasas ardientes de la hoguera y empezó á lanzarlas con tino en la ancha boca abierta de la ghula. Y cuando de aquel modo hubo él arrojado la última brasa grande, la ghula estalló por la mitad. Y el sol alumbró de nuevo aquel país consagrado á las tinieblas. Porque, volviendo su gigantesco trasero contra el sol, la ghula le había impedido alumbrar aquella tierra. ¡Y he aquí lo referente al trasero de la ghula!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe al rey de aquella tierra! Cuando el rey que reinaba en el país hubo visto relucir el sol después de tantos años pasados en tinieblas negras, comprendió que la terri-

ble ghula había muerto, y salió de su palacio, seguido de sus guardias, para ponerse en busca del valiente que había librado de la opresión y de la oscuridad al país. Y al llegar á orillas del mar, vió desde lejos el montón de leña que humeaba aún, y encaminó sus pasos por aquel lado. Y al ver avanzar toda aquella tropa armada, con el rey que brillaba á su cabeza, la hermana se sintió poseída de un terror grande, y dijo á su hermano: «¡Oh hijo de mi padre y de mi madre, huyamos! ¡Ah! ¡huyamos!» Y preguntó él: «¿Por qué vamos á huir? ¿Y quién nos amenaza?» Ella dijo: «¡Por Alah sobre ti, vámonos antes de que nos den alcance esas gentes armadas que avanzan hacia nosotros!» Pero dijo él: «¡No quiero!» Y ni se movió siquiera.

Y el rey llegó con su tropa á las proximidades de la hoguera humeante, y encontró á la ghula hecha mil pedazos. Y junto á ella vió una pequeña sandalia de muchacha. Era una sandalia que se le había salido de su piecito á la hermana cuando corría á refugiarse con su hermano detrás de un montículo, adonde había ido él á tenderse para descansar algo. Y el rey dijo á sus gentes: «¡Indudablemente es una sandalia de la que ha matado á la ghula y nos ha librado de la oscuridad! Buscad bien y la encontraréis.» Y la joven oyó estas palabras, y se atrevió á salir de detrás del montículo y á acercarse al rey. Y se arrojó á sus plantas, implorando la salvaguardia. Y el rey vió en el pie de ella la sandalia compañera de la que se había encontrado.

Y levantó á la joven y la besó y le dijo: «¡Oh joven bendita! ¿eres tú quien ha matado á esta terrible ghula?» Ella contestó: «Es mi hermano, ¡oh rey!» Él preguntó: «¿Y dónde está ese valiente?» Ella dijo: «¿No le hará daño nadie?» Él dijo: «¡Al contrario!» Entonces ella fué detrás del montículo y cogió de la mano al mozalbete, que se dejó hacer. Y le condujo ella á presencia del rey, que le dijo: «¡Oh jefe de los valientes y corona suya! Te doy en matrimonio á mi única hija y tomo por esposa á esta joven del pie pequeño, cuya sandalia me he encontrado.» Y el muchacho dijo: «¡No hay inconveniente!»

Y vivieron todos en las delicias, contentos y prosperando.

Luego dijo Schahrazada:



La pulsera de tobillo



Se dice, entre lo que se dice, que en una ciudad había tres hermanas, hijas del mismo padre, pero no de la misma madre, que vivían juntas, hilando lino para ganarse la vida. Y las tres eran como lunas; pero la más pequeña era la más hermosa y la más dulce y la más encantadora y la más diestra de manos, pues ella sola hilaba más que sus dos hermanas reunidas, y lo que hilaba estaba mejor y

sin defecto por lo general. Lo cual daba envidia á sus dos hermanas, que no eran de la misma madre.

Un día fué ella al zoco, y con el dinero que había ahorrado de la venta de su lino se compró un búcaro pequeño de alabastro, que era de su gusto, á fin de tenerlo delante con una flor dentro cuando hilara el lino. Pero no bien regresó á casa con su búcaro en la mano, sus dos hermanas se burlaron de ella y de su compra, tildándola de derrochadora y de extravagante. Y muy conmovida y muy avergonzada, no supo ella qué decir, y para consolarse cogió una rosa y la puso en el búcaro. Y se sentó ante su búcaro y ante su rosa y se puso á hilar su lino.

Y he aquí que el búcaro de alabastro que había comprado la joven hilandera era un búcaro mágico. Y cuando su dueña quería comer, él le proporcionaba manjares deliciosos, y cuando ella quería vestirse, él le daba ropas maravillosas, y cuando ella tenía el menor deseo, él lo satisfacía. Pero la joven, temerosa de que le tuviesen más envidia todavía sus hermanas, que no eran de la misma madre, se guardó bien de revelarles las virtudes de su búcaro de alabastro. Y en presencia de ellas aparentaba que vivía como ellas y vestía como ellas, y aun más modestamente. Pero cuando salían sus hermanas se encerraba completamente sola en su cuarto, ponía delante de ella su búcaro de alabastro, le acariciaba dulcemente y le decía: «¡Oh bucarito mío! ¡oh bucarito mío! ¡hoy quiero tal y cuál cosa!» Y al punto el búcaro de alabastro le propor-

cionaba cuantas ropas hermosas y golosinas había pedido ella. Y á.solas consigo misma, la joven se vestía con trajes de seda y oro, se adornaba con alhajas, se ponía sortijas en todos los dedos, pulseras en las muñecas y en los tobillos y comía golosinas deliciosas. Tras de lo cual el búcaro de alabastro hacía desaparecer todo. Y la joven lo cogía de nuevo, é iba á hilar su lino en presencia de sus hermanas, poniéndose delante del búcaro con su rosa.

Y de tal suerte vivió cierto espacio de tiempo, pobre ante sus envidiosas hermanas y rica ante sí misma.

Un día entre los días, el rey de la ciudad, con motivo de su cumpleaños, dió en su palacio grandes festejos, á los cuales fueron invitados todos los habitantes. Y las tres jóvenes también fueron invitadas. Y las dos hermanas mayores se ataviaron con lo mejor que tenían y dijeron á su hermana pequeña: «Tú te quedarás para guardar la casa.»

Pero en cuanto se marcharon ellas, la joven fué á su cuarto y dijo á su búcaro de alabastro: «¡Oh bucarito mío! Esta noche quiero de ti un traje de seda verde, una veste de seda roja y un manto de seda blanca, todo de lo más rico y más bonito que tengas, y hermosas sortijas para mis dedos, y pulseras de turquesas para mis muñecas, y pulseras de diamantes para mis tobillos. Y dame también todo lo preciso para que yo sea la más bella en palacio esta noche.» Y tuvo cuanto había pedido. Y se atavió, y se presentó en el palacio del rey, y entró en

el harén, donde había festejos aparte reservados para las mujeres. Y apareció como la luna en medio de las estrellas. Y no la reconoció nadie, ni siquiera sus hermanas, de tanto como realzaba su belleza natural el esplendor de su indumentaria. Y todas las mujeres iban á extasiarse ante ella y la miraban con ojos húmedos. Y ella recibía sus homenajes como una reina, con dulzura y amabilidad, de modo que conquistó todos los corazones y dejó entusiasmadas á todas las mujeres.

Pero cuando la fiesta tocaba á su fin, la joven, sin querer que sus hermanas regresasen á casa antes que ella, aprovechó el momento en que atraían toda la atención las cantarinas, para deslizarse fuera del harén y salir de palacio. Mas, en su precipitación por huir, dejó caer, al correr, una de las pulseras de diamantes de sus tobillos en la pila á ras de tierra que servía de abrevadero á los caballos del rey. Y no advirtió la pérdida de su pulsera de tobillo, y volvió á casa, donde llegó antes que sus hermanas.

Al día siguiente...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 883.^a NOCHE*

Ella dijo:

Al día siguiente los palafreneros llevaron á los caballos del hijo del rey á beber en el abrevadero; pero no quiso acercarse al abrevadero ninguno de los caballos del hijo del rey. Y todos juntos retrocedieron, asustados, con los nasales dilatados y resoplando con violencia. Porque habían visto algo que brillaba y lanzaba chispas en el fondo del agua. Y los palafreneros les hicieron acercarse de nuevo al agua, silbando con insistencia, aunque sin llegar á convencerlos, pues los animales tiraban de la cuerda, encabritándose y dando vueltas. Entonces los palafreneros registraron el abrevadero, y descubrieron la pulsera de diamantes que había dejado caer de su tobillo la joven.

Cuando el hijo del rey, que, según su costumbre, vigilaba cómo se cuidaba á los caballos, hubo examinado la pulsera de diamantes que acababan de entregarle los palafreneros, se maravilló de la finura del tobillo que debía oprimir, y pensó: «¡Por vida de mi cabeza, que no hay tobillo de mujer lo bastante fino para caber en una pulsera tan pequeña!» Y la dió vueltas en todos sentidos, y se encontró con que las piedras eran tan hermosas que la me-

nor de entre ellas valdria por todas las gemas que adornaban la diadema de su padre el rey. Y se dijo: «¡Por Alah, que es preciso que tome yo por esposa á la propietaria de un tobillo tan encantador y dueña de esta pulsera!» Y en aquella hora y en aquel instante se fué á despertar á su padre el rey, y le enseñó la pulsera, diciéndole: «Quiero tomar por esposa á la propietaria de un tobillo tan encantador y dueña de esta pulsera!» Y el rey le contestó: «¡Oh hijo mío, no hay inconveniente! Pero ese asunto incumbe á tu madre, y á ella es á quien tienes que dirigirte. Porque yo no entiendo de esas cosas, y ella entiende.»

Y el hijo del rey fué en busca de su madre, y enseñándole la pulsera y contándole la historia, le dijo: «Tú eres ¡oh madre! quien puede casarme con la propietaria de un tobillo tan encantador, á la cual está unido mi corazón. ¡Porque mi padre me ha dicho que tú entendías de estas cosas, y que él no entendía!» Y su madre le contestó: «Escucho y obedezco.» Y se irguió sobre ambos pies, y llamó á sus mujeres, y salió con ellas en busca de la dueña de la pulsera.

Y recorrieron todas las casas de la ciudad y entraron en todos los harenes, probando en el pie de todas las mujeres mayores y de todas las jóvenes la pulsera de tobillo. Pero todos los pies resultaron demasiado grandes para la estrechez del objeto. Y al cabo de quince días de pesquisas vanas y de pruebas, llegaron á casa de las tres hermanas, y

lanzó un estridente grito de alegría al comprobar que se ajustaba á maravilla al tobillo de la más pequeña.

Y la reina besó á la joven, y también la besaron las demás damas del séquito de la reina. Y la cogieron de la mano y la condujeron á palacio, donde al punto quedó decidido su matrimonio con el hijo del rey. Y comenzaron las ceremonias de las bodas, que debían durar cuarenta días y cuarenta noches.

Y he aquí que el último día, después de ser conducida la joven al hammam, sus hermanas, á quienes se había llevado ella consigo, á fin de que compartiesen su alegría y se convirtiesen en grandes damas de palacio, la vistieron y la peinaron. Y como, confiada en el afecto que le mostraban, les había revelado ella el secreto y las virtudes del búcaro de alabastro, no les fué difícil obtener del búcaro mágico todos los trajes, todos los atavíos y todas las alhajas que se necesitaban para adornar á la recién casada como nunca fué adornada hija de rey ó de sultán. Y cuando acabaron de peinarla le clavaron en sus hermosos cabellos grandes alfileres de diamantes á manera de airón.

Y he aquí que, apenas quedó clavado el último alfiler, la joven desposada se metamorfoseó repentinamente en tórtola, con un pequeño moño en la cabeza. Y salió volando muy de prisa por la ventana del palacio.

Porque los alfileres que sus hermanas le habían clavado en los cabellos eran alfileres mágicos, do-

tados del poder de transformar á las jóvenes en tórtolas.

Y la envidia que sentían ambas hermanas les había impulsado á pedir esos alfileres al búcaro de alabastro.

Y las dos hermanas, que en aquel momento se encontraban solas con su hermana pequeña, se guardaron mucho de contar la verdad al hijo del rey. Y se limitaron á decirle que su hermana había salido un momento y que no había vuelto. Y el hijo del rey, viendo que no parecía, mandó hacer pesquisas por toda la ciudad y todo el reino. Pero las pesquisas no dieron resultado. Y la desaparición de la joven le sumió en la consunción y la amargura. ¡Y he aquí lo referente al desolado hijo del rey, consumido de amor!

En cuanto á la tórtola, todas las mañanas y todas las tardes iba á posarse en la ventana de su joven esposo, y arrullaba con voz melancólica durante mucho rato, ¡mucho rato! Y al hijo del rey le parecía que aquel arrullo respondía á su propia tristeza, y la tomó gran cariño. Y un día, al ver que ella no se asustaba aunque se acercase él, tendió la mano y la atrapó. Y la tórtola se echó á temblar entre sus manos y empezó á dar sacudidas, sin dejar de arrullar tristemente. Y él se puso á acariciarla con delicadeza, alisándole las plumas y rascándole la cabeza. Y he aquí que, al rascarle la cabeza, sintió bajo sus dedos unos pequeños objetos duros como cabezas de alfiler. Y los extrajo del

moño delicadamente, uno tras otro. Y cuando él le hubo sacado el último alfiler, la tórtola dió una sacudida y de nuevo se tornó en joven.

Y ambos vivieron entre delicias, contentos y prosperando. Y las dos malas hermanas se murieron de envidia y de una reconcentración de sangre. Y Alah otorgó á los amantes numerosos hijos, tan hermosos como sus padres.

Y aquella noche aún dijo Schahrazada:



Historia del macho cabrío y de la hija del rey



Se cuenta, entre lo que se cuenta, que en una ciudad de la India había un sultán á quien Alah, que es grande y generoso, había hecho padre de tres princesas como lunas, perfectas en todos sentidos y deliciosas para la mirada del espectador. Y su padre el sultán, que las amaba en extremo, quiso, en cuanto fueron púberes, buscarles esposos que fuesen capaces de estimarlas en su valor y de hacer su dicha. Y á tal fin, llamó á su esposa la reina y le dijo: «He aquí que nuestras tres hijas, las bien-amadas de su padre, han llegado á la nubilidad, y cuando el árbol está en su primavera, conviene, para que no se pierda, que tenga flores anunciadoras de hermosos frutos. Por eso es preciso que bus-

quemos á nuestras hijas esposos que las hagan dichasas.» Y dijo la reina: «La idea es excelente.» Y tras de haber deliberado entre sí acerca de los medios mejores de conseguir su objeto, resolvieron hacer anunciar por los pregoneros públicos, en toda la extensión del reino, que las tres princesas estaban en edad de casarse, y que todos los hijos de emires y de grandes señores, amén de los simples particulares y de los hombres del pueblo, debían presentarse bajo las ventanas del palacio en un día fijo. Porque la reina había dicho á su esposo: «La dicha en el matrimonio no depende ni de la riqueza ni del nacimiento, sino sólo del designio del Todopoderoso. Lo mejor es, pues, dejar que el Destino elija por sí mismo á los esposos de nuestras hijas. Y cuando llegue el día de elegirlos, no tendrán ellas mas que tirar su pañuelo por la ventana sobre la muchedumbre de pretendientes. Y aquellos sobre quienes caigan los tres pañuelos serán los esposos de nuestras tres hijas.» Y el sultán hubo de responder: «La idea es excelente.» Y así se hizo.

De modo que cuando llegó el día fijado por los pregoneros públicos, y se llenó con la muchedumbre de pretendientes el meidán que se extendía al pie del palacio, abrióse la ventana, y la hija mayor del rey apareció, como la luna, la primera, con su pañuelo en la mano. Y tiró el pañuelo al aire. Y se lo llevó el viento y lo hizo caer sobre la cabeza de un joven emir, brillante y hermoso.

Luego apareció, como la luna, en la ventana la

segunda hija del rey, y tiró su pañuelo, que fué á caer sobre la cabeza de un joven príncipe, tan hermoso y tan encantador como el primero.

Y la tercera hija del sultán arrojó su pañuelo á la muchedumbre. Y el pañuelo se agitó un instante, se inmovilizó un instante, y cayó para ir á engancharse en los cuernos de un macho cabrío que se hallaba entre los pretendientes. Pero el sultán, aunque había prometido solemnemente su hija á cualquier espectador sobre quien cayera el pañuelo, tuvo por nula la experiencia, y la hizo repetir. Y la joven princesa arrojó de nuevo al aire su pañuelo, que, tras de vacilar entre dos aires, por encima del meidán, cayó con rapidez y en línea recta sobre los cuernos del mismo macho cabrío. Y el sultán, en el límite de la contrariedad, dió por nula esta segunda elección de la suerte, é hizo repetir la prueba á su hija. Y por tercera vez el pañuelo revoloteó algún tiempo en el aire, y fué á posarse precisamente en la cabeza cornuda del macho cabrío...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 884.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y por tercera vez el pañuelo revoloteó algún tiempo en el aire, y fué á posarse precisamente en la cabeza cornuda del macho cabrío.

Al ver aquello, el despecho del sultán, padre de la joven, llegó á sus límites extremos, y exclamó: «¡No, por Alah! ¡Prefiero verla envejecer virgen en mi palacio á verla convertida en esposa de un macho cabrío inmundo!» Pero, á estas palabras de su padre, la joven se echó á llorar; y corrían por sus mejillas numerosas lágrimas y acabó por decir entre dos sollozos: «Ya que ese es mi Destino, ¡oh padre! ¿por qué quieres impedir que se cumpla? ¿Por qué interponerte entre mi suerte y yo? ¿No sabes que cada criatura lleva atado al cuello su Destino? Y si el mío va atado á ese macho cabrío, ¿por qué impedirme que sea su esposa?» Por otra parte, sus dos hermanas, que en secreto tenían mucha envidia de ella porque era la más joven y la más bonita, unieron sus protestas á las suyas, pues la realización de aquel matrimonio con el macho cabrío las vengaba hasta más allá de sus deseos. Y tanto y tanto porfiaron entre las tres, que su pa-

dre el sultán acabó por dar su consentimiento para un matrimonio tan extraño y tan extraordinario.

Y al punto se dió orden para que se celebrasen las bodas de las tres princesas con toda la pompa deseable y con arreglo al ceremonial de rigor. Y toda la ciudad estuvo iluminada y empavesada durante cuarenta días y cuarenta noches, en el transcurso de los cuales se dieron grandes festejos y magníficos festines, con danzas, cantos y conciertos de instrumentos. Y no cesó de reinar la alegría en todos los corazones, y hubiera sido completa si cada uno de los invitados no estuviese un poco preocupado por los resultados de semejante unión entre una princesa virgen y un macho cabrío cuya apariencia era la de un macho cabrío terrible entre todos los machos cabrios. Y durante aquellos días preparatorios de la noche nupcial, el sultán y su esposa, así como las mujeres de los visires y de los dignatarios, fatigaron su lengua en querer disuadir á la joven de la consumación de su matrimonio con aquel animal de olor repugnante, de ojos encendidos y de herramienta espantosa. Pero ella contes-
taba siempre á todos y á todas con estas palabras: «Cada cual lleva colgado al cuello su Destino, y si el mío es ser esposa del macho cabrío, nadie podrá oponerse á ello.»

Y he aquí que, cuando llegó la noche de la consumación, se condujo á la princesa, con sus hermanas, al hammam. Tras de lo cual las arreglaron, adornaron y peinaron. Y cada cual fué conducida

á la cámara nupcial que le estaba reservada. Y con cada princesa se introdujo al esposo que le tenía escrito el Destino. ¡Y sucedió lo que sucedió, en cuanto á las dos hermanas mayores!

¡Pero he aquí lo que le aconteció á la princesita con su marido el macho cabrío! No bien el macho cabrío fué introducido en el cuarto de la joven y se cerró la puerta tras ellos, el macho cabrío besó la tierra entre las manos de su esposa, y dando una sacudida repentina, arrojó su piel de macho cabrío y se tornó en un joven tan hermoso como el ángel Harut. Y se acercó á la joven, y la besó entre ambos ojos, luego en el mentón, luego en el cuello, luego en todas partes, y le dijo: «¡Oh vida de las almas, no intentes saber quién soy! Bástete saber que soy más poderoso y más rico que tu padre el sultán y que los dos hijos del tío que tienen por esposos tus hermanas. Mucho tiempo hace que en mi corazón se albergaba tu amor, y hasta ahora no pude llegar hasta ti. ¡Y si me encuentras de tu gusto y quieres conservarme, no tienes mas que hacerme una promesa!» Y la princesa, que encontraba al hermoso joven muy de su conveniencia y absolutamente de su gusto, contestó: «¿Y cuál es la promesa que tengo que hacerte? ¡Dila, y me someteré á ella, aunque sea muy difícil de cumplir, por el amor de tus ojos!» Él dijo: «La cosa es sencilla, ¡ya setti! Únicamente pido que me prometas no revelar á nadie nunca el poder que poseo de transformarme á mi antojo. Porque si alguien un día sospechase so-

lamente que soy macho cabrío á la vez que ser humano, yo desaparecería al instante, y te sería difícil encontrar mis huellas.» Y la joven le prometió la cosa con todo género de seguridades, y añadió: «¡Prefiero morir á perder un esposo tan hermoso como tú!»

Entonces, sin tener ya motivos fundados para desconfiar uno de otro, se dejaron llevar de su inclinación natural. Y se amaron con un amor grande, y se pasaron aquella noche, noche de bendición, labios sobre labios y piernas sobre piernas, entre delicias puras y trueques encantadores. Y no cesaron en sus escarceos y empresas hasta que nació la mañana. Y el joven abandonó entonces las blancuras de la joven, y recobró su forma pristina de macho cabrío barbudo, con cuernos, pezuñas hendidas, mercancías enormes y todo lo consiguiente. Y de cuanto había tenido lugar no quedó nada, á no ser algunas manchas de sangre en la toalla de honor.

Y he aquí que, cuando la madre de la princesa entró por la mañana, como es costumbre, á saber noticias de su hija y á examinar con sus propios ojos la toalla de honor, llegó al límite del asombro al observar que el honor de la joven estaba de manifiesto en la toalla, y que la cosa era indudable. Y vió que su hija estaba lozana y contenta, y que á sus pies, en la alfombra, estaba sentado el macho cabrío rumiando discretamente. Y al ver aquello, corrió en busca de su esposo el sultán, padre de la

princesa, que vió lo que vió, y no quedó menos estupefacto que su esposa. Y dijo á su hija: «¡Oh hija mía! ¿es verdad eso?» Ella contestó: «¡Es verdad, padre mío!» Él preguntó: «¿Y no te has muerto de vergüenza y de dolor?» Ella contestó: «¡Por Alah! ¿para qué iba á morirme, siendo mi esposo tan diligente y tan encantador?» Y la madre de la princesa preguntó: «Por lo visto, ¿no tienes motivo de queja?» Ella dijo: «¡Ni por asomo!» Entonces dijo el sultán: «Si no tiene motivo de queja de su esposo, es porque es feliz con él. ¿Y qué más podemos desear para nuestra hija?» Y la dejaron vivir en paz con su esposo el macho cabrío.

Al cabo de cierto tiempo, con motivo de su cumpleaños, organizó el rey un gran torneo en la plaza del meidán, debajo de las ventanas de palacio. E invitó para aquel torneo á todos los dignatarios de su palacio, así como á los dos esposos de sus hijas. En cuanto al macho cabrío, no le invitó por no exponerse á la burla de los espectadores.

Y comenzó el torneo. Y sobre sus corceles devoradores del aire, los caballeros justaron con grandes gritos, lanzando sus *djerids*. Y entre todos se distinguieron los dos esposos de las princesas. Y ya les aclamaba con entusiasmo la muchedumbre de espectadores, cuando entró en el meidán un soberbio caballero que sólo con su aspecto hacía fruncir la frente de los guerreros. Y provocó á justa, uno tras de otro, á los dos emires vencedores, y al primer disparo de su *djerid* los desmontó. Y fué

aclamado por la muchedumbre como héroe de la jornada.

Así es que cuando el joven jinete pasó bajo las ventanas de palacio saludando al rey con su *djerid*, como es costumbre, las dos princesas lanzáronle miradas cargadas de odio. Pero la más joven, aunque reconoció en él á su propio esposo, no dejó traslucir nada en su rostro para no traicionar su secreto, pero se quitó una rosa de sus cabellos y se la arrojó. Y el rey, la reina y sus dos hermanas lo vieron, y se disgustaron mucho.

Y al segundo día hubo de celebrarse en el meidán otra justa. Y de nuevo fué héroe de la jornada el hermoso joven desconocido. Y cuando pasaba por debajo de las ventanas de palacio, la más joven de las princesas le arrojó ostensiblemente un jazmín que se había quitado de los cabellos. Y el rey, la reina y sus dos hermanas lo vieron, y se molestaron en extremo. Y el rey dijo para sí: «¡Ahora resulta que esta hija desvergonzada declara públicamente sus sentimientos á un extraño, no contenta con habernos hecho ver negro el mundo desde que se casó con el macho cabrío de perdición!» Y la reina le lanzó miradas atravesadas. Y sus dos hermanas se sacudieron las vestiduras con horror, mirándola.

Y al tercer día, cuando el vencedor de la última justa, que era el mismo hermoso caballero, pasó bajo las ventanas de palacio, la joven princesa, esposa del macho cabrío, se quitó de los cabellos, para arrojársela, una flor de tamarindo. Porque no

había podido contenerse al ver tan espléndido á su esposo.

Cuando observaron aquello, la cólera del sultán y la indignación de la sultana y el furor de las dos hermanas estallaron con violencia. Y al sultán se le pusieron encarnados los ojos, y le temblaron las orejas, y se le estremecieron las narices. Y cogió por los cabellos á su hija y quiso matarla y hacer desaparecer sus huellas. Y le gritó: «¡Ah, maldita desvergonzada! No contenta con hacer entrar en mi linaje á un macho cabrío, he aquí ahora que provocas públicamente á los extraños y atraes sobre ti tus deseos. ¡Muere, pues, y libranos de tu ignominia!» Y se dispuso á aplastarle la cabeza contra las baldosas de mármol. Y la pobre princesa, llena de espanto al ver la muerte ante sus ojos, no pudo por menos—que tan preciada y cara es la propia alma—de exclamar: «¡Voy á decir la verdad! ¡Perdonadme, que voy á decir la verdad!» Y sin tomar aliento, contó á su padre, á su madre y á sus hermanas lo que le había sucedido con el macho cabrío, y quién era el macho cabrío, y cómo el macho cabrío era macho cabrío á la vez que ser humano. Y les dijo que era su propio esposo el hermoso caballero vencedor en las justas.

¡Eso fué todo!

Y el sultán y la esposa del sultán, y las dos hijas del sultán, hermanas de la princesita, se mostraron prodigiosamente asombrados y se maravillaron del Destino de la joven. ¡Y he aquí lo referente á ellos!

Pero, volviendo al macho cabrío, el caso es que desapareció. Y ya no hubo ni macho cabrío, ni joven hermoso, ni olor de macho cabrío, ni vestigio de joven. Y la princesita, tras de esperar en vano varios días y varias noches, comprendió que no volvería él á aparecer; y quedó triste, doliente, sollozante y sin esperanza.

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 885.^a NOCHE*

Ella dijo:

Pero, volviendo al macho cabrío, el caso es que desapareció. Y ya no hubo ni macho cabrío, ni joven hermoso, ni olor de macho cabrío, ni vestigio de joven. Y la princesita, tras de esperar en vano varios días y varias noches, comprendió que no volvería él á aparecer; y quedó triste, doliente, sollozante y sin esperanza.

Y vivió de tal suerte durante algún tiempo, entre lágrimas continuas y presa de la consunción, rehusando todo consuelo y toda distracción. Y contestaba á cuantos trataban de hacerle olvidar su desdicha: «Es inútil; soy la más infortunada entre las criaturas, y moriré de pena indudablemente.»

Peró, antes de morir, quiso saber por sí misma si en toda la extensión de la tierra de Alah existía una mujer tan abandonada de la suerte y tan desgraciada como ella. Y primero decidió viajar é interrogar á todas las mujeres de las ciudades por donde pasara. Luego abandonó aquella primera idea para hacer construir, sin reparar en gastos, un hammam espléndido que no tenía igual en todo el reino de la India. E hizo que los pregoneros públicos anunciaran por todo el Imperio que la entrada al hammam sería gratuita para todas las mujeres que quisieran ir á bañarse allí, pero á condición de que cada favorecida contase á la hija del rey, para distraerla, la desdicha mayor ó la mayor tristeza que hubiera afligido su vida. En cuanto á las que no tuviesen nada que contar á este respecto, no tenían permiso para entrar en el hammam.

Así es que no tardaron en afluir al hammam de la princesa todas las afligidas del reino, todas las abandonadas de la suerte, las desgraciadas de todos los colores, las miserables de todas las especies, las viudas y las divorciadas, y cuantas, de una manera ó de otra, fueron heridas por las vicisitudes del tiempo y las traiciones de la vida. Y cada una, antes de bañarse, contaba á la hija del rey lo que había experimentado de más entristecedor en su vida. Las hubo que contaron el número de golpes con que las gratificaban sus esposos, y las hubo que vertieron lágrimas al hacer el relato de su viudez, en tanto que otras manifestaban su amargura por

ver que sus esposos daban preferencia sobre ellas á cualquier rival horrible y vieja ó á cualquier negra de labios de camello, y hasta las hubo que tuvieron palabras conmovedoras para hacer el relato de la muerte de un hijo único ó de un marido muy amado. Y de tal suerte transcurrió en el hammam un año entre historias negras y lamentaciones. Pero la princesa no dió con una mujer, entre los millares que había visto, cuya desdicha pudiese compararse con la suya en intensidad y en profundidad. Y cada vez sumiase más en la tristeza y en la desesperación.

Y he aquí que un día entró en el hammam una pobre vieja, temblorosa ya bajo el soplo de la muerte, que se apoyaba en un báculo para andar. Y se acercó á la hija del rey, y le besó la mano, y le dijo: «Por lo que á mí respecta, ¡ya setti! mis desdichas son más numerosas que mis años, y antes de acabar de contártelas se me secaría la lengua. Por eso no te diré mas que la última desgracia que me ha ocurrido, y que, por cierto, es la mayor de todas, pues es la única cuyo sentido y motivo no comprendí. Y esa desgracia me acaeció ayer precisamente durante el día. ¡Y si estoy temblando tanto delante de ti, ¡ya setti! es por haber visto lo que he visto! Escucha:

»Has de saber, ¡ya setti! que por toda hacienda no poseo mas que esta única camisa de cotonada azul que ves sobre mí. Y como necesitaba lavarla, á fin de que me fuese posible presentarme de una

manera conveniente en el hammam de tu generosidad, me decidí á ir á la orilla del río, á un lugar solitario donde pudiese desnudarme sin ser vista y lavar mi camisa.

»Y la cosa se hizo sin contratiempos, y ya había lavado mi camisa y la había tendido al sol en los guijarros, cuando vi avanzar en dirección mía una mula sin mulero que iba con dos odres llenos de agua. Y creyendo que el mulero llegaría en seguida, me apresuré á ponerme mi camisa, que sólo estaba seca á medias, y dejé pasar á la mula. Pero como no veía ni mulero ni sombra de mulero, sentí gran perplejidad al pensar en aquella mula sin dueño que marchaba por la ribera meneando la cabeza, segura del camino y de la dirección que llevaba. E impulsada por la curiosidad, me erguí sobre ambos pies y la seguí de lejos. Y pronto llegó ante un montículo, no muy separado de la orilla del agua, y se detuvo, golpeando la tierra con un casco. Y por tres veces golpeó así la tierra con el casco de su pata derecha. Y al tercer golpe se entreabrió el montículo y la mula descendió al interior por una pendiente suave. Y á pesar de mi sorpresa extremada, no pude impedir á mi alma seguir á aquella mula. Y entré en el subterráneo detrás de ella.

»Y no tardé en llegar de tal suerte á una cocina grande, que, sin duda alguna, debía ser la cocina de algún palacio de debajo de tierra. Y vi hermosas marmitas alineadas correctamente en los fogones, cantando y esparciendo un tufillo de primer

orden, que dilató los abanicos de mi corazón y vivificó las membranas de mis narices.

»Y se me despertó un gran apetito, y mi alma anheló ardientemente probar aquella cocina excelente. Y no pude resistir á las sollicitaciones de mi alma. Y como no veía cocinero, ni pinche, ni nadie á quien pedir algo por Alah, me acerqué á la marmita que exhalaba más exquisito olor y levanté la tapa. Y me envolvió una gran nube aromática, y desde el fondo de la marmita me gritó de repente una voz: «¡Eh! ¡eh! ¡que esto es para nuestra señora! ¡No lo toques, ó morirás!» Y yo, poseída de espanto, dejé caer la tapa sobre la marmita y salí de la cocina á escape. Y llegué á una segunda sala un poco más pequeña, en la que estaban alineados en bandejas pasteles de buena calidad, y tortas que olían bien, y una porción de cosas más de primer orden buenas de comer. Y sin poder resistir á las sollicitaciones de mi alma, tendí la mano hacia una de las bandejas y cogí una torta húmeda y tibia todavía. Y he aquí que recibí en la mano un cachete que me hizo soltar la torta; y de en medio de la bandeja salió una voz que me gritó: «¡Eh! ¡eh! ¡que esto es para nuestra señora! ¡No lo toques, ó morirás!» Y mi susto llegó á sus límites extremos, y corrí en línea recta, temblándome mis viejas piernas que me fallaban. Y después de cruzar galerías y galerías, me vi de pronto en una gran sala abovedada, de una belleza y una riqueza que nada tenían que envidiar á los palacios de los reyes, sino

al contrario. Y en medio de aquella sala había un gran estanque de agua viva. Y alrededor de aquel estanque había cuarenta tronos, uno de los cuales era más alto y más espléndido que los demás.

»Y no vi á nadie en aquella sala, que sólo estaba habitada por la frescura y la armonía. Y llevaba allí un rato admirando toda aquella hermosura, cuando, en medio del silencio, hirió mis oídos un ruido semejante al que hacen las pezuñas de un rebaño de cabras al andar por las piedras. Y sin saber de qué podía tratarse, me apresuré á esconderme debajo de un diván que estaba apoyado en la pared, de modo que pudiese mirar sin ser vista. Y el ruido de las pezuñas golpeando el suelo se acercó á la sala, y en seguida vi entrar cuarenta machos cabríos de barbas largas. Y el último iba montado en el penúltimo. Y todos fueron á colocarse en buen orden, cada cual ante un trono, alrededor del estanque. Y el que cabalgaba en su compañero se apeó del lomo de su cabalgadura y fué á colocarse ante el trono principal. Luego todos los demás machos cabríos se inclinaron ante él, dando con la cabeza en el suelo, y así permanecieron un momento sin moverse. Después se levantaron todos á una, y al mismo tiempo que su jefe, dieron tres sacudidas. Y en el mismo instante cayeron sus pieles de machos cabríos. Y vi á cuarenta jóvenes como lunas, el más hermoso de los cuales era el jefe. Y descendieron al estanque, con su jefe á la cabeza, y se bañaron en el agua. Y salieron de ella con unos

cuerpos como el jazmín, que bendecían á su Creador. Y fueron á sentarse en sus tronos, completamente desnudos en su hermosura.

»Y mientras contemplaba al joven sentado en el trono grande y me maravillaba á su vista en mi corazón, vi de pronto gotear de sus ojos gruesas lágrimas. Y también caían lágrimas, aunque menos numerosas, de los ojos de los demás jóvenes. Y todos empezaron á suspirar, diciendo: «¡Oh señora nuestra! ¡oh señora nuestra!» Y su joven jefe suspiraba: «¡Oh soberana de la gracia y de la belleza!» Luego oí gemidos que salían de la tierra, bajaban de la bóveda, partían de los muros, de las puertas y de todos los muebles, repitiendo con acento de pena y de dolor estas mismas palabras: «¡Oh señora nuestra! ¡oh soberana de la gracia y de la belleza!»

»Y cuando hubieron llorado y suspirado y gemido durante una hora, el joven se levantó y dijo: «¿Cuándo vas á venir? ¡Yo no puedo salir! ¡Oh soberana mía! ¿cuándo vas á venir, ya que yo no puedo salir?» Y bajó de su trono, y volvió á entrar en su piel de macho cabrío. Y todos bajaron de sus tronos igualmente, y volvieron á entrar en sus pieles de machos cabríos. Y se fueron como habían venido.

»Y cuando dejé de oír en el suelo el ruido de sus pezuñas, me levanté de mi escondite, y también me marché como había venido. Y no pude respirar á mis anchas hasta que me vi fuera del subterráneo.

»Y tal es mi historia, ¡oh princesa! Y constituye

la mayor desdicha de mi vida. Porque no solamente me fué imposible satisfacer mi deseo en las marmitas y las bandejas, sino que no comprendí nada de cuanto de prodigioso vi en aquel subterráneo. ¡Y eso es precisamente la mayor desdicha de mi vida!»

Cuando la vieja hubo terminado de tal suerte su relato, la hija del rey, que la había escuchado con el corazón palpitante, no dudó ya de que fuese su bienamado el macho cabrío que cabalgaba en su compañero, y que era el joven más hermoso, y creyó morir de emoción. Y cuando por fin pudo hablar, dijo á la vieja: «¡Oh madre mía! Alah el Misericordioso te ha conducido aquí sólo para que tu vejez sea feliz por mediación mía. Porque en adelante serás para mí una madre, y cuanto posee mi mano estará en tu mano. Pero si en algo estimas los beneficios de Alah sobre tu cabeza, por favor levántate ahora mismo y condúceme al paraje donde has visto entrar á la mula con los dos odres. ¡Y no te pido que vengas conmigo, sino que me indiques el paraje solamente!» Y la vieja contestó con el oído y la obediencia. Y cuando se alzó la luna sobre la terraza del hammam, salieron ambas y fueron á la orilla del río.

Y en seguida vieron á la mula, que iba en dirección suya, cargada con sus dos odres llenos de agua. Y la siguieron de lejos, y la vieron llamar con el casco al pie del montículo, y adentrarse en

el subterráneo abierto delante de ella. Y la hija del rey dijo á la vieja: «Espérame aquí.» Pero la vieja no quiso dejarla entrar sola, y la siguió, no obstante su emoción.

Y entraron en el subterráneo y llegaron á la cocina. Y de todas las hermosas marmitas rojas alineadas por orden en los hornillos, y que cantaban con armonía, se exhalaban tufillos de primer orden que dilataban los abanicos del corazón, vivificaban las membranas de las narices y disipaban las preocupaciones de las almas en pena. Y á su paso se alzaban por sí mismas las tapas de las marmitas, y salían de ellas voces alegres que decían: «¡Bien venida sea nuestra señora! ¡bien venida!» Y en la segunda sala estaban alineadas las bandejas que contenían pasteles excelentes, y tortas ahuecadas, y otras cosas buenas y tiernas que halagaban la vista del espectador. Y de todas las bandejas, y del fondo de las artesas que contenían el pan reciente, exclamaban voces dichosas á su paso: «¡Bien venida! ¡bien venida!» Y el aire mismo parecía agitado en torno de ellas por estremecimientos de dicha y resonaba con exclamaciones de júbilo.

Y la vieja, que veía y oía todo aquello, dijo á la hija del rey, mostrándole la entrada de las galerías que conducían á la sala abovedada: «¡Oh mi señora! Por ahí es por donde tienes que entrar. En cuanto á mí, aquí te espero, pues el sitio de las servidoras es la cocina, y no las salas del trono.» Y la princesa, cruzando las galerías, penetró sola en la sala

grande que le había descrito la vieja, mientras á su paso las alegres voces hacían oír conciertos de bienvenida...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 886.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y la princesa, cruzando las galerías, penetró sola en la sala grande que le había descrito la vieja, mientras á su paso las alegres voces hacían oír conciertos de bienvenida. Y lejos de esconderse debajo del diván, como lo había hecho la vieja, fué á sentarse en el trono grande que se elevaba en el sitio de honor, al borde del estanque. Y por toda precaución se echó sobre el rostro su velillo.

Apenas habíase instalado de tal modo, como una reina en su trono, se oyó un ruido muy tenue, no de pezuñas golpeando el suelo, sino de pasos ligeros que anunciaban á quien los daba. Y entró el joven, como un diamante.

Y ocurrió lo que ocurrió.

Y en el corazón de ambos enamorados sucedió la alegría á los tormentos. Y se unieron como el amante se une á su amante, en tanto que desde la

bóveda y desde los muros y desde todos los rincones del aposento se dejaba oír la armonía de los cánticos y se elevaban las voces de los servidores en honor de la hija del sultán.

Y después de algún tiempo pasado allí por los amantes entre delicias y placeres encantadores, regresaron al palacio del sultán, donde fué acogida su llegada con entusiasmo, igual por parientes que por grandes y chicos, en medio de regocijos y de cánticos, mientras todos los habitantes empavesaban la ciudad.

Y desde entonces vivieron contentos y prosperando. ¡Pero Alah es el más grande!

Y sin sentirse fatigada aquella noche, Schahrazada dijo todavía:



Historia del hijo del rey con la tortuga gigantesca



Se cuenta, entre lo que se cuenta, que, en la antigüedad del tiempo y el pasado de la edad y del momento, había un poderoso sultán á quien el Retribuidor había concedido tres hijos. Y estos tres hijos, que eran varones indomables y heroicos guerreros, se llamaban: el mayor, Schater-Ali; el segundo, Schater-Hossein, y el más pequeño, Schater-Mohammad. Y el tal pequeño era con mucho el más

hermoso, el más valiente y el más generoso de los tres hermanos. Y su padre los quería con igual cariño, por lo que había resuelto dejar, después de su muerte, una parte igual de sus bienes y de su reino á cada uno. Porque era justo y leal. Y no quería favorecer á uno con detrimento de los otros, ni perjudicar á uno en beneficio de los otros.

Y cuando llegaron ellos á la edad de casarse, su padre el rey se vió perplejo y vacilante, y para tomar consejo, llamó á su visir, hombre sabio, íntegro y lleno de prudencia, y le dijo: «¡Oh visir mío! Tengo mucha gana de hallar esposas para mis tres hijos, que están en edad de casarse, y te he llamado para contar con tu opinión sobre el particular.» Y el visir reflexionó durante una hora de tiempo, luego levantó la cabeza y contestó: «¡Oh rey del tiempo! ¡se trata de una cosa muy delicada!» Después añadió: «La suerte y la mala suerte están en lo invisible, y nadie podría forzar los decretos del Destino. Por eso mi idea es que los tres hijos de nuestro señor el rey dejen á su Destino la elección de sus esposas. Y á tal fin, lo mejor que pueden hacer los tres príncipes es subir á la terraza de palacio con su arco y sus flechas. Y allí se les vendarán los ojos y se les hará dar varias vueltas. Tras de lo cual, cada uno de ellos tirará una flecha desde donde se haya parado. Y se visitarán las casas sobre las cuales caigan las flechas; y nuestro señor el sultán llamará al propietario de cada una de estas casas y le pedirá en matrimonio á su hija

para el príncipe propietario de la flecha correspondiente, ya que la joven habrá sido escrita así en su suerte por el Destino.»

Cuando el sultán oyó estas palabras de su visir, le dijo: «¡Oh visir mío! Tu consejo es un consejo excelente, y tendré en cuenta tu opinión.» Y al punto hizo llamar á sus tres hijos, que volvían de caza; les participó la decisión tomada con respecto á ellos entre él y el visir, y subió con ellos á la terraza de palacio, seguido de sus visires y de todos sus dignatarios.

Y cada uno de los tres príncipes, que habían subido á la terraza con su arco y su carcaj, escogió una flecha y tendió su arco. Y les vendaron los ojos.

Y el hijo mayor del rey, después de que le hicieron girar sobre sí mismo, apuntó con su flecha el primero desde donde se había parado. Y la flecha, lanzada por la cuerda muy floja, voló por los aires y fué á caer en la morada de un gran señor.

Y el segundo hijo del rey lanzó á su vez su flecha, que fué á caer en la terraza del oficial mayor de las tropas del reino.

Y el tercer hijo del rey, que era el príncipe Schater-Mohammad, lanzó su flecha en la dirección en que se había vuelto. Y la flecha fué á caer en una casa á cuyo propietario no se conocía.

Y fueron á visitar las tres casas consabidas. Y resultó que la hija del gran señor y la hija del oficial mayor del ejército eran dos jóvenes como

lunas. Y sus padres llegaron al límite del contento por casarlas con dos hijos de rey. Pero cuando fueron á visitar la tercera casa, que era aquella donde habia caído la flecha de Schater-Mohammad, advirtieron que no estaba habitada mas que por una gigantesca tortuga solitaria.

Y el sultán, padre de Schater-Mohammad, y los visires y los emires y los chambelanes vieron á la tortuga, que vivía completamente sola en aquella casa, y se asombraron prodigiosamente. Pero como ni por un instante había que pensar en dársela por esposa al príncipe Schater-Mohammad, el sultán decidió repetir la experiencia. Y por consiguiente, el joven príncipe volvió á subir á la terraza, llevando al hombro su arco y su carcaj, y ante toda la concurrencia lanzó una segunda flecha á la suerte. Y la flecha, conducida por su Destino, fué á caer precisamente sobre la casa habitada por la enorme tortuga solitaria.

Al ver aquello, el sultán quedó extremadamente contrariado, y dijo al príncipe: «Por Alah, ¡oh hijo mío! que la bendición no guíe hoy tu mano. ¡Ruega al Profeta!» Y contestó el joven: «¡Sean con Él, con Sus compañeros y con Sus fieles la salutación y las bendiciones!» Y el sultán repuso: «¡Invoca el nombre de Alah y lanza la flecha para hacer la experiencia por tercera vez!» Y dijo el joven príncipe: «¡En el nombre de Alah el Clemente sin límites, el Misericordioso!» Y aflojando su arco, lanzó por tercera vez la flecha, que, dirigida por el Destino, fué

á caer una vez más sobre la casa en que vivía solitaria la enorme tortuga.

Cuando el sultán vió sin género de duda que la prueba era tan precisa y tan fehaciente en favor de la tortuga gigantesca, decidió que su hijo menor, el príncipe Schater-Mohammad, se quedase soltero. Y le dijo: «¡Oh hijo mío! Como esa tortuga no es de nuestra raza, ni de nuestra especie, ni de nuestra religión, más vale que no te cases con nadie, hasta que Alah nos vuelva á Su gracia.» Pero Schater-Mohammad exclamó: «¡Por los méritos del Profeta! (¡con Él la plegaria y la paz!) la época de mi soltería ha pasado; y puesto que la tortuga me ha sido escrita por el Destino, consiento en casarme con ella.» Y contestó el sultán, en el límite del asombro: «Ciertamente, ¡oh hijo mío! te ha sido escrita la tortuga por el Destino; pero ¿desde cuándo los hijos de Adán toman por esposas á las tortugas? ¡Se trata de una cosa prodigiosa!» Pero el príncipe contestó: «¡A esa tortuga es á la que quiero por esposa, y no á otra!»

Y el sultán, que amaba á su hijo, no intentó contrariarle ni apenarle, y volviendo de su decisión, dió su consentimiento para tan extraño matrimonio.

Y se celebraron grandes fiestas y grandes regocijos y grandes festines, con danzas, cantos y conciertos de instrumentos, en honor de las bodas de Schater-Alí y Schater-Hossein, los dos hijos mayores del sultán. Y cuando transcurrieron los cuaren-

ta días y las cuarenta noches que duraron los festejos de cada boda, los dos príncipes entraron en los aposentos de sus esposas en la noche nupcial, y consumaron su matrimonio con toda felicidad y gallardía.

Pero cuando tocó el turno á las bodas del joven príncipe Schater-Mohammad con su esposa la enorme tortuga solitaria, los dos hermanos mayores y las dos esposas de ambos hermanos, y los padres, y todas las mujeres de los emires y de los dignatarios, negaron su presencia á la ceremonia, y no perdonaron nada para que aquellos festejos resultasen entristecedores y lúgubres. Así es que el joven príncipe quedó muy humillado en su alma, y sufrió toda clase de vejaciones en miradas, sonrisas y espaldas vueltas. Pero en cuanto á lo que pasó durante la noche nupcial, cuando el príncipe entró en el aposento de su esposa, nadie lo pudo saber. Porque todo pasó tras el velo que sólo pueden penetrar los ojos de Alah.

Y lo mismo ocurrió la siguiente noche y las demás noches. Y asombrábanse todos de que hubiese podido celebrarse semejante unión. Y ninguno comprendía cómo un hijo de Adán podía cohabitar con una tortuga, aunque fuese tan grande como un tonel de los mayores. ¡Y esto es lo referente á las bodas del príncipe Schater-Mohammad con su esposa la tortuga!

Por lo que respecta al sultán, los años, las preocupaciones del reino y las emociones de todas cla-

ses, sin contar la pena que le había producido el matrimonio de su hijo pequeño, curvaron su espalda y adelgazaron sus huesos. Y enflaqueció, y amarilleó, y perdió el apetito. Y con sus fuerzas disminuyó su vista y se quedó completamente ciego.

Cuando sus tres hijos, que querían á su padre tantó como les quería él, vieron el estado en que se hallaba, resolvieron no dejar que cuidasen de su salud las mujeres del harén, que eran ignorantes y supersticiosas; y pensaron de qué medios se valdrían para devolver á su padre las fuerzas con la salud. Y dieron con uno, y tras de besar la mano al rey, le dijeron: «¡Oh padre nuestro! He aquí que tu tez amarillea y disminuye tu apetito y se debilita tu vista. ¡Y si las cosas continúan así, no nos quedará más remedio que desgarrarnos las vestiduras de dolor por perder contigo nuestro sostén y nuestro guía! Es preciso, pues, que escuches nuestro consejo, porque somos tus hijos y tú eres nuestro padre! Opinamos que en adelante deben ser nuestras esposas quienes te preparen el alimento, y no las mujeres de tu harén. Porque nuestras esposas son muy expertas en arte culinario, y guisarán para ti manjares que te devolverán el apetito, y con el apetito las fuerzas, y con las fuerzas la salud, y con la salud la excelencia de la vista y la curación de tus ojos enfermos.»

Y el sultán se conmovió mucho ante aquella atención de sus hijos, y les contestó: «¡Que Alah os inunde con Sus gracias, oh hijos de vuestro padre!

¡Pero eso va á ser una molestia muy grande para vuestras esposas!

En este momento de su narración, Schahrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 887.^a NOCHE*

Ella dijo:

«¡Que Alah os inunde con sus gracias, oh hijos de vuestro padre! ¡Pero eso va á ser una molestia muy grande para vuestras esposas!» Mas ellos empezaron á protestar, diciendo: «¡Una molestia! ¿Pues no son tus esclavas? ¿Y qué tienen que hacer de más urgencia que preparar manjares que contribuyan á tu restablecimiento? Y hemos pensado ¡oh padre! que lo mejor para ti sería que cada una te preparara una bandeja de manjares cocinados por ella, á fin de que tu alma pueda escoger entre todos el que te sea más agradable por el aspecto, por el olor y por el sabor. Y de tal suerte te volverá la salud y curarán tus ojos.» Y el sultán los abrazó y les dijo: «¡Vosotros sabréis mejor que yo lo que me conviene!»

Y en vista de aquella innovación, que los regocijó hasta el límite del regocijo, los tres príncipes fueron en busca de sus tres esposas, y les manda-

ron que prepararan cada cual una bandeja de manjares que fuesen admirables á la vista y al olfato. Y cada uno estimuló á su esposa respectiva, diciéndole: «¡Es preciso que nuestro padre prefiera los manjares de mi casa á los de la casa de mis hermanos!»

Y entretanto, los dos hermanos mayores no cesaron de burlarse de su hermano menor, preguntándole con mucha ironía qué iba á enviar su esposa, la enorme tortuga, para hacer volver el apetito á su padre y dulcificarle el paladar. Pero él no contestaba á sus preguntas é interrogaciones mas que con una sonrisa tranquila.

En cuanto á la esposa de Schater-Mohammad, que era la gigantesca tortuga solitaria, no esperaba mas que aquella ocasión para demostrar de lo que era capaz. Y en aquella hora y en aquel instante puso manos á la obra. Y empezó por enviar á la esposa del hijo mayor del rey su servidora de confianza, con encargo de pedirle que tuviera la bondad de recoger para ella, la tortuga, todas las cagarrutas de las ratas y ratones de su casa, ya que ella, la tortuga, tenía una necesidad urgente de aquello para condimentar el arroz, los rellenos y los demás manjares, y nunca se servía de otros condimentos que de aquéllos.

Y al oír semejante cosa, se dijo la esposa de Schater-Alí: «¡No, por Alah! Me guardaré mucho de dar esas cagarrutas de ratas y ratones que me pide esa miserable tortuga. ¡Porque ya sabré yo utilizar-

las como condimentos mejor que ella!» Y contestó á la servidora: «Siento tener que contestar con una negativa. ¡Pero, por Alah, que apenas si me basta para mi uso personal la cagarruta de que dispongo!» Y la servidora volvió á llevar esta respuesta á su ama la tortuga.

Entonces la tortuga se echó á reir, y se convulsionó de alegría. Y envió su servidora de confianza á la esposa del segundo hijo del rey, con encargo de pedirle toda la basura de pollos y de palomas que tuviese al alcance de la mano, bajo pretexto de que ella, la tortuga, tenía una apremiante necesidad de aquello para salpimentar los manjares que preparase para el sultán. Pero la servidora volvió al lado de su ama sin nada en la mano y con ásperas palabras en la lengua de parte de la esposa de Schater-Hossein. Y la tortuga, al no ver nada en manos de su servidora, y al oir las palabras ásperas que llevaba en la lengua de parte de la esposa del segundo hijo del sultán, se bamboleó de satisfacción y de contento, y se echó á reir de tal manera, que se cayó de trasero.

Tras de lo cual preparó los manjares como mejor sabía, los colocó en la bandeja, tapó la bandeja con una tapadera de mimbre, y lo cubrió todo con un pañuelo de lino perfumado de rosa. Y mandó á su fiel servidora que llevara la bandeja al sultán, mientras que, por su parte, las otras dos esposas de los príncipes hacían llevar las suyas por esclavas.

Y llegó, pues, el momento de la comida; y el sultán sentóse ante las tres bandejas; pero en cuanto se levantó la tapa de la bandeja de la primera princesa, se exhaló de ella un olor infecto y nauseabundo de cagarruta de rata capaz de asfixiar al elefante. Y al sultán le afectó tan desagradablemente aquel olor, que le dió vueltas la cabeza y se cayó desmayado, con los pies junto al mentón. Y sus hijos se apresuraron á rodearle, y le rociaron con agua de rosas, y le abanicaron y consiguieron hacerle recobrar el conocimiento. Y al acordarse entonces de la causa de su indisposición, no pudo por meros de dar rienda suelta á su cólera contra su nuera y abrumarla á maldiciones.

Y al cabo de cierto tiempo se le pudo calmar, y tanto y tanto hubo de porfiársele, que se le decidió á que probara la segunda bandeja. Pero en cuanto se la destapó, llenó la sala un olor atroz y fétido, como si acabasen de quemar allí la basura de todas las aves de corral de la ciudad. Y aquel olor penetró en la garganta, en la nariz y en los ojos delicados del desdichado sultán, que á la sazón creyó que se iba á quedar ciego del todo y á morir. Pero se apresuraron á abrir las ventanas, y á llevarse la bandeja causante de todo el mal, y á quemar incienso y benjuí para purificar el aire y contrarrestar el mal olor.

Y cuando el asqueado sultán respiró un poco el aire libre y pudo hablar, exclamó: «¿Qué daño he hecho á vuestras esposas ¡oh hijos míos! para que

así maltraten á un anciano y le caven la tumba en vida? ¡Eso es un crimen que castiga Alah!» Y los dos principes esposos de las que habian preparado las bandejas se mostraron muy cariacontecidos, y contestaron que aquello era una cosa que escapaba á su entendimiento.

Y entretanto, el joven principe Schater-Mohammad fué á besar la mano de su padre, y le suplicó que olvidara sus impresiones desagradables para no pensar mas que en el gusto que le iba á dar la tercer bandeja. Y el sultán, al oir aquello, llegó al límite de la cólera y de la indignación, y exclamó: «¿Qué dices, ¡oh Schater-Mohammad!? ¿Te burlas de tu anciano padre? ¿Que toque yo ahora á los manjares preparados por la tortuga, cuando los preparados por dedos de mujeres son ya tan horribles y tan espantosos? Bien veo que entre los tres habéis jurado hacer estallar mi hígado y darme á beber de un trago la muerte.» Pero el joven principe se arrojó á los pies de su padre, y le juró por su vida y por la verdad sagrada de la fe que la tercer bandeja le haría olvidar sus tribulaciones, y que él, Schater-Mohammad, consentía en tomarse todos los manjares si no eran del agrado de su padre. Y suplicó y rogó é insistió é intercedió con tanto fervor y tanta humildad en favor de la bandeja, que el rey acabó por dejarse ablandar, é hizo seña á un esclavo para que levantara la tapa de la tercer bandeja, mientras pronunciaba la fórmula: «¡Me refugio en Alah el Protector!»

Pero he aquí que, al ser levantada la tapa, se desprendió de la bandeja de la tortuga un tufillo compuesto de los más suaves aromas de cocina, y tan exquisito y tan deliciosamente penetrante, que en el mismo momento se dilataron los abanicos del corazón del sultán, y se ensancharon los abanicos de sus pulmones, y se estremecieron los abanicos de sus narices, y le volvió el apetito desaparecido desde hacía tanto tiempo, y se abrieron sus ojos y se aclaró su vista. Y se le puso sonrosado el color y reposado el aspecto del rostro. Y se estuvo comiendo sin interrupción durante una hora de tiempo. Tras de lo cual bebió un excelente sorbete de almizcle y nieve machacada, y regoldó de gusto varias veces con regüeldos que partían del fondo de su estómago satisfecho. Y en el límite de la holgura y del bienestar, dió gracias por Sus beneficios al Retribuidor, diciendo: «¡Al Gamdú lilah!»

Y no supo cómo expresar á su hijo pequeño lo satisfecho que estaba de los manjares cocinados por su esposa la tortuga. Y Schater-Mohammad aceptó las felicitaciones con modestia para no dar envidia á sus hermanos é indisponerlos contra él. Y dijo á su padre: «¡Esto ¡oh padre! no es mas que una pequeña parte de los talentos de mi esposa! ¡Pero, si Alah quiere, día llegará en que le sea dado merecer con más razón tus cumplimientos!» Y le rogó que, puesto que estaba satisfecho, fuese en lo porvenir la tortuga quien quedase encargada únicamente de suministrar todos los días las bandejas de manja-

res. Y el sultán aceptó, diciendo: «De todo corazón paternal y afectuoso, ¡oh hijo mío!»

Y con aquel régimen se restableció completamente. Y también se le curaron los ojos.

Y para celebrar su curación y el recobro de su vista, el sultán dió en palacio una gran fiesta, con un festín magnífico, al cual convidó á sus tres hijos con sus esposas. Y las princesas se arreglaron como mejor pudieron para presentarse al sultán de modo que hiciesen honor á sus esposos y les blanquease el rostro ante su padre.

Y la enorme tortuga también se arregló para que blanquease en público el rostro de su esposo á causa de la hermosura de su atavío y de la elegancia de su indumentaria. Y cuando estuvo ataviada á su gusto, mandó á su servidora de confianza que fuese á ver á la mayor de sus cuñadas para rogarle que prestase á la tortuga el pato grande que tenía en su corral; porque la tortuga se proponía ir al palacio á caballo sobre tan hermosa montura. Pero la princesa le contestó, por mediación de la lengua de la servidora, que si ella, la princesa, tenía un pato tan hermoso, era para servirse de él para su propio uso. Y al oír esta respuesta, la tortuga se cayó de trasero á fuerza de reír, y envió á la servidora á casa de la segunda princesa con encargo de pedirle, en calidad de simple préstamo por un día, el gran macho cabrío que le pertenecía. Pero la servidora volvió al lado de su ama para transmitirle con su lengua una negativa acompañada de pala-

bras agrias y comentarios desagradables. Y la tortuga se convulsionó y se bamboleó y llegó al límite de la dilatación y de la holgura.

Y cuando llegó la hora del festín, y las mujeres de la sultana, por orden de su ama, se colocaron ordenadamente ante la puerta exterior del harén para recibir á las tres esposas de los hijos del rey, vieron alzarse de improviso una nube de polvo que se acercó rápidamente. Y en medio de aquella nube apareció en seguida un pato gigantesco que corría á ras del suelo, espatarrado, con el pescuezo estirado, agitando las alas, y llevando á su lomo, encaramada de cualquier manera y con la cara demudada de espanto, á la primer princesa. E inmediatamente detrás de ella, á caballo sobre un macho cabrio bramador y revoltoso, toda cazcarrienta y polvorienta, aparecía la segunda princesa.

Y al ver aquello, el sultán y su esposa se disgustaron en extremo, y se les puso muy negro el rostro de vergüenza y de indignación. Y el sultán rompió en reprimendas y reproches contra ellas, diciéndoles: «¡He aquí que, no contentas con haber querido mi muerte por asfixia y envenenamiento, queréis que sea yo la burla del pueblo, y comprometernos á todos y deshonorarnos en público!» Y la sultana también las recibió con palabras airadas y ojos atravesados. Y no se sabe lo que habría sucedido si no hubiesen anunciado la proximidad del cortejo de la tercera princesa. Y el corazón del sultán y el de su esposa se atemorizaron; porque

se decían: «Si han venido de este modo las dos primeras, que pertenecen á nuestra especie de seres humanos, ¿cómo va á venir la tercera, que pertenece á la raza de las tortugas?» E invocaron el nombre de Alah, diciendo: «¡No hay recurso ni refugio mas que en Alah, que es grande y poderoso!» Y esperaron la calamidad, conteniendo la respiración...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 888.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y esperaron la calamidad, conteniendo la respiración.

Y he aquí que primero apareció en el meidán un equipo de corredores anunciando la llegada de la esposa del príncipe Schater-Mohammad. Y en seguida avanzaron cuatro hermosos sais vestidos de brocado y de espléndidas túnicas, con mangas que les arrastraban, gritando, con una larga vara en la mano: «¡Paso á la hija de reyes!» Y apareció el palanquín, recubierto de estofas preciosas de hermosos colores, llevado en hombros de sombríos negros, y fué á detenerse al pie de las gradas de

entrada. Y salió de él una princesa vestida de esplendor y de belleza, á quien nadie conocía. Y como esperaban que también se apease la tortuga, creyeron que aquella princesa era la dama de honor. Pero cuando vieron que subía sola la escalera y que el palanquin se alejaba, se vieron obligados todos á reconocer en ella á la esposa de Schater-Mohammad, y á recibirla con todos los honores debidos á su rango y con toda la cordialidad deseable. Y el corazón del sultán se dilató de satisfacción á la vista de aquella belleza, de su gracia, de su tacto, de sus buenas maneras y de todo el encanto que emanaba de ella y del menor de sus gestos ó movimientos.

Y como había llegado el momento de tomar parte en el festín, el sultán invitó á sus hijos y á las esposas de sus hijos á situarse en torno de él y de la sultana. Y empezó la comida.

Y he aquí que el primer manjar servido en la bandeja fué, como es de rigor, un gran plato de arroz cocido con manteca. Pero antes de que nadie tuviese tiempo de probar un bocado, la hermosa princesa lo alzó por encima de ella y se lo vertió todo entero en los cabellos. Y en el mismo momento todos los granos de arroz se convirtieron en perlas, que corrieron á lo largo de los hermosos cabellos de la princesa y se esparcieron á su alrededor y cayeron al suelo haciendo un ruido maravilloso.

Y sin dar tiempo á que los convidados hubie-

sen vuelto de su asombro frente á prodigio tan admirable, la princesa cogió una sopera grande que contenía un potaje verde y espeso de mulukhia, y se lo vertió tal como estaba sobre la cabeza. Y el potaje verde se transformó al punto en una infinidad de esmeraldas del agua más hermosa, que corrieron á lo largo de sus cabellos y de sus vestidos, y se desparramaron en torno á ella, mezclando en el suelo sus hermosas tonalidades verdes con los albores puros de las perlas.

Y el espectáculo de aquellos prodigios maravilló en extremo al sultán y á los convidados. Y las servidoras se apresuraron á poner en el mantel del festín otras bandejas de arroz y de potaje de mulukhia. Y las otras dos princesas, muy amarillas de envidia, no quisieron quedar oscurecidas por el éxito de su cuñada, y cogieron á su vez los platos de manjares. Y la mayor cogió el plato de arroz, y la segunda el plato de potaje verde. Y se los vertieron respectivamente en su propia cabeza. Y el arroz siguió siendo arroz en los cabellos de la una y se le pegó de un modo terrible á la cabeza, pringándola. Y el potaje verde siguió siendo potaje, y corrió por los cabellos y la cabeza de la otra, revisitiéndola por entero de una capa verde semejante á la boñiga de vaca, pegajosa y horrible en extremo.

Y al ver aquello, el sultán se disgustó hasta el límite del disgusto, y mandó á sus dos nueras mayores que se levantaran de la sala para ponerse lejos de su vista. Y les manifestó que no quería

volver á verlas más, ni percibir su olor siquiera. Y ellas se levantaron en aquella hora y en aquel instante, y se fueron de la presencia de él, con sus esposos, avergonzadas, humilladas y asqueantes. ¡Y esto es lo referente á ellas!

Pero en cuanto á la princesa maravillosa y á su esposo el príncipe Schater-Mohammad, se quedaron solos en la sala con el sultán, que los besó y los estrechó contra su corazón efusivamente, y les dijo: «¡Vosotros solos sois mis hijos!» Y al instante quiso inscribir el trono á nombre de su hijo menor, y congregó á los emires y á los visires, é inscribió ante ellos el trono sobre la cabeza de Schater-Mohammad, en calidad de herencia y sucesión, con exclusión de sus demás herederos. Y les dijo á ambos: «Deseo que en adelante habitéis conmigo en palacio, porque sin vosotros me moriría indudablemente.» Y contestaron ellos: «¡Oír es obedecer! ¡Y tu deseo está por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos!»

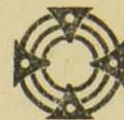
Y la princesa maravillosa, para no verse tentada á volver á tomar su forma de tortuga, que podía ocasionar alguna emoción desagradable al viejo sultán, dió orden á su servidora de que le llevase el caparazón que había dejado en casa. Y cuando tuvo el caparazón entre las manos, le prendió fuego hasta que se consumió. Y desde entonces permaneció siempre bajo su forma de princesa. ¡Y gloria á Alah, que la dotó de un cuerpo sin defecto, maravilla de los ojos!

Y el Retribuidor continuó colmándolos con sus gracias y les concedió muchos hijos. Y vivieron contentos y prosperando.

Y al ver que el rey la escuchaba sin desagrado, Schahrazada contó aún aquella noche la historia de



La hija del vendedor de garbanzos



Ha llegado hasta mi conocimiento entre lo que ha llegado hasta mi conocimiento, que en la ciudad del Cairo había un honrado y respetable vendedor de garbanzos, á quien el Donador había concedido tres hijas por toda posteridad. Y aunque por lo general las hijas no traen consigo bendiciones, el vendedor de garbanzos aceptaba con resignación el don de su Creador y profesaba mucho cariño á sus tres hijas. Ellas, por cierto, eran como lunas, y la más pequeña superaba á sus hermanas en belleza, en encantos, en gracia, en sagacidad, en inteligencia y en perfecciones. Y se llamaba Zeina.

Todas las mañanas las tres jóvenes iban á casa de su maestra, que les enseñaba el arte del bordado en seda y en terciopelo. Porque su padre, el vendedor de garbanzos, hombre excelente, quería que tuviesen una educación esmerada, á fin de que el Destino les pusiese en el camino de su matrimonio hijos de mercaderes y no hijos de cualquier vendedor como él.

Y todas las mañanas, al ir á casa de su maestra de bordados, las jóvenes pasaban por debajo de la ventana del sultán, con su talle ondulante, con su aspecto de princesas y con sus tres pares de ojos babilónicos, que aparecían con toda su belleza fuera del velo del rostro.

Y el hijo del sultán, al verlas llegar cada mañana, les gritaba desde su ventana con voz provocadora: «¡La zalema sobre las hijas del vendedor de garbanzos! ¡La zalema sobre las tres letras derechas del alfabeto!» Y la mayor y la mediana contestaban siempre al saludo del hijo del sultán con una leve sonrisa de sus ojos; mas la pequeña no contestaba nada absolutamente y seguía su camino sin levantar siquiera la cabeza. Pero si el hijo del sultán insistía, pidiendo, por ejemplo, noticias de los garbanzos, y del precio actual de los garbanzos, y de la venta de los garbanzos, y de la buena ó mala calidad de los garbanzos, y de la salud del vendedor de garbanzos, entonces era la pequeña la única que contestaba, sin tomarse siquiera la molestia de mirarle: «¿Y qué hay de común entre los garbanzos y tú, ¡oh rostro de pez!» Y las tres se echaban á reir y se marchaban por su camino.

Y he aquí que al hijo del sultán, que estaba apasionadamente prendado de la menor de las hijas del vendedor de garbanzos, la pequeña Zeina, no cesaban de desolarle la ironía, el desdén y la mala gana con que ella respondía á sus deseos. Y un día en

que la joven se había burlado de él más que de ordinario al contestar á sus preguntas, el príncipe comprendió que jamás obtendría de ella nada por la galantería, y decidió vengarse humillándola y castigándola en la persona de su padre. Porque sabía que la joven Zeina quería á su padre hasta el límite extremo del afecto. Y se dijo: «Así le haré sentir el peso de mi poder.»

Y como era hijo del sultán y tenía un poder omnímodo sobre las almas, hizo ir al vendedor de garbanzos y le dijo: «¿Eres el padre de las tres jóvenes?» Y el vendedor contestó temblando: «Sí, por Alah, ¡ya sidi!» Y el hijo del sultán le dijo: «Pues bien, ¡oh hombre! quiero que mañana á la hora de la plegaria vengas aquí, entre mis manos, vestido y desnudo á la vez, riendo y llorando en el mismo momento y á caballo sobre una caballería al mismo tiempo que andando por tu pie. ¡Y si, por desgracia tuya, llegas á mí como estás, sin haber cumplido mis condiciones, ó si, aunque hayas cumplido una, no llenas las otras dos, estás perdido sin remedio y tu cabeza saltará de tus hombros!» Y el vendedor de garbanzos besó la tierra y se marchó, pensando: «¡En verdad que la cosa es enorme! ¡Y mi pérdida no tiene remedio, indudablemente!»

Y llegó al lado de sus hijas, con el color muy amarillo, vuelto el saco de su estómago y la nariz alargada hasta sus pies.

Y sus hijas vieron su inquietud y su perplejidad, y la más pequeña, que era la joven Zeina, le

preguntó: «¿Por qué ¡oh padre mío! veo amarillear tu tez y ennegrecerse el mundo ante tu rostro?» Y le contestó él: «¡Oh hija mía! ¡en mi ser íntimo llevo una calamidad y en mi pecho una opresión!» Y ella le dijo: «Cuéntame la calamidad, ¡oh padre! pues quizá así cese la opresión y se dilate tu pecho...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 889.^a NOCHE*

Ella dijo:

...La joven dijo á su padre el vendedor de garbanzos: «Cuéntame la calamidad, ¡oh padre! pues quizá así cese la opresión y se dilate tu pecho.» Y le contó él la cosa desde el principio hasta el fin, sin olvidar un detalle. Pero no hay ninguna utilidad en repetirla.

Cuando la joven Zeina oyó el relato de la aventura de su padre y supo el motivo de su pena, de su cambio de color y de su opresión de pecho, se echó á reir con mucha, mucha gana, hasta casi desmayarse. Luego se encaró con él, y le dijo: «Pero ¿no se trata mas que de eso, ¡oh padre mío!? ¡Por Alah, no tengas inquietud ni preocupaciones y sigue mis consejos! Y verás cómo al hijo del sultán, á ese

cualquiera, le llega la vez de morderse los dedos y de reventar de despecho. ¡Escucha!» Y reflexionó un instante y dijo: «En cuanto á la primera condición, no tienes mas que ir á casa de nuestro vecino el pescador y rogarle que te venda una de sus redes. Y me traerás esa red, y con ella te haré un traje para que te lo pongas sobre la carne, después de haberte quitado toda la ropa. ¡Y de tal suerte, estarás vestido y desnudo á la vez!

»Y en cuanto á la segunda condición, no tienes mas que coger una cebolla antes de ir al palacio del sultán. Y en el umbral te frotarás con ella los ojos. ¡Y estarás lloroso y risueño en el mismo momento!

»Y por último, en cuanto á la tercera condición, ve ¡oh padre! á casa de nuestro vecino el arriero y ruégale que te deje el buche que le nació este año. Y te lo llevarás, y cuando hayas llegado á casa del hijo del sultán, de ese granuja, montarás en el buche, y como tocarás el suelo con los pies, andarás por tu pie al mismo tiempo que el buche avance. ¡Y de tal suerte, irás montado y á pie al mismo tiempo!

»Y esta es mi opinión. ¡Y Alah es más poderoso y el único inteligente!»

Cuando el vendedor de garbanzos, padre de la ingeniosa Zeina, hubo oído estas palabras de su hija, la besó entre ambos ojos, y le dijo: «¡Oh hija de tu padre y de tu madre! ¡oh Zeina! ¡quien engendra hijas como tú no muere! ¡Gloria á Quien

ha puesto tanta inteligencia detrás de tu frente y tanta sagacidad en tu espíritu!» Y en aquella hora y en aquel instante, el mundo se blanqueó ante su rostro, huyeron de su corazón las preocupaciones, y se le dilató el pecho. Y comió un bocado y bebió un jarro de agua, y salió á hacer cuanto le había indicado su hija.

Y al día siguiente, cuando todo estuvo dispuesto como era debido, el vendedor de garbanzos se fué á palacio, y entró en el aposento del hijo del sultán de la manera y el modo requeridos, vestido y desnudo á la vez, riendo y llorando al mismo tiempo, andando y cabalgando en el mismo momento, en tanto que el borriquillo, asustado, se había puesto á rebuznar y á echar cuescos en medio de la sala de recepción.

Al ver aquello, el hijo del sultán llegó al límite del furor y del despecho, y como no podía hacer sufrir al vendedor de garbanzos el trato con que le había amenazado, pues había cumplido las condiciones requeridas, sintió que la bolsa de la hiel estaba á punto de estallarle en el hígado. Y se juró á sí mismo vengarse en la propia joven, exterminándola sin remisión. Y echó al vendedor de garbanzos, y se puso á meditar el plan de sus asechanzas contra la joven. ¡Y he aquí lo referente á él!

Pero, por lo que respecta á la joven Zeina, como estaba llena de previsión y sus ojos veían desde lejos y su nariz olfateaba la proximidad de los acontecimientos, sospechó en seguida, por la manera

como su padre le contó el estado de furor en que se hallaba el hijo del sultán, que aquel mal sujeto iba á atacarla de un modo peligroso. Y se dijo: «¡Antes de que nos ataque, ataquémosle!» Y se irguió sobre ambos pies y fué en busca de un armero muy experto en su oficio, y le dijo: «Quiero ¡oh padre de manos hábiles! que me fabriques á mi medida una armadura toda de acero, y perneras y brazales y un casco del mismo metal. Pero es preciso que todos estos objetos estén hechos de tal manera, que al menor movimiento en la marcha ó al menor contacto produzcan un ruido ensordecedor y un estrépito espantoso.» Y el armero contestó con el oído y la obediencia, y no tardó en entregarle los objetos consabidos, tales como los había encargado.

Y he aquí que, cuando llegó la noche, la joven Zeina se disfrazó terriblemente poniéndose el traje de hierro, y se echó al bolsillo un par de tijeras y una navaja de afeitar, y cogió en la mano una horquilla puntiaguda, y se dirigió así á palacio.

Y en cuanto desde lejos vieron llegar á aquel guerrero espantable, el portero y los guardias de palacio huyeron en todas direcciones. Y en el interior del palacio los esclavos siguieron el ejemplo del portero y de los guardias, y cada cual se apresuró á esconderse para resguardarse en cualquier rincón seguro, aterrados por el estrépito ensordecedor que producían las diversas partes del traje de hierro, y por el aspecto amedrentador de quien lo llevaba, y por la horquilla que blandía. Y de tal suerte, la hija

del vendedor de garbanzos, sin encontrar ningún obstáculo ni la menor señal de resistencia, llegó sin contratiempo á la habitación en que de ordinario se hallaba la mala persona del hijo del sultán.

Y al oír todo aquel ruido terrible y al ver entrar á quien lo producía, el hijo del sultán se sintió poseído de un gran espanto, y creyó que veía aparecer á un efrit raptor de almas. Y se puso muy amarillo, empezó á temblar y á rechinar los dientes, y cayó al suelo, exclamando: «¡Oh poderoso efrit raptor de almas! ¡perdóname y Alah te perdonará!» Pero la joven le contestó, hablando con voz terrible: «¡Cose tus labios y tus mandíbulas, ¡oh proxeneta! ó te clavo esta horquilla en un ojo!» Y el asustado mozo juntó sus labios y sus mandíbulas, y no se atrevió á decir una palabra ni á hacer un movimiento. Y la hija del vendedor de garbanzos se acercó á él, que estaba tendido en el suelo, inmóvil y desmayado, y sacando las tijeras y la navaja, le afeitó la mitad de sus tiernos bigotes, el lado izquierdo de su barba, el lado derecho de sus cabellos y ambas cejas. Tras de lo cual le restregó la cara con estiércol de asno, y le metió un pedazo en la boca. Y hecho aquello, se fué como había venido, sin que nadie se atreviese á estorbarle el paso. Y regresó sin contratiempos á su casa, donde se apresuró á quitarse su traje de hierro y á acostarse al lado de sus hermanas para dormir muy bien hasta por la mañana.

Y aquel día, como de ordinario, después de la-

varse y peinarse y arreglarse, las tres hermanas salieron de su casa para ir á casa de su maestra de bordado. Y como todas las mañanas, pasaron por debajo de la ventana del hijo del sultán. Y le vieron sentado junto á la ventana, según su costumbre, pero con la cara y la cabeza arrebozadas en un pañuelo, de modo que sólo tenía al descubierto los ojos. Y las tres, comportándose con él al revés de como lo hacían por lo general, le miraron con insistencia y coquetería. Y el hijo del sultán se dijo: «No sé; pero me parece que se amansan. ¡Acaso sea porque el pañuelo que me envuelve la cabeza y el rostro hace que resulten más hermosos mis ojos!» Y les gritó: «¡Eh! ¡las tres letras derechas del alfabeto, ¡oh hijas de mi corazón! la zalema sobre vosotras tres! ¿Cómo van los garbanzos esta mañana?» Y la más joven de las tres hermanas, la pequeña Zeina, levantó la cabeza hacia él y contestó por sus hermanas: «¡Eh, ualah! y la zalema sobre ti, ¡oh rostro entrapajado! ¿Cómo tienes esta mañana el lado izquierdo de tu barba y de tus bigotes, y cómo tienes la mitad derecha del cráneo, y cómo están tus hermosas cejas, y has encontrado de tu gusto el estiércol de asno, ¡oh querido mío!? ¡Ojalá haya sido de deliciosa digestión para tu corazón!»

Y así diciendo, echó á correr con sus hermanas, riendo á carcajadas, y haciendo desde lejos, al hijo del sultán, muecas burlonas y provocativas. ¡Eso fué todo!

Y al oír y ver, el hijo del sultán comprendió,

sin quedarle lugar á duda, que el efrit de la noche anterior no era otro que la hija del vendedor de garbanzos. Y en el limite de la rabia, sintió que se le subía á la nariz la hiel de su vejiga, y juró que se apoderaría de la joven ó moriría. Y tras de combinar su plan, esperó algún tiempo para que le creciesen la barba, los bigotes, las cejas y los cabellos, é hizo ir á su presencia al vendedor de garbanzos, padre de su joven adversaria, el cual se dijo, dirigiéndose al palacio: «¡Quién sabe qué calamidad me prepara ahora ese proxeneta!» Y llegó, muy poco seguro, entre las manos del hijo del sultán, que le dijo: «¡Oh hombre! ¡quiero que me concedas en matrimonio á tu tercera hija, de quien estoy locamente prendado! ¡Y como te atrevas á rehusármela, tu cabeza saltará de tus hombros!» Y el vendedor de garbanzos contestó: «¡No hay inconveniente! ¡Pero concédame un plazo el hijo de nuestro amo el sultán, á fin de que vaya yo á consultar á mi hija antes de casarla!» Y contestó el joven: «Ve á consultarla; ¡pero sabe que, si rehusa, sufrirá como tú la muerte negra!»

Y el azorado vendedor de garbanzos fué en busca de su hija, y la puso al corriente de la situación, y dijo: «¡Oh hija mía, se trata de una calamidad inevitable!» Pero la joven se echó á reir, y le dijo: «Por Alah, ¡oh padre! no hay en ello ni calamidad ni olor de calamidad. Porque ese matrimonio es una bendición para mí y para ti y para mis hermanas. Y doy desde luego mi consentimiento.»

Y el vendedor de garbanzos fué á llevar la respuesta de su hija al hijo del sultán, que osciló de satisfacción y de contento. Y dió orden de hacer sin tardanza los preparativos de las bodas, que comenzaron al punto. ¡Y he aquí lo referente á él!

Pero en cuanto á la joven, fué en busca de un confitero experto en el arte de confeccionar muñecas de azúcar, y le dijo: «Deseo de ti que me hagas una muñeca toda de azúcar, que sea de mi estatura y tenga mis facciones y mi color, con cabellos de azúcar hilado, y hermosos ojos negros, y boca pequeña, y nariz bonita, y largas cejas rectas, y con todo lo necesario en las demás partes.» Y el confitero, que poseía unos dedos muy hábiles, le confeccionó una muñeca que tenía las facciones de ella y un parecido exacto, tan bien hecha, que no le faltaba mas que hablar para ser una hija de Adán.

Y he aquí que, cuando llegó la noche nupcial de la penetración, la joven, ayudada por sus hermanas, que eran sus damas de honor, puso su propia camisa en el cuerpo de la muñeca, y la acostó en el lecho en lugar suyo, y corrió sobre ella el mosquitero. Y dió las instrucciones necesarias á sus hermanas y fué á esconderse en la habitación, detrás del lecho.

Y cuando llegó el momento de la penetración, ambas jóvenes, hermanas de Zeina, guiaron al esposo y lo introdujeron en la cámara nupcial. Y tras de formular los deseos de rigor y hacerle recomen-

daciones referentes á su hermana pequeña, diciéndole: «¡Es delicada, y te la confiamos! ¡Es amable y dulce, y no tendrás queja de ella!», se despidieron de él y le dejaron solo en la habitación.

Y el hijo del sultán, acordándose entonces de todas las vejaciones que le había hecho sufrir la hija del vendedor de garbanzos, y de todas sus humillaciones, y de todos los desdenes con que le había abrumado, se acercó á la joven que creía acostada bajo el mosquitero, y que le esperaba sin salir de su inmovilidad. Y de pronto desenvainó su enorme sable, y con todas sus fuerzas le asestó un golpe que hizo rodar por todos lados la cabeza en añicos. Y uno de los trozos le entró en la boca, que tenía él abierta para proferir injurias dirigidas á su víctima. Y sintió el sabor del azúcar, y se asombró prodigiosamente, y exclamó: «¡Por vida mía! He aquí que, después de haberme hecho comer en vida el amargo estiércol de los asnos, me hace gustar, después de su muerte, la dulzura exquisita de su carne.»

Y persuadido de que acababa de cercenar la cabeza á tan deliciosa criatura, dió rienda suelta á su desesperación, y quiso abrirse el vientre con el sable que le había servido para destrozar á la muñeca.

Pero de repente la verdadera joven salió de su escondite, y le sujetó el brazo por detrás, y le besó, diciéndole: «¡Perdónanos y Alah nos perdonará!»

Y el hijo del sultán olvidó todas sus tribulacio-

nes al ver la sonrisa de la exquisita adolescente á quien había deseado tanto. Y la perdonó y la amó.

Y vivieron prósperamente, dejando numerosa posteridad.

Y como Schahrazada no se sentía fatigada aquella noche, contó aún al rey Schahriar la historia siguiente, que es la del DESLIGADOR:



El desligador



Se cuenta que en la ciudad de Damasco, en el país de Scham, había en su tiempo un joven mercader que era cual la luna en su décimacuarta noche, tan hermoso y atrayente, que ni uno solo de los compradores del zoco se resistía á su maravillosa belleza. Porque era, en verdad, una alegría para los ojos que le miraban y una condenación para el alma del espectador. Y de él es de quien ha dicho el poeta:

*¡Mi señor es el rey de la belleza, y en su cuerpo,
obra de su Creador, no hay ni un rincón despreciable,
pues todo es igualmente perfecto!*

*¡Son sus formas tan delicadas como duro es su co-
razón; sus rasgados ojos declaran la guerra á los in-
diferentes y producen incendios en los corazones más
fríos!*

¡Sus cabellos son enroscados y negros como escorpiones; su talle, flexible como la rama del árbol ban y fino como el tallo del bambú!

¡Y su grupa, que es notable, tiembla, cuando se balancea, como la leche cuajada en la escudilla del beduino!

Un día entre los días, el joven, como de ordinario, estaba sentado delante de su tienda, con sus grandes ojos negros y la seducción de su rostro, cuando entró una dama para hacer compras. Y la recibió él con dignidad, y trabaron conversación acerca de la venta y la compra. Pero, al cabo de un momento, absolutamente subyugada por sus encantos, le dijo la dama: «¡Oh rostro de luna! Quisiera volver á verte mañana. ¡Y quedarás contento de mí!» Y le dejó, tras de comprar algo que pagó sin regatear, y se fué por su camino.

Y como le había prometido, volvió á la tienda al día siguiente á la misma hora. Pero llevaba de la mano á una adolescente mucho más joven que ella, y más bonita y más atractiva y más deseable. Y el joven mercader, al ver á la recién llegada, no se ocupó ya mas que de ella, y no reparó en la primera más que si no la viese. Y ésta acabó por decirle al oído: «¡Oh rostro bendito! ¡por Alah, que no has escogido mal! Y si quieres, serviré de intermediaria entre tú y esta adolescente, que es mi propia hija. Y dijo el joven: «En tu mano está la bendición, ¡oh dama selecta! Ciertamente, por el

Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!), es extremo mi deseo de esta adolescente hija tuya. Pero ¡ay! el deseo no es la realidad, y á juzgar por las apariencias, tu hija es demasiado rica para mí.» Pero ella protestó, diciendo: «¡Por el Profeta, ¡oh hijo mío! no te preocupes de eso! Porque te hacemos gracia de la dote que el esposo debe inscribir á nombre de la esposa, y tomamos á nuestro cargo todos los gastos de la boda y demás dispendios. ¡Tú no tienes mas que dejarnos, y te encontrarás con buena cama, pan caliente, carne firme y bienestar! ¡Porque cuando se halla un ser tan hermoso como tú, se le toma tal y como es, sin pedirle otra cosa que el que se porte con gallardía en el momento que tú sabes, y permanezca seco y duro mucho tiempo!» Y el joven contestó: «No hay inconveniente...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 890.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...seco y duro mucho tiempo!» Y el joven contestó: «No hay inconveniente.»

Y acto seguido se pusieron de acuerdo respecto

á todo, y se convino en que las bodas se celebrarían en el más breve plazo, sin ceremonias ni invitaciones, sin músicos ni danzarinas ni cantarinas, y sin paseos ni cortejos.

Y en el día fijado se hizo ir al kadí y á los testigos. Y se redactó el contrato con arreglo á las prescripciones de la ley. Y la madre, en presencia del kadí y de los testigos, introdujo al joven en la cámara nupcial, y le dejó solo con su esposa, diciéndoles: «Gozad de vuestro destino, ¡oh hijos míos!» Y aquella noche no hubo en toda la ciudad de Damasco, ni en el país de Scham, un grupo más hermoso que el que formaban ambos jóvenes enlazados, adaptándose uno á otro como las dos mitades de la misma almendra.

Y al día siguiente, después de una noche pasada entre delicias, el joven se levantó y fué á hacer sus abluciones en el hammam. Tras de lo cual se marchó á su tienda, como de ordinario, y allí permaneció hasta que se cerró el zoco. Y entonces se levantó y volvió á su nueva casa, para encontrarse de nuevo con su esposa.

Y entró en el harén, y fué derecho á la cámara nupcial, donde la vispera había probado tantas cosas excelentes. Y he aquí que, bajo el mosquitero, dormía su esposa, con los cabellos en desorden, al lado de un mozalbete con mejillas vírgenes de pelo, que la estrechaba con amor contra sí.

Al ver aquello, el mundo se ennegreció ante el rostro del joven, que se precipitó fuera de la cá-

mara para ir en busca de la madre y hacerle ver lo que había que ver. Y encontró á la madre, que estaba sentada precisamente en el umbral de la habitación, y que, al verle con el color tan amarillo y muy emocionado, le dijo: «¿Qué te pasa, ¡oh hijo mío!? ¡Ruega al Profeta!» Y contestó el joven: «¡Con Él la plegaria y la paz! ¿Qué es eso, ¡oh tía!? ¿Qué es eso que he visto en el lecho? ¡Me refugio en Alah contra las asechanzas del Lapidado!» Y escupió con violencia en tierra, como si lo hiciese sobre alguien que estuviese á sus pies. Y dijo la madre: «¿Y á qué viene ¡oh hijo mío! toda esa cólera y toda esa emoción? ¿Es porque tu esposa está con otra persona? Pero, ¡por los méritos del Profeta! ¿crees que puede una alimentarse del aire? ¿Y crees que te he dado por esposa á mi hija, sin exigir de ti nada en calidad de dote ni de viudedad, para que vengas ahora reprobando su conducta y contrariando sus caprichos? ¡Es esa mucha pretensión de parte tuya, hijo mío! ¡Porque bien debiste figurarte que dos mujeres como nosotras no podrían mantenerse si no estuvieran en libertad de acción! ¿Comprendes ya?» Y el joven, estupefacto por todo lo que oía, no supo hacer otra cosa que murmurar: «¡Me refugio en Alah! ¡Él es el Misericordioso!» Y la madre añadió: «¡Vaya, no te quejes más! ¡Pero si nuestra manera de vivir no te conviene, hijo mío, no tienes mas que hacernos ver la anchura de tus hombros!»

Al oír estas palabras, el joven, en el límite de la cólera, exclamó, de manera que fuese oído tanto

por la madre como por la hija: «¡Me divorcio! ¡por Alah y por el Profeta, que me divorcio!»

Y al propio tiempo salió de debajo del mosquitero la joven desperezándose, y al oír la fórmula del divorcio, se apresuró á bajarse el velo del rostro para no estar descubierta ante el que en adelante sería para ella un extraño. Y al mismo tiempo que ella, salió de debajo del mosquitero la persona con quien ella estaba enlazada tan amorosamente. Y he aquí que aquella persona, que de lejos parecía un mozalbete imberbe, era una joven, como podía observarse sólo al ver la ola de sus cabellos, desatados de pronto, que le acariciaban los tobillos.

Y mientras el desgraciado joven permanecía inmóvil de asombro, hicieron su aparición dos testigos que había ocultado la madre detrás de una cortina, y le dijeron: «¡Hemos oído la fórmula del divorcio, y damos fe de que te has divorciado de tu esposa!» Y la madre le dijo riendo: «Pues bien, hijo mío, ¡ya no te queda más remedio que irte! Y para que no te marches mal impresionado, has de saber que la joven que ves aquí, y que estaba acostada con tu esposa, es mi hija menor. ¡Y lo que has pensado es un pecado que tienes sobre la conciencia! Pero sabe también que tu esposa estaba casada primero con un joven á quien amaba y que la amaba. Pero un día disputaron, y en el calor de la disputa, mi yerno dijo á mi hija: «¡Quedas divorciada tres veces!» Ya sabes que esa es la fórmula más grave del divorcio y la más solemne. Y el que la pronun-

cia no puede volver á casarse con su primera esposa, si un día lo desea, mientras su esposa no consume un nuevo matrimonio con un segundo marido que, á su vez, la repudie. Necesitábamos, pues, un desligador, hijo mío. Y he buscado mucho tiempo á ese desligador, sin encontrarle. Y acabé por encontrarte. Y al verte, comprendí que serías un desligador perfecto. Y te escogí. Y ha sucedido lo que ha sucedido. ¡Uassalam!»

Y á continuación le echó de la casa á empujones, y cerró la puerta, mientras el primer esposo, ante el mismo kadí y los mismos testigos, suscribía un segundo contrato de matrimonio con su primera esposa.

«Y tal es ¡oh rey afortunado! la historia del Desligador. Pero se halla lejos de ser tan deliciosa como la HISTORIA DEL CAPITÁN DE POLICÍA.»



El capitán de policía



En otro tiempo había en El Cairo un kurdo, que llegó á Egipto bajo el reinado del victorioso rey Saladino (¡Alah le tenga en Su gracia!) Y aquel kurdo era un hombre de una corpulencia terrible, con bigotes enormes y una barba que le subía hasta los ojos, y cejas que le tapaban los ojos, y con mechones de pelo que le salían de la nariz y de las orejas.

Y tenía un aspecto tan terrible, que no tardó en llegar á ser capitán de policía. Y los pilluelos del barrio, sólo con verle desde lejos, se daban á la fuga, echando á correr más de prisa que si hubiesen visto aparecer una ghula. Y las madres amenazaban á sus hijos con llamar al capitán kurdo cuando no los podían soportar. En una palabra, era el terror del barrio y de la ciudad.

Un día entre los días, sintió él que le pesaba la soledad, y pensó en lo bueno que sería encontrar en su casa carne fresca para meterle el diente cuando volviera por la noche. En vista de lo cual, fué en busca de una casamentera, y le dijo: «Deseo mujer. Pero tengo mucha experiencia, y sé cuántas tribulaciones traen de ordinario consigo las mujeres. Por eso, como quiero tener las menos complicaciones posibles, deseo que me busques una joven virgen que no se haya separado nunca de la ropa de su madre, y que esté dispuesta á vivir conmigo en una casa que se compone de una sola habitación. Y pongo por condición la de que jamás ha de salir de esa habitación ni de esa casa. ¡Y ahora dime si puedes ó no puedes encontrarme esa joven!» Y la casamentera contestó: «¡Puedo! ¡Dame algo de señal!» Y el capitán de policía le entregó un dinar en señal, y se fué por su camino. Y la casamentera se irguió sobre ambos pies, y se dedicó á la busca de la joven consabida.

Y tras de varios días de pesquisas y negociaciones, de preguntas y respuestas, acabó por encon-

trar una joven que consintiera en vivir con el kurdo sin salir nunca de la casa, compuesta de una sola habitación. Y la casamentera fué á participar al capitán de policía el éxito de sus buenos oficios, y le dijo: «He encontrado para ti una joven virgen que jamás se ha separado de su madre, y que me ha dicho, cuando le he impuesto la condición: «¡Vivir con el valiente capitán ó permanecer aquí encerrada con mi madre da lo mismo!» Y el kurdo quedó muy satisfecho de esta respuesta, y preguntó á la casamentera: «¿Y cómo es?» Ella contestó: «¡Es gorda y rolliza y blanca!» Él dijo: «¡Eso es lo que me gusta!»

Así, pues, como el padre de la joven estaba conforme, y como la madre estaba conforme, y como la hija estaba conforme, y como el kurdo estaba conforme, se celebró la boda sin tardanza. Y el kurdo, padre de bigotes grandes, se llevó á la joven gorda y rolliza y blanca á su casa, compuesta de una sola habitación, y se encerró con ella y con su destino. Y sólo Alah sabe lo que pasó aquella noche.

Y al día siguiente el kurdo fué á evacuar los asuntos propios de la policía, diciéndose al salir de su casa: «He hecho mi suerte con esta joven.» Y por la noche, al volver á su casa, le bastó una mirada para asegurarse de que todo estaba en orden en su casa. Y se decía á diario: «Todavía no ha nacido quien meta la nariz en mi cena.» Y su tranquilidad era perfecta y su seguridad absoluta. Y á pesar de toda su experiencia, no sabía que la mujer es sagaz

de nacimiento, y que cuando desea algo nada puede detenerla. Y pronto iba á tener la prueba de ello.

En efecto, había en la misma calle, frente á la ventana de la casa, un carnicero que vendía carne de carnero. Y el tal carnicero tenía un hijo de lo más truhán, que por naturaleza estaba lleno de atractivo y de alegría, y que, desde por la mañana hasta por la noche, cantaba sin parar con una voz muy hermosa. Y la joven esposa del capitán kurdo quedó subyugada por los encantos y la voz del hijo del carnicero, y sucedió entre ellos lo que sucedió...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 891.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y la joven esposa del capitán kurdo quedó subyugada por los encantos y la voz del hijo del carnicero, y sucedió entre ellos lo que sucedió.

Y el capitán kurdo volvió aquel día más temprano que de costumbre, é introdujo la llave en la cerradura para abrir la puerta. Y su esposa, que estaba copulando en aquel momento, oyó rechinar la llave y lo dejó todo para saltar sobre ambos pies. Y se apresuró á ocultar á su amante en un rincón de la

habitación, detrás de la cuerda en que estaban colgados todos los trajes de su esposo y los suyos propios. Luego cogió un velo grande, en el cual se envolvía de ordinario, y bajó la escalerilla para salir al encuentro de su marido el capitán, el cual, sólo con subir la mitad de los escalones, había olfateado ya que en su casa pasaba algo que no pasaba de ordinario. Y dijo á su mujer: «¿Quién hay? ¿Y por qué tienes ese velo?» Y ella contestó: «¡La historia de este velo ¡oh dueño mío! es una historia que, si estuviese escrita con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección á quien la leyera con respeto! ¡Pero empieza por sentarte en el diván, para que te la cuente!» Y le llevó al diván, le rogó que se sentara, y continuó así: «Has de saber, en efecto, que en la ciudad del Cairo había un capitán de policía, hombre terrible y celoso, que vigilaba á su mujer de continuo. Y para estar seguro de su fidelidad la había encerrado en una casa como ésta, con una sola habitación. Pero, á pesar de todas sus precauciones, la mujer le ponía cuernos con todo su corazón, y sobre los cuernos insensibles de él copulaba con el hijo de su vecino el carnicero, de modo y manera que, un día en que había vuelto más temprano que de costumbre, el capitán sospechó algo. Y en efecto, cuando su mujer le oyó entrar, se apresuró á ocultar á su amante y llevó á su marido á un diván, igual que yo he hecho contigo. ¡Y entonces le echó por la cabeza una tela que tenía en la mano, y le apretó el cuello con todas sus fuerzas, de esta

manera!» Y así diciendo, la joven echó la tela por la cabeza al kurdo, y le apretó el cuello, riendo y continuando así su historia: «Y cuando el hijo de perro tuvo la cabeza y el cuello bien cogidos con la tela, la joven gritó á su amante, que estaba escondido detrás de las ropas del marido: «¡Eh, querido mío, ponte en salvo! ¡pronto, pronto!» Y el joven carnicero se apresuró á salir de su escondite y á precipitarse por la escalera á la calle. ¡Y tal es la historia de la tela que tenía yo en la mano, ¡ya sidi!»

Y tras de contar así esta historia, y al ver que su amante estaba en salvo ya, la joven aflojó la tela que tenía fuertemente enrollada al cuello de su marido el kurdo, y se echó á reir de tal manera que cayó de trasero.

En cuanto al capitán kurdo, libre ya de la estrangulación, no supo si debía reir ó enfadarse por la historia y la broma de su mujer. Por lo demás, kurdo era y kurdo siguió siendo. Y por eso jamás comprendió nada de aquel incidente. Y continuaron creciéndole los bigotes y los pelos. Y murió como un bienaventurado, contento y prosperando, tras de haber dejado muchos hijos.

Y aquella noche todavía dijo Schahrazada la historia siguiente, que es un torneo de generosidad entre tres personas de diferente especie, á saber: entre un marido, un amante y un ladrón.



¿Cuál es el más generoso?



Cuentan que había en Bagdad un primo y una prima que desde la infancia se amaban con un amor extremado. Y sus padres les destinaron uno para otro, diciendo siempre: «¡Cuando Habib sea mayor, le casaremos con Habiba!» Y ambos habían vivido y crecido juntos, y con ellos había crecido su mutuo afecto. Pero cuando estuvieron en edad de casarse, el Destino no decretó su matrimonio. Porque los padres, que habían sufrido reveses de fortuna, quedaron muy pobres; y el padre y la madre de Habiba se consideraron favorecidos aceptando por esposo para su hija á un respetable jeque que era uno de los mercaderes más ricos de Bagdad y la había pedido en matrimonio.

Y cuando de tal suerte quedó decidido su matrimonio con el jeque, la joven Habiba quiso ver por última vez á su primo Habib, y le dijo llorando: «¡Oh hijo de mi tío! ¡oh bienamado mío! ¡ya sabes lo que ha pasado, y que mis padres me han dado en matrimonio á un jeque á quien no he visto nunca y que no me ha visto nunca! Y he aquí que con este matrimonio se nos desbarata nuestro amor, ¡oh primo mío! ¡Y quizá nuestra muerte sea preferible á nuestra vida!» Y Habib contestó sollozando: «¡Oh bienamada prima mía! ¡amargo es nuestro destino,

y nuestra vida no tendrá objeto en adelante! ¿Cómo podremos, lejos uno de otro, seguir saboreando el gusto de la vida y deleitándonos con las bellezas de la tierra? ¡Ay! ¡ay! ¡oh prima mía! ¿cómo vamos á soportar el peso de nuestro destino?» Y lloraron uno junto á otro y casi se desmayaron de pena. Pero los separaron, diciéndoles que estaban esperando á la desposada para conducirla á casa del esposo.

Y condujeron á la desolada Habiba, en medio de un cortejo, á la casa del jeque. Y después de las ceremonias de rigor y los deseos y las invocaciones y las bendiciones, dió fin la boda, y se marchó todo el mundo, dejando con su esposo á la recién casada.

Y cuando llegó el momento de la consumación, el jeque penetró en la cámara nupcial, y vió á su esposa llorando en los cojines y con el pecho henchido de sollozos. Y pensó: «Seguramente, llora por lo que lloran todas las jóvenes que se separan de su madre. Pero generalmente no dura mucho eso, por fortuna. ¡Con aceite se abren los candados más duros, y con dulzura se amansa á los cachorros de león!» Y se acercó á ella, que seguía llorando, y le dijo: «¡Ya setti Habiba! ¡oh luz del alma! ¿por qué maltratas así la hermosura de tus ojos? ¿Y qué dolor es el tuyo, que te hace olvidar hasta la presencia de alguien nuevo para ti?» Pero la joven, al oír la voz de su esposo, redobló en sus lágrimas y sollozos y hundió más la cabeza en las almohadas.

Y el jeque le dijo, muy apurado: «¡Ya setti Habiba! ¡si lloras por verte separada de tu madre, iré á buscarla al instante!» Y la joven, por toda respuesta, sacudió la cabeza, sin levantarla de las almohadas, llorando más fuerte, y eso fué todo. Y su esposo le dijo: «¡Si lloras tanto por tu padre, ó por una hermana tuya, ó por tu nodriza, ó por algún animal doméstico, gallo, gato ó gacela, dímelo, y por Alah, que iré á buscarle!» Pero la respuesta fué un signo negativo de cabeza en las almohadas. Y el jeque reflexionó un instante, y dijo: «¿Lloras quizá por la casa de tus padres, donde has pasado tu infancia y tu adolescencia, ¡oh Habiba!? Si lloras por eso, dímelo, y te cogeré de la mano y te llevaré allá.» Y la joven, un tanto amansada por las buenas palabras de su esposo, levantó un poco la cabeza; y sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas, y su rostro encantador era como una llama. Y contestó con voz temblorosa de llanto: «¡Ya sidi! ¡no es por mi madre por quien lloro, ni por mi padre, ni por mis hermanas, ni por mi nodriza, ni por mis animales domésticos! Te suplico, pues, que me dispenses de revelarte el motivo de mis lágrimas y de mi pena.» Y el excelente jeque, que por primera vez veía al descubierto el rostro de su mujer, quedó muy conmovido por su belleza, por el encanto infantil que se desprendía de toda ella y por la dulzura de su habla. Y le dijo: «¡Ya setti Habiba! ¡oh la más bella entre las jóvenes y corona suya! Si no es el alejamiento de tu familia

y de tu casa lo que te da tanta pena, es porque hay otro motivo. Y te ruego que me lo digas, para remediarlo.» Y contestó ella: «¡Por favor, dispénsame de contártelo!» Dijo él: «Entonces ese motivo no es otro que la repugnancia y la aversión que sientes por mí. Pues ¡por tu vida, que si me hubieses dicho, por la intermediaria de tu madre, que no querías ser mi esposa, claro es que no te habría obligado á entrar á pesar tuyo en mi casa!» Y dijo ella: «¡No, por Alah, ¡oh mi señor! el motivo de mi pena no se debe á repugnancia ó aversión! ¿Cómo iba á abrigar semejantes sentimientos para quien no había visto nunca? ¡Se debe á otra cosa que no puedo revelarte!» Pero tanto y con tanta bondad la porfió él, que la joven, con los ojos bajos, acabó por confesarle su amor á su primo, diciendo: «¡El motivo de mis lágrimas y de mi pena es un ser querido que ha quedado en casa, el hijo de mi tío, con el que he crecido, y que me ama y á quien amo desde la infancia! ¡Y el amor ¡oh mi señor! es una planta cuyas raíces agarran en el corazón, y para arrancarla había que arrancar el corazón con ella!»

Al oír esta revelación de su esposa, el jeque bajó la cabeza sin decir palabra. Y reflexionó una hora de tiempo; luego levantó la cabeza y dijo á la joven: «¡Oh señora mía! La ley de Alah y de su Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) prohíbe al creyente obtener del creyente nada por violencia. Y si no se debe coger por fuerza al creyente el pedazo de pan, ¿qué será cuando se trata de arreba-

tarle el corazón? ¡Así, pues, tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, que no sucederá nada más que lo que está escrito en tu destino!» Y añadió: «Levántate, pues, ¡oh esposa mía de un momento! y con mi consentimiento y de mi grado, ve á buscar al que tiene sobre ti derechos más efectivos que los míos, y entrégate á él libremente. Y volverás aquí por la mañana, antes de que se despierten los criados y te vean entrar. ¡Porque desde este momento eres como una hija de mi carne y de mi sangre! Y el padre no toca á su hija. ¡Y cuando muera yo serás mi heredera!» Y añadió aún: «¡Levántate sin vacilar, hija mía, y ve á consolar á tu primo, que debe llorarte como se llora á los muertos!»

Y la ayudó á levantarse, y por sí mismo le puso sus hermosas vestiduras y sus pedrerías de novia, y la acompañó hasta la puerta. Y salió ella á la calle, con sus hermosas vestiduras y sus pedrerías, como un ídolo paseado por los descreídos en un día de fiesta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 892.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y salió ella á la calle, con sus hermosas vestiduras y sus pedrerías, como un ídolo paseado por los descreídos en un día de fiesta.

Pero apenas había dado veinte pasos por la calle, por donde no pasaba ni un alma á aquella hora de la noche, surgió desde la sombra, de improvviso, una forma negra y se lanzó sobre ella. Era un ladrón que estaba al acecho de cualquier caza nocturna, y al ver brillar sus pedrerías, se había dicho: «¡Ahora puedo enriquecerme para toda la vida!» Y la paró brutalmente y se apresuró á despojarla, diciéndole con voz sofocada y amedrentadora: «¡Si abres la boca para gritar, te dejaré más ancha que larga!» Y ya había echado mano á los collares, cuando su mirada se encontró con la belleza de aquel rostro; y pensó, muy conmovido: «¡Por Alah, que me la voy á llevar toda entera, porque es más preciosa que todos los tesoros!» Y le dijo: «¡Oh señora mía, no te haré daño alguno! Pero no te me resistas, y ven conmigo de buen grado. ¡Y nuestra noche será una noche bendita!» Porque pensaba: «¡Es una almea! Pues sólo las almeas salen por la noche vestidas con tanto esplendor. Y debe volver de la boda de algún gran señor.»

Y la joven se echó á llorar por toda respuesta. Y el ladrón le dijo: «¡Por Alah! ¿por qué lloras? ¡Hago juramento de no maltratarte ni despojarte si te entregas á mí libremente!» Y al propio tiempo la cogió de la mano y quiso llevársela. Entonces le dijo ella á través de sus lágrimas quién era; y le contó la generosidad de su esposo el jeque, y no le ocultó nada de su historia. Y añadió: «Y ahora estoy entre tus manos. ¡Haz de mí lo que quieras!»

Cuando el ladrón, que era el más hábil desvalijador de toda la corporación de ladrones de Bagdad, hubo oído la historia singular de la joven y comprendido todo el alcance del proceder generoso de su esposo el jeque, bajó un instante la cabeza y reflexionó profundamente. Luego levantó la cabeza y dijo á la joven: «¿Y dónde vive el hijo de tu tío á quien amas?» Ella dijo: «En tal barrio y tal calle, donde ocupa la habitación que da al jardín de la casa.» Y dijo el ladrón: «¡Oh señora mía! ¡no se dirá que dos amantes han sido molestados en su amor por un ladrón! ¡Plegue á Alah concederte sus gracias más escogidas en esta noche que vas á pasar con tu primo! ¡Por lo que á mí respecta, voy á conducirte y á darte escolta, para evitarte malos encuentros con otros ladrones!» Y añadió aún: «¡Oh mi señora! ¡si el viento es de todos, la flauta no es mía!»

Y tras de hablar así, el ladrón cogió de la mano á la joven y le dió escolta, con todos los miramientos de que se hace alarde con una reina, hasta la

casa de su amante. Y se despidió de ella después de besarle la orla del traje, y se fué por su camino.

Y la joven empujó la puerta del jardín, atravesó el jardín, y fué derecha al cuarto de su primo. Y le oyó sollozar completamente solo, pensando en ella. Y llamó á la puerta; y preguntó la voz de su primo, entrecortada por las lágrimas: «¿Quién hay á la puerta?» Ella dijo: «¡Habiba!» Y exclamó él desde dentro: «¡Oh voz de Habiba!» Y dijo aún: «¡Habiba ha muerto! ¿Quién eres tú, que me hablas con su voz?» Ella dijo: «¡Soy Habiba, la hija de tu tío!»

Y la puerta se abrió, y Habib cayó desmayado en brazos de su prima. Y cuando, gracias á los cuidados de Habiba, volvió de su desmayo, Habiba le hizo descansar junto á ella, puso la cabeza de él sobre sus rodillas y le hizo el relato de lo que le había ocurrido con su esposo el jeque y con el ladrón generoso. Y al oír aquello, Habib se conmovió tanto, que no pudo articular palabra. Luego se levantó de repente, y dijo á su prima: «Ven, ¡oh bien-amada prima mía!» Y la cogió de la mano, sin querer conocerla, y salió con ella á la calle, y la condujo, sin pronunciar palabra, á la morada de su esposo el jeque.

Cuando el jeque vió volver á su esposa con su primo el joven Habib, y comprendió la razón que así le llevaba á ambos á su morada, les introdujo en su propia habitación, y les besó como un padre besaría á sus hijos, y les dijo con voz llena de gravedad: «¡Cuando el creyente ha dicho á su esposa:

«¡Eres hija de mi carne y de mi sangre!», ningún poder logrará hacerle desdecirse de sus palabras! Así, pues, nada me debéis, ¡oh hijos míos! ¡Porque estoy ligado por mis propias palabras!»

Y tras de hablar así, inscribió á nombre de ellos su casa y sus bienes, y se marchó á habitar en otra ciudad.

Y Schahrazada dejó al rey Schahriar el cuidado de concluir, sin preguntarle nada á este respecto. Y aquella noche todavía dijo:



El barbero emasculado



Cuentan que había en El Cairo un mozalbete sin igual en belleza y en méritos. Y tenía por amiga, á quien amaba mucho y que le amaba, una joven cuyo esposo era un yuzbaschi, jefe de cien guardias de policía, hombre lleno de ímpetu y de bravura, con manos que hubiesen podido aplastar al joven sólo con un dedo. Y el tal yuzbaschi tenía todas las cualidades relevantes para satisfacer á su harén; pero el joven no tenía barba, y la esposa era de las que prefieren la carne de cordero, y una yegua de las que gustan de sentirse cabalgadas, con preferencia, por los jovenzuelos.

Un día entre los días, el yuzbaschi entró en su casa y dijo á su joven esposa: «¡Oh hija del tío! Estoy invitado á ir esta tarde á tal sitio de los jardi-

nes para tomar el aire con mis amigos. Por tanto, si se me necesita para cualquier asunto, ya sabes dónde enviar á buscarme.» Y su esposa le dijo: «¡Nadie deseará de ti otra cosa que saber que disfrutas de delicias y contento! ¡Ve á divertirte en los jardines, ¡oh mi señor! y que eso te dilate y te esponje para alegría nuestra!» Y el yuzbaschi se fué por su camino, felicitándose una vez más por tener una esposa tan atenta y bien dotada y obediente y bien educada.

Y en cuanto él hubo vuelto la espalda, su esposa exclamó: «¡Loores á Alah, que aleja de nosotros por esta tarde á ese cerdo salvaje! ¡He aquí que voy á enviar á buscar al pendiente de mi corazón!» Y llamó al pequeño eunuco que tenía á su servicio, y le dijo: «¡Oh muchacho! Ve en seguida á buscar de mi parte á Fulano. Y si no le encuentras en su casa, búscale por doquiera hasta que le encuentres, y dile: «¡Mi señora te envía la zalema y te pide que vayas á su casa al momento!» Y el eunuco salió de casa de su señora, y como no encontró al joven en su casa, se dedicó á recorrer, en busca suya, todas las tiendas del zoco adonde tenía él costumbre de ir á sentarse. Y acabó por encontrarle en la tienda de un barbero, donde había ido para que le afeitasen la cabeza. Y se acercó á él precisamente en el momento en que el barbero le anudaba al cuello una toalla limpia y le decía: «¡Haga Alah que el refresco te sea delicioso!» Y aproximándose el eunuco al joven, se inclinó hacia él y le dijo al oído: «¡Mi se-

ñora te envía sus zalemas más escogidas, y me encarga que te diga que hoy la ribera se ha aclarado y el yuzbaschi está en los jardines! Si deseas la posesión, pues, no tienes mas que ir sin dilación ni tardanza.» Y al oír aquello, el mozalbete no pudo sufrir el permanecer allí un momento más, y gritó al barbero: «¡Sécame pronto la cabeza, que me voy, y ya vendré otra vez!» Y diciendo estas palabras, puso en su mano un dracma de plata, como si ya tuviese la cabeza arreglada por el barbero. Y el barbero, al ver aquella generosidad, se dijo: «¡Me da un dracma sin haberle afeitado nada! ¿Qué sería si le hubiese afeitado la cabeza? ¡Por Alah, he aquí un cliente al que no perderé de vista! ¡Sin duda alguna, cuando le afeite la cabeza me dará un puñado de dracmas!»

Entretanto, el joven se levantó con rapidez, y salió á la calle. Y el barbero le acompañó hasta el umbral de la tienda, diciéndole: «¡Alah contigo, ¡oh mi señor! Espero que, cuando hayas ventilado los asuntos que tienes pendientes, volverás á esta tienda, de donde saldrás más hermoso todavía que al entrar. ¡Alah contigo!» Y el joven contestó: «¡Taïeb! Está bien; ya volveré.» Y se marchó á escape, y desapareció por un recodo de la calle.

Y llegó á la casa de su amiga, esposa del yuzbaschi. Y ya iba á llamar á la puerta, cuando, con extremada sorpresa por parte suya, vió surgir ante él al barbero, que venía por el otro lado de la calle. Y sin saber qué era lo que obligaba á correr de tal

modo al barbero, que le hacía señas desde lejos, no llegó á llamar. Y el barbero le dijo: «¡Oh mi señor, Alah contigo! Te ruego no olvides mi tienda, que se ha perfumado é iluminado con tu llegada. Y ha dicho el sabio: «¡Cuando te endulces en un paraje, no busques otro!» Y el gran médico de los árabes, Abu-Alí el Hossein Ibn Sina (con él las gracias del Altísimo!), ha dicho: «¡Ninguna leche para el niño es comparable á la leche de la madre! ¡Y nada más dulce para la cabeza que la mano de un barbero hábil!» Espero, pues, de ti ¡oh mi señor! que reconocerás mi tienda entre todas las tiendas de los demás barberos del zoco.» Y dijo el joven: «¡Ualah! Ciertamente que la reconoceré, ¡oh barbero!» Y empujó la puerta, que ya se había abierto por dentro, y se apresuró á cerrarla detrás de sí. Y subió á reunirse con su amante para hacer su cosa acostumbrada con ella.

En cuanto al barbero, en lugar de volver á su tienda, se quedó quieto en la calle frente á la puerta, diciéndose: «¡Lo mejor será que espere aquí mismo á este cliente inesperado, á fin de conducirle á mi tienda, no vaya á ser que la confunda con las de mis vecinos!» Y sin quitar los ojos de la puerta un instante, se paró definitivamente.

Pero, volviendo al yuzbaschi, cuando llegó al sitio de la cita, el amigo que le había invitado le dijo: «¡Ya sidi! Perdóname la descortesía sin par de que soy culpable para contigo. Pero acaba de morir mi madre, y es preciso que prepare el entie-

rrero. Dispénsame, pues, por no poder disfrutar hoy de tu compañía, y perdóname mis malas maneras. Alah es generoso, y en breve volveremos aquí juntos.» Y se despidió de él, excusándose mucho más aún, y se fué por su camino. Y el yuzbaschi, con la nariz muy alargada, dijo para sí: «¡Alah maldiga á las viejas calamitosas que ennegrecen de tan mala manera los días de diversión! ¡Y súmalas el Maligno en el agujero más profundo del quinto infierno!» Y así diciendo, escupió el aire con furor...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 893.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y el yuzbaschi, con la nariz muy alargada, dijo para sí: «¡Alah maldiga á las viejas calamitosas que ennegrecen de tan mala manera los días de diversión! ¡Y súmalas el Maligno en el agujero más profundo del quinto infierno!» Y así diciendo, escupió al aire con furor, murmurando para su barba: «Escupo sobre ti y sobre la tierra que te cubrirá, ¡oh madre de las calamidades!» Y emprendió el camino de su casa, y llegó á su calle girándole de cólera los ojos. Y divisó al barbero, que estaba pa-

rado, con la cabeza vuelta hacia las ventanas de la casa, como un perro que espera que le echen un hueso. Y le abordó y le dijo: «¿Qué esperas, ¡oh hombre!? ¿Y qué hay de común entre esta casa y tú?» Y el barbero se inclinó hasta tierra y contestó: «¡Oh sidi yuzbaschi! ¡espero aquí al mejor cliente de mi tienda! ¡Porque mi pan está entre sus manos!» Y el yuzbaschi le preguntó, muy asombrado: «¿Qué dices, ¡oh secuaz de los efrits!? ¿Acaso se ha convertido ahora mi casa en punto de cita de los clientes de barberos de tu especie? ¡Vete, ¡oh proxeneta! ó conocerás la fuerza de mi brazo!» Y dijo el barbero: «¡El nombre de Alah sobre ti ¡oh mi señor yuzbaschi! y sobre tu casa y sobre los habitantes de tu honorable casa, receptáculo de la honestidad y de todas las virtudes! ¡Pero por tu preciosa vida te juro que mi mejor cliente ha entrado aquí mismo! ¡Y como ya lleva mucho tiempo, y mi trabajo y mi tienda me ponen en la imposibilidad de esperar más, te ruego que le digas, cuando le veas, que no se retarde!» Y el esposo de la joven le dijo: «¿Y qué clase de hombre es tu cliente, ¡oh hijo de alcahuetes y descendencia de procuradores!?» El aludido dijo: «¡Es un buen mozo, con unos ojos así, y una estatura así, y lo demás por el estilo! ¡Es un perfecto schalabi, un elegante, un refinado de maneras y de aspecto, y generoso, y delicioso, un terrón de azúcar, ¡ya sidi! un panal de miel, ualahi!»

Cuando el capitán de los cien guardias de poli-

cía oyó este elogio y esta descripción del que había entrado en su casa, cogió al barbero por la nuca, y sacudiéndole repetidas veces, le dijo: «¡Oh posteridad de proxenetas é hijo de zorras!» Y el barbero sacudido exclamó: «¡No hay inconveniente!» Y el yuzbaschi continuó: «¿Cómo te atreves á pronunciar semejantes palabras con relación á mi casa?» Y el barbero dijo: «¡Oh mi señor! Ya verás lo que te dice mi cliente cuando le hayas dicho: «¡El barbero de manos suaves te espera á la puerta!» Y el yuzbaschi le gritó, echando espuma: «¡Pues bien; quédate aquí aguardando á que vaya yo á comprobar tus palabras!» Y se precipitó en su casa.

Y he aquí que, mientras tanto, la joven, que había oído y visto desde detrás de la ventana cuanto acababa de pasar en la calle, había tenido tiempo de esconder á su amante en la cisterna de la casa. Y cuando el yuzbaschi penetró en las habitaciones, ya no había allí ni joven, ni olor de joven, ni nada que se le pareciese de cerca ó de lejos. Y preguntó á su esposa: «Por Alah, ¡oh mujer! ¿es posible verdaderamente creer que haya penetrado en casa un hombre?» Y la esposa, fingiéndose en extremo enfadada de aquella suposición, exclamó: «¡Qué vergüenza para nuestra casa y para mí misma! ¿Cómo iba á entrar aquí un hombre, ¡oh mi señor!» Y el yuzbaschi dijo: «¡Es que un barbero que está en la calle me ha dicho que esperaba á que saliese de casa un joven de entre sus clientes!» Ella dijo: «¿Y no le has aplastado contra el muro?» Él dijo: «¡Voy

á hacerlo ahora!» Y bajó, y cogió al barbero por la nuca, y le volteó, gritándole: «¡Oh alcahuete de tu madre y de tu esposa! ¿Cómo te has atrevido á decir semejantes palabras del harén de un creyente?» Y ya iba sin duda á hacerle entrar su longitud en su anchura, cuando el barbero exclamó: «¡Por la verdad que nos ha revelado el Profeta, ¡oh yuzbaschi! que he visto con mis ojos entrar en la casa al joven! ¡Pero no le he visto salir!» Y el otro dejó de darle volteretas, y llegó al límite de la perplejidad al oir á aquel hombre sostener semejante cosa cara á cara de la muerte. Y le dijo: «No quiero matarte sin probarte que has mentido, ¡oh perro! ¡Ven conmigo!» Y le arrastró á la casa, y empezó á recorrer con él todas las habitaciones del piso bajo, del de arriba y de todas partes. Y cuando lo hubieron examinado todo y visitado todo, bajaron al patio y registraron por todos los rincones, sin encontrar nada. Y el yuzbaschi se encaró con el barbero y le dijo: «¡No hay nada!» Y el otro dijo: «Es verdad; pero queda todavía esta cisterna, que no hemos visitado.»

¡Eso fué todo! Y el joven oía sus idas y venidas, y su conversación. Y al escuchar aquellas últimas palabras de cisterna y de visita á la cisterna, maldijo en su alma al barbero, pensando: «¡Ah, hijo de prostitutas de infamia! ¡Va á hacer que me cojan!» Y por su parte, la esposa oyó que el barbero hablaba de visitar la cisterna, y bajó á toda prisa, gritando á su esposo: «¿Hasta cuándo ¡oh hombre! vas á hacer recorrer tu casa y tu harén á ese pro-

ducto de los mil cornudos de la impudicia? ¿Y no te da vergüenza introducir de tal suerte en la intimidad de tu morada á un extraño de la especie de éste? ¿A qué esperas para castigarle como se merece por su crimen?» Y el yuzbaschi dijo: «Verdad dices, ¡oh mujer! hay que castigarle. Pero tú eres la calumniada, y á ti te corresponde castigarle. ¡Castigale con arreglo á la gravedad y á la naturaleza de sus imputaciones!»

Entonces la joven subió á coger un cuchillo de la cocina, y lo calentó hasta que estuvo al rojo blanco. Y se acercó al barbero; á quien el yuzbaschi ya había tendido en tierra de un solo empuellón. Y con el cuchillo incandescente le cauterizó los compañeros y le quemó la piel, en tanto que el yuzbaschi le sujetaba contra el suelo. Tras de lo cual le echaron á la calle, gritándole: «¡Eso te enseñará á no hablar mal de los harenes de las personas honradas!» Y el infortunado barbero permaneció donde le dejaron, hasta que unos transeuntes compasivos le recogieron y llevaron á su tienda. ¡Y he aquí lo referente á él!

Pero en cuanto al joven encerrado en la cisterna, no bien cesaron todos los ruidos en la casa, se apresuró á escapar de su escondite, echando á correr. ¡Y Alah veló lo que tenía que velar!

Y Schahrazada no quiso dejar pasar aquella noche sin contar todavía al rey Schahriar la HISTORIA DE FAIRUZ Y SU ESPOSA.



Fairuz y su esposa



Cuentan que cierto rey estaba sentado un día en la terraza de su palacio, tomando el aire y alegrándose los ojos con la contemplación del cielo que tenía sobre su cabeza y de los hermosos jardines que tenía á sus pies. Y su mirada tropezó de pronto, en la terraza de una casa situada frente al palacio, con una mujer como no la había visto igual en belleza. Y se encaró con los que le rodeaban y les preguntó: «¿A quién pertenece esa casa?» Y le contestaron: «A tu servidor Fairuz. ¡Y esa es su esposa!» Entonces bajó de la terraza el rey; y la pasión le había puesto ebrio sin vino, y el amor se albergaba en su corazón. Y llamó á su servidor Fairuz y le dijo: «¡Toma esta carta y ve á tal ciudad, y vuelve con la respuesta!» Y Fairuz cogió la carta, y fué á su casa, y guardó la carta debajo de la almohada, y así pasó aquella noche. Y cuando llegó la mañana, se levantó, despidióse de su esposa, y salió para la ciudad consabida, ignorando los proyectos que abrigaba contra él su soberano.

En cuanto al rey, se levantó á toda prisa no bien partió el esposo, y se dirigió disfrazado á casa de Fairuz y llamó á la puerta. Y la esposa de Fairuz preguntó: «¿Quién hay á la puerta?» Y contestó él: «¡Soy el rey, señor de tu esposo!» Y ella abrió. Y

entró el rey, y se sentó, diciendo: «Venimos á visitarte.» Y ella sonrió, y contestó: «¡Me refugio en Alah contra esta visita! ¡Porque, en verdad, no espero de ella nada bueno!» Pero el rey dijo: «¡Oh deseo de los corazones! ¡soy el señor de tu marido, y me parece que no me conoces!» Y contestó ella: «Claro que te conozco, ¡oh mi señor y dueño! y conozco tu proyecto y sé lo que quieres y que eres el amo de mi esposo. Y para demostrarte que comprendo muy bien lo que te propones, te aconsejo ¡oh soberano mío! que tengas la suficiente alteza de alma para aplicarte á ti mismo estos versos del poeta:

¡No pisaré el camino que conduce á la fuente, mientras otros caminantes puedan posar sus labios sobre la piedra húmeda que aplacaría mi sed!

¡Cuando el sonsoneante enjambre de moscas inmundas cae sobre mis bandejas, por mucha que sea el hambre que me tortura, retiro al punto mi mano de los manjares condimentados para mi placer!

¿No evitan los leones el camino que conduce á la orilla del agua, cuando los perros son libres de lengüetear en el mismo sitio?»

Y tras de recitar estos versos, la esposa de Fairuz añadió: «Y tú, ¡oh rey! ¿vas á beber en la fuente donde otros posaron sus labios antes que tú?» Y el rey, al oír estas palabras, la miró con estupefacción. Y se impresionó tanto, que volvió la espalda,

sin hallar una palabra de respuesta; y en su prisa por huir, olvidó en la casa una de sus sandalias. Y tal fué su caso.

Pero he aquí lo que aconteció á Fairuz. Cuando salió de su casa para ir adonde le había enviado el rey, buscó la carta en su bolsillo, pero no la encontró. Y se acordó de que la había dejado debajo de la almohada. Y volvió á su casa, y entró en el preciso momento en que el rey acababa de irse. Y vió la sandalia del rey en el umbral. Y al punto comprendió el motivo de que se le enviara fuera de la ciudad, hacia un país lejano. Y se dijo: «¡El rey mi señor no me envía allá mas que para dar libre curso á una pasión inconfesable!» Sin embargo, guardó silencio, y penetrando en su cuarto sin hacer ruido, cogió la carta de donde la había dejado y salió sin que su esposa advirtiese su entrada. Y se apresuró á dejar la ciudad y á ir á cumplir la misión que le había encargado su señor el rey. Y Alah le escribió la seguridad, y llevó él la carta á su destinatario, y volvió á la ciudad del rey con la respuesta oportuna. Y antes de ir á descansar á su casa, se apresuró á presentarse entre las manos del rey, quien, para recompensarle por su diligencia, le hizo un presente de cien dinares. Y no se dijo ni pronunció nada acerca de lo consabido.

Y tras de tomar los cien dinares, Fairuz fué al zoco de los joyeros y de los orfebres, é invirtió toda la suma en comprar cosas magníficas entre preseas para uso de las mujeres. Y se lo llevó todo

á su esposa, diciéndole: «¡Para celebrar mi regreso!» Y añadió: «¡Toma esto y cuanto aquí te pertenezca, y vuelve á casa de tu padre!» Y ella le preguntó: «¿Por qué?» Él dijo: «Es verdad que mi señor el rey me ha colmado de bondades. Y como quiero que lo sepa todo el mundo, y que tu padre se regocije al ver sobre ti todas esas preseas, deseo que vayas adonde te he dicho.» Y ella contestó: «¡Con cariño y de todo corazón jubiloso!»

Y se atavió con cuanto le había llevado su esposo y con cuanto ella poseía ya, y fué á casa de su padre. Y su padre se regocijó mucho de su llegada y de ver todo lo que de hermoso llevaba encima ella, que permaneció en casa de su padre un mes entero, sin que su esposo Fairuz pensase en ir á buscarla y sin que ni siquiera mandase á pedir noticias suyas.

Así es que, al cabo de aquel mes de separación, el hermano de la joven fué en busca de Fairuz y le dijo: «¡Oh Fairuz! ¡si no quieres revelar el motivo de tu cólera contra tu esposa y del abandono en que la dejas, ven y queréllate con nosotros ante nuestro señor el rey!» Y Fairuz contestó: «¡Aunque vosotros queráis querellaros, yo no me querellaré!» Y el hermano de la joven dijo: «¡De todos modos ven, y me oirás querellarme!» Y se fué con él á ver al rey.

Y encontraron al rey en la sala de audiencias, y al kadí sentado al lado suyo. Y el hermano de la joven, después de besar la tierra entre las manos del rey, dijo: «¡Oh señor nuestro, vengo á quere-

llarme de una cosa!» Y el rey le dijo: «Las querellas competen al señor kadi. A él es á quien tienes que dirigirte.» Y el hermano de la joven se encaró con el kadi, y dijo: «¡Alah asista á nuestro señor el kadi! He aquí la cosa y la querella: hemos alquilado á este hombre, en calidad de simple arrendamiento, un hermoso jardín, protegido por altas tapias y resguardado, maravillosamente cuidado y plantado de flores y de árboles frutales. Pero este hombre, después de cortar todas las flores y comerse todas las frutas, ha derribado las tapias, ha dejado el jardín á merced de los cuatro vientos y ha sembrado por doquiera la devastación. ¡Y ahora quiere rescindir el contrato y devolvernos nuestro jardín en el estado en que lo ha puesto! ¡Y tal es la querella y el asunto, ya sidi kadi!»

Y el kadi se encaró con Fairuz y le dijo: «¿Y qué tienes que decir tú, ¡oh joven!?» Y el aludido contestó: «¡La verdad es que les devuelvo el jardín en mejor estado que se hallaba antes!» Y el kadi dijo al hermano: «¿Es verdad que devuelve el jardín en mejor estado, como acaba de declarar?» Y el hermano dijo: «¡No! ¡Pero deseo saber por él qué motivo le ha impulsado á devolvérselo!» Y el kadi preguntó, encarándose con Fairuz: «¿Qué tienes que decir, ¡oh joven!?» Y Fairuz contestó: «¡Yo se lo devuelvo de buena gana y de mala gana á la vez! Y el motivo de esta restitución, ya que desean conocerlo, es que un día entré en el jardín consabido, y he visto en la tierra huellas de pasos de león y

de su planta. Y he tenido miedo de que el león me devorase si me aventuraba de nuevo por allí. Y por eso he devuelto el jardín á sus propietarios. Y no lo hice mas que por respeto al león y por miedo por mí...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 894.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Y por eso he devuelto el jardín á sus propietarios. Y no lo hice mas que por respeto al león y por miedo por mí.»

Cuando el rey, que estaba tendido en los cojines y que escuchaba sin que lo pareciese, hubo oído las palabras de su servidor Fairuz y comprendido su alcance y significación, se levantó acto seguido y dijo al joven: «¡Oh Fairuz! Calma tu corazón, desecha tus escrúpulos y vuelve á tu jardín. ¡Porque te juro por la verdad y la santidad del Islam que tu jardín es el mejor defendido y el mejor guardado que encontré en mi vida; y sus murallas están al abrigo de todos los asaltos; y sus árboles, sus frutos y sus flores son los más sanos y los más hermosos que vi nunca!»

Y Fairuz comprendió. Y volvió con su esposa. Y la amó.

Y de esta manera, ni el kadi ni ninguno de los numerosos concurrentes que había en la sala de audiencias pudieron comprender nada de la cosa, que permaneció secreta entre el rey y Fairuz y el hermano de la esposa. ¡Pero Alah es Omnisciente!

Y todavía dijo Schahrazada:



El nacimiento y el ingenio



Había un hombre, sirio de nacimiento, á quien Alah había dotado, como á todos los schamitas de su raza, de una sangre pesada y de un ingenio espeso. Porque es cosa notoria que, cuando Alah distribuyó sus dones á los humanos, puso en cada tierra las cualidades y los defectos que debían transmitirse á todos los que nacieran allí. Asi es como otorgó el ingenio y la listeza á los habitantes del Cairo, la fuerza copulativa á los del Alto Egipto, el amor de la poesía á nuestros padres árabes, la bravura á los jinetes del centro, costumbres ordenadas á los habitantes del Irak, cordialidad á los individuos de las tribus errantes, y muchos otros dones á otros muchos países; pero á los sirios no les dió mas que el amor á la ganancia é ingenio para el comercio, y les olvidó totalmente cuando distri-

buyó los dones gratos. Por eso, haga lo que haga, un sirio schamita, de los países que se extienden desde el mar salado á los confines del desierto de Damasco, será siempre un zopenco de sangre gorda, y su ingenio no se avivará nunca mas que ante el incentivo grosero de la ganancia y del tráfico.

Y he aquí que el sirio en cuestión se despertó, un día entre los días, con deseo de ir á traficar al Cairo. Y sin duda alguna era su mal destino quien le sugería aquella idea de ir á vivir entre las gentes más deliciosas y más ingeniosas de la tierra. Pero, como todos los de su raza, estaba lleno de pedantería, y pensó que deslumbraría á aquellas gentes con las cosas hermosas que iba á llevar consigo. En efecto, metió en cofres lo más suntuoso que poseía de sederías, telas preciosas, armas labradas y otras cosas semejantes, y llegó á la ciudad resguardada, á Misr Al-Kahira, ¡al Cairo!

Y empezó por alquilar un local para sus mercancías y una vivienda para él mismo en un khan de la ciudad, situado en el centro de los zocos. Y se dedicó á ir todos los días á casa de los clientes y de los mercaderes, invitándoles á visitar sus mercancías. Y continuó obrando de tal suerte durante algún tiempo, hasta que un día entre los días, estando de paseo y mirando á derecha y á izquierda, se encontró con tres mujeres jóvenes que avanzaban inclinándose y contoneándose, y reían diciéndose cosas así y asá. Y cada una era más hermosa que la otra y más atrayente y más encantadora. Y cuando

las divisó, se le pusieron tiesos y provocadores los bigotes; y al ver que le miraban de reojo, se acercó á ellas y les dijo: «¿Podréis venir esta noche á hacerme agradable compañía en mi khan para divertirme?» Y ellas contestaron, risueñas: «En verdad que sí, y haremos lo que nos digas que hagamos para complacerte.» Y preguntó él: «¿En mi casa ó en vuestra casa, ¡oh mis señoras!?» Ellas contestaron: «¡Por Alah, en tu casa! ¿Acaso crees que nuestros maridos nos dejan introducir en casa hombres extraños?» Y añadieron ellas: «¡Esta noche iremos á tu casa! Dinos dónde te alojas.» Él dijo: «Me alojo en un cuarto de tal khan, en tal calle.» Y ellas dijeron: «En ese caso, nos prepararás la cena y nos la tendrás caliente; é iremos á visitarte después de la hora de la plegaria de la noche.» Y dijo él: «Así se habla.» Y le dejaron ellas para proseguir su camino. Y por su parte, él se encargó de las provisiones, y compró pescado, cohombros, ostras, vino y perfumes, y lo llevó todo á su cuarto; y preparó cinco especies de manjares á base de carne, sin contar el arroz y las verduras; y los guisó por sí mismo; y lo tuvo todo dispuesto en las mejores condiciones.

Y cuando se acercó la hora de cenar, llegaron las tres mujeres, como le habían prometido, envueltas en kababits de tela azul que hacían que no se las conociese. Pero, al entrar, se quitaron de los hombros aquellas envolturas, y fueron á sentarse como lunas. Y el sirio se levantó y se sentó enfrente

de ellas, como un bobalicón, tras de ponerles delante las bandejas cargadas de manjares. Y comieron con arreglo á su capacidad. Y luego él les llevó el taburete de los vinos. Y circuló entre ellos la copa. Y á las invitaciones apremiantes de las jóvenes, el sirio no se negó á beber ninguna vez, y bebió de tal modo, que se le iba la cabeza en todas direcciones. Y entonces fué cuando, un poco envalentonado, miró cara á cara á sus compañeras; y pudo admirar su belleza y maravillarse de sus perfecciones. Y fluctuó entre la perplejidad y la estupefacción. Y osciló entre la extravagancia y el azoramiento. Y ya no sabía distinguir el macho de la hembra. Y su estado fué memorable y su destino depiorable. Y miró sin ver y comió sin beber. Y manipuló con los pies y anduvo con la cabeza. Y giró los ojos y sacudió la nariz. Y moqueó y estornudó. Y rió y lloró. Tras de lo cual se encaró con una de las tres, y le preguntó: «¡Por Alah sobre ti, ya setti! ¿cómo es tu nombre?» Ella contestó: «Me llamo ¿Has-visto-nunca-nada-como-yo?» Y á él se le huyó más la razón, y exclamó: «¡No, walahi, nunca he visto nada como tú!» Luego se tendió en el suelo, apoyándose en los codos, y preguntó á la segunda: «¿Y cuál es tu nombre, ya setti, ¡oh sangre de la vida de mi corazón!» Ella contestó: «¡No-has-visto-nunca-á-nadie-que-se-me-parezca!» Y exclamó él: «¡Inschalah! Así lo habrá querido Alah, ¡oh mi señora No-has-visto-nunca-á-nadie-que-se-me-parezca!» Luego se encaró con la tercera y le preguntó: «¿Y cuál es tu

honorable nombre, ya setti, ¡oh quemadura de mi corazón!?» Ella contestó: «¡Mírame-y-me-conocerás!» Y al oír esta tercera respuesta, el sirio rodó por tierra, exclamando con toda su voz: «No hay inconveniente, ¡oh mi señora Mírame-y-me-conocerás!»

Y ellas continuaron haciendo circular la copa y vaciándola en el gáznate de él, hasta que se cayó, dando con la cabeza antes que con los pies y deteniéndosele la circulación. Entonces, al verle en aquel estado, se levantaron ellas y le quitaron el turbante y le pusieron un gorro de loco. Luego miraron á su alrededor, y se apropiaron de cuanto dinero y cosas de precio les deparó la suerte. Y cargadas con el botín y con el corazón ligero, le dejaron roncando como un búfalo en su khan y abandonaron la morada á su propietario. Y el velador veló lo que tenía que velar.

Al día siguiente, cuando el sirio se repuso de su borrachera, se vió solo en su cuarto, y no tardó en comprobar que su cuarto estaba barrido de cuanto contenía. Y de pronto recobró completamente el sentido, y exclamó: «¡No hay majestad ni poder mas que en Alah el Glorioso, el Grande!» Y se precipitó fuera del khan con el gorro de loco en la cabeza, y empezó á preguntar á todos los transeuntes si habían encontrado á Fulana, Mengana y Zutana. Y decía los nombres que le habían revelado las jóvenes. Y las gentes, al verle ataviado de tal modo, le creían escapado del maristán, y contestaban: «¡No,

por Alah, nunca hemos visto nada como tú!» Y decían otros: «¡Nunca hemos visto á nadie que se te parezca!» Y decían otros: «¡En verdad que te miramos, pero no te conocemos!»

Así es que, harto de preguntar, ya no supo él á quién recurrir ni á quién quejarse, y acabó por encontrar al fin á un transeunte caritativo y de buen consejo, que le dijo: «Escúchame, ¡oh sirio! Lo mejor que puedes hacer en estas circunstancias es volverte á Siria sin tardanza ni dilación, pues en El Cairo ya ves que las gentes saben volcar los cerebros duros igual que los ligeros y jugar con los huevos tan bien como con las piedras.»

Y el sirio, con la nariz alargada hasta los pies, se volvió á Siria, su país, de donde no debía haber salido nunca.

Y como les han sucedido con frecuencia aventuras semejantes, por eso los nacidos en Siria hablan tan mal de los hijos de Egipto.

Y Schahrazada, habiendo acabado de contar esta historia, se calló. Y el rey Schahriar le dijo: «¡Oh Schahrazada! ¡me han complacido en extremo estas anécdotas, y con ellas me encuentro más instruído y esclarecido!» Y Schahrazada sonrió y dijo: «¡Sólo Alah es el Instructor y el Esclarecedor!» Y añadió: «¿Pero qué son estas anécdotas, si se las compara con la HISTORIA DEL LIBRO MÁGICO?» Y dijo el rey Schahriar: «¿Qué libro mágico es ese ¡oh Schahrazada! y qué historia es la suya?» Y ella dijo: «¡Me reservo para contártela la próxima noche, ¡oh rey!

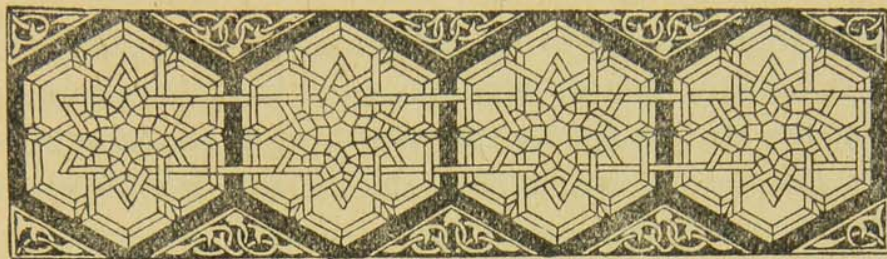
si Alah quiere y si tal es tu gusto!» Y dijo el rey:
«¡Claro que quiero escuchar la próxima noche esa
historia que no conozco!»



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 895.^a NOCHE*

La pequeña Doniazada se levantó de la alfombra
en que estaba acurrucada, y dijo: «¡Oh hermana
mía! ¿cuándo vas á empezar la HISTORIA DEL LIBRO
MÁGICO?» Y Schahrazada contestó: «¡Sin tardanza ni
dilación, pues que así lo desea nuestro señor el rey!»
Y dijo:





HISTORIA DEL LIBRO MÁGICO



En los anales de los pueblos y en los libros de tiempos antiguos se cuenta —pero Alah es el único que conoce el pasado y ve el porvenir— que una noche entre las noches, el califa, hijo de los califas ortodoxos de la posteridad de Abbas, Harún Al-Rachid, que reinaba en Bagdad, se incorporó en su lecho, presa de la opresión, y vestido con sus ropas de dormir, mandó que fuese á su presencia Massrur, portaalfanje de su gracia, el cual se presentó al punto entre sus manos.

Y le dijo el califa: «¡Oh Massrur! Esta noche resulta abrumadora y pesada para mi pecho, y deseo que disipes mi malestar.» Y Massrur contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! Levántate y vamos á la terraza á mirar con nuestros propios ojos el dosel de

los cielos salpicado de estrellas y á ver pasearse á la luna brillante, mientras sube hasta nosotros la música de las aguas chapoteantes y los lamentos de las norias cantarinas, de las que ha dicho el poeta:

*¡La noria, que por cada ojo vierte llanto gimiendo,
es semejante al enamorado que se pasa los días en una
queja monótona, á pesar de la magia que inunda su
corazón!*

»Y el mismo poeta ¡oh Emir de los Creyentes!
es quien ha dicho, hablando del agua corriente:

*¡Mi preferida es una joven que me evita tener que
beber y me divierte!*

*¡Porque ella es un jardín, sus ojos son las fuentes,
y su voz es el agua corriente!»*

Y Harún escuchó á su portaalfanje y sacudió la cabeza y dijo: «¡No tengo gana de eso esta noche!» Y dijo Massrur: «¡Oh Emir de los Creyentes! En tu palacio hay trescientas sesenta jóvenes de todos colores, semejantes á otras tantas lunas y gacelas, y vestidas con trajes tan hermosos como flores. Levántate y vamos á pasarles revista, sin que nos vean, á cada cual en su aposento. Y oirás sus cánticos y verás sus juegos y asistirás á sus escarceos. Y quizá entonces tu alma se sienta atraída por alguna de ellas. Y la tendrás por com-

pañera esta noche, y se entregará á sus juegos contigo. ¡Y ya veremos lo que te queda de tu mal-estar!» Pero Harún dijo: «¡Oh Massrur! Ve á buscarme á Giafar inmediatamente.» Y el aludido contestó con el oído y la obediencia. Y fué á buscar á Giafar á su casa, y le dijo: «Ven con el Emir de los Creyentes.» Y el otro contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, se vistió y siguió á Massrur al palacio. Y se presentó ante el califa, que permanecía en el lecho, y besó la tierra entre sus manos y dijo: «¡Haga Alah que no sea para algo malo!» Y dijo Harún: «Sólo es para bien, ¡oh Giafar! Pero esta noche estoy aburrido y fatigado y oprimido. Y he enviado á Massrur para decirte que vengas aquí á distraerme y á disipar mi fastidio.» Y Giafar reflexionó un instante, y contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! Cuando nuestra alma no quiere alegrarse ni con la belleza del cielo, ni con los jardines, ni con la dulzura de la brisa, ni con la contemplación de las flores, ya no queda mas que un remedio, y es el libro. Porque ¡oh Emir de los Creyentes! un armario de libros es el más hermoso de los jardines. ¡Y un paseo por sus estantes es el más dulce y el más encantador de los paseos! ¡Levántate, pues, y vamos á buscar un libro al azar en los armarios de los libros!» Y Harún contestó: «Verdad dices, ¡oh Giafar! pues ese es el mejor remedio para el fastidio. Y no había pensado en ello.» Y se levantó, y acompañado de Giafar y de Mass-

rir, fué á la sala donde estaban los armarios de los libros.

Y Giafar y Massrur sostenían sendas antorchas, y el califa cogía libros de los armarios magníficos y de los cofres de madera aromática, y los abría y los cerraba. Y de tal suerte examinó varios estantes, y acabó por echar mano á un libro viejísimo, que abrió al azar. Y encontró algo que hubo de interesarle vivamente, porque, en vez de abandonar el libro al cabo de un instante, se sentó y se puso á hojearlo página por página y á leerlo atentamente. Y he aquí que de pronto se echó á reir de tal modo, que se cayó de trasero. Luego volvió á coger el libro y continuó su lectura. Y he aquí que de sus ojos brotó el llanto; y se echó á llorar de tal manera, que se mojó toda la barba con lágrimas que corrían por sus intersticios hasta caer sobre el libro que tenía él en las rodillas. Después cerró el libro, se lo metió en la manga y se levantó para salir.

Cuando Giafar vió al califa llorar y reir de tal suerte, no pudo por menos de decir á su soberano: «¡Oh Emir de los Creyentes y soberano de ambos mundos! ¿cuál puede ser el motivo que te hace reir y llorar casi en el mismo momento?» Y el califa, al oír aquello, se encolerizó hasta el límite de la cólera, y gritó á Giafar con voz irritada: «¡Oh perro entre los perros de los Barmecidas! ¿á qué viene esa impertinencia de parte tuya? ¿Y por qué te inmiscuyes en donde no debes? ¡Acabas de arrogarte el derecho á ser enfadoso y petulante, y te has ex-

tralimitado! ¡Y ya no te falta mas que insultar al califa! Pero ¡por mis ojos, que desde el momento en que te has mezclado en lo que no te concierne, quiero que la cosa tenga todas las consecuencias correspondientes! Te ordeno, pues, que vayas á buscar á alguien que me diga por qué he reído y llorado con la lectura de este libro, y adivine lo que hay en este volumen desde la primera página hasta la última. Y si no encuentras á ese hombre, te cortaré el cuello, y entonces te enseñaré lo que me ha hecho reir y llorar.»

Cuando Giafar oyó estas palabras y advirtió aquella cólera, dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! He cometido una falta. Y la falta es natural en personas como yo; pero el perdón es natural en quienes tienen un alma como la de Tu Grandeza.» Y Harún contestó: «¡No! ¡acabo de hacer un juramento! Tienes que ir en busca de alguien que me explique todo el contenido de este libro, ó si no, te cortaré la cabeza al punto.» Y dijo Giafar: «¡Oh Emir de los Creyentes! Alah creó los cielos y los mundos en seis días, y si hubiera querido, los habría creado en una hora. Y si no lo hizo, fué para enseñar á sus criaturas que es necesario obrar con paciencia y moderación en todo, incluso al hacer el bien. Mucho más cuando se trata de hacer lo contrario del bien, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡De todos modos, si quieres absolutamente que vaya yo á buscar á la persona consabida que adivine lo que te ha hecho reir y llorar, concede á tu esclavo un plazo sólo de

tres días!» Y dijo el califa: «¡Si no me traes á la persona de que se trata, perecerás con la más horrible de las muertes!» Y Giafar contestó á esto: «Voy á cumplir la misión.»

Y salió, acto seguido, con la color cambiada, el alma turbada y el corazón lleno de amargura y de pena.

Y se fué á su casa, con el corazón amargado, para decir adiós á su padre Yahia y á su hermano El-Fadl, y para llorar. Y le dijeron ellos: «¿Por qué vienes en ese estado de turbación y de tristeza, ¡oh Giafar!? Y les contó lo que había ocurrido entre él y el califa y les puso al corriente de la condición impuesta. Y añadió: «El que juegue con una punta acerada se pinchará la mano, y el que luche con el león perecerá. En cuanto á mí, renuncio á mi plaza al lado del sultán; porque en lo sucesivo la estancia junto á él será el mayor de los peligros para mí, así como para ti, ¡oh padre mío! y para ti, ¡oh hermano mío! Mejor será, pues, que me aleje de su vista. Porque la perseveración de la vida es cosa inestimable y jamás se sabe todo lo que vale. Y el alejamiento es el preservativo mejor de nuestros cuellos. Por otra parte, ha dicho el poeta:

*¡Preserva tu vida de los peligros que la amenazan
y deja que la casa se queje á su constructor!»*

Y su padre y su hermano contestaron á esto: «¡No partas, ¡oh Giafar! porque probablemente te

perdonará el califa!» Pero Giafar dijo: «¡Para ello ha impuesto la condición! Pero ¿cómo voy á encontrar alguien que sea capaz de adivinar á primera vista el motivo que ha hecho reir y llorar al califa, así como el contenido, desde el principio hasta el fin, de ese libro calamitoso?» Y Yahia contestó entonces: «Verdad dices, ¡oh Giafar! Para resguardar las cabezas, no queda otro remedio que partir. Y lo mejor es que te marches á Damasco, y que vivas allí hasta que se termine este revés de fortuna y vuelva el Destino dichoso.» Y Giafar preguntó: «¿Y qué va á ser de mi esposa y de mi harén durante mi ausencia?» Y dijo Yahia: «Parte, y no te preocupes de los demás. Esas son puertas que no tienes tiempo de abrir. ¡Parte para Damasco, pues tal es para ti el decreto del Destino...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 896.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Esas son puertas que no tienes tiempo de abrir. ¡Parte para Damasco, pues tal es para ti el decreto del Destino!» Y añadió: «Respecto á lo que

pueda sobrevenir después de tu marcha, Alah proveerá.»

Por consiguiente, Giafar el visir inclinó el oído á las palabras de su padre, y sin dilación ni tardanza, tomó consigo un saco que contenía mil dinares, se ciñó su cinturón y su espada, se despidió de su padre y de su hermano, montó en una mula, y sin hacerse acompañar por un esclavo ni por un servidor, se puso en camino para Damasco. Y viajó en línea recta á través del desierto, y no cesó de viajar hasta el décimo día, en que llegó á la llanura verde, El Marj, que está á la entrada de Damasco la regocijante.

Y vió el hermoso minarete de la Desposada, que emergía del verdor que lo circundaba, y estaba cubierto desde la base hasta lo más alto de tejas doradas; y los jardines regados por aguas corrientes, donde vivían los macizos de flores; y los campos de mirtos, y los montes de violetas, y los campos de laureles rosas. Y se detuvo á mirar toda aquella hermosura, escuchando á los pájaros cantores en los árboles. Y vió que era una ciudad cuyo igual no se había creado en la superficie de la tierra. Y miró á la derecha, y miró á la izquierda, y acabó por divisar á un hombre. Y se acercó á él y le dijo: «¡Oh hermano mío! ¿cuál es el nombre de esta ciudad?» Y el aludido contestó: «¡Oh mi señor! Esta ciudad, en los tiempos antiguos, se llamaba Julag, y de ella es de quien habla el poeta en estos versos:

¡Me llamo Julag, y cautivo los corazones! ¡Por mí corren hermosas aguas, por mí y fuera de mí!

¡Jardín de Edén en la tierra y patria de todos los esplendores, ¡oh Damasco!

¡No olvidaré nunca tus bellezas, ni nada me gustará tanto como tú!

¡Y benditas sean tus terrazas y cuantas maravillas vivientes brillan en tus terrazas!»

Y el hombre que recitó estos versos añadió: «También se llama Scham, ó dicho de otro modo, Grano-de-Belleza, porque es el grano de belleza de Dios en la tierra.»

Y Giafar experimentó un vivo placer en oír estas explicaciones. Y dió gracias al hombre, y se apeó de su mula, y la cogió de la brida para aventurarse con ella entre las casas y las mezquitas. Y se paseó lentamente, examinando una tras otra las hermosas casas delante de las cuales paseaba. Y mirando así, divisó, al fondo de una calle bien barrida y regada, una casa magnífica en medio de un gran jardín. Y en el jardín vió una tienda de seda labrada, tapizada con hermosos tapices del Kho-rassán y ricas telas, y bien provista de cojines de seda, de sillas y de lechos para reposo. Y en medio de la tienda estaba sentado un joven como la luna cuando sale en su décimocuarto día. Y aparecía negligentemente vestido, sin llevar á la cabeza mas que un pañuelo, y en el cuerpo mas que una túnica de color de rosa. Y ante él había un grupo de per-

sonas atentas, y bebidas de todas las especies finas. Y Giafar se detuvo un momento á contemplar la escena, y quedó muy contento de lo que veía en aquel joven. Y al mirar más atentamente, divisó al lado del joven á una muchacha joven como el sol en un cielo sereno. Y tenía un laúd al pecho, como un niño en los brazos de su madre. Y lo tañía, cantando estos versos:

¡Pobres de los que tienen su corazón entre las manos de sus amados; porque, si quieren recuperarlo, lo encontrarán muerto!

¡Lo confiaron en manos de sus amados cuando lo sentían enamorado; y se vieron obligados á abandonarlo!

¡Pequeño, lo arrancan del fondo de sus entrañas! ¡Oh pájaro! repite: «¡Lo arrancaron pequeño!»

¡Lo mataron injustamente; el bienamado coquetea con su humilde enamorado!

¡Yo soy quien busca los efectos del amor, yo soy el amor, el hermano del amor, y suspiro!

¡Ved al que el amor ha envejecido! ¡Aunque su corazón no haya cambiado, lo enterraron!

Y al oír estos versos y aquel canto, Giafar experimentó un placer infinito, y se le conmovieron los órganos con los acentos de aquella voz, y dijo: «¡Por Alah, qué hermoso!» Pero ya la joven había preludiado de otro modo, con el laúd en las rodillas, y cantaba estos versos:

*¡Poseído por tales sentimientos, estás enamorado!
¡No hay de qué asombrarse, pues, si te amo yo!*

*¡Levanto hacia ti mi mano, pidiendo gracia y piedad
para mi humildad! ¡Ojalá te muestres caritativo!*

*¡He pasado mi vida solicitando tu consentimiento;
pero nunca tuve dentro de mí la sensación de que fueras
caritativo!*

*¡Y á causa de la toma de posesión del amor, me he
convertido en un esclavo, y tengo envenenado el corazón,
y corren mis lágrimas!*

Cuando se terminó el canto de este poema, avanzó Giafar cada vez más, dominado por el placer que sentía al oír y al mirar á la joven que cantaba. Y de pronto le advirtió el joven, que estaba tendido en la tienda, y se incorporó á medias, y llamó á uno de sus jóvenes esclavos y le dijo: «¿Ves á ese hombre que está ahí, en la entrada, frente á nosotros?» Y el muchacho dijo: «¡Sí!» Y dijo el joven: «Debe ser un extranjero, pero veo en él las huellas del viaje. Corre á buscarle y guárdate bien de ofenderle.» Y el chico contestó: «¡Con gusto y alegría!» Y se apresuró á ir en busca de Giafar, que ya le había visto acercarse, y le dijo: «¡En el nombre de Alah, ¡oh mi señor! por favor, ten la generosidad de venir á ver á nuestro amo!» Y Giafar franqueó la puerta con el mozalbete, y al llegar á la entrada de la tienda entregó su mula á los diligentes esclavos, y traspuso el umbral. Y el joven ya estaba erguido sobre ambos pies en honor suyo; y avanzó hacia él

extendiendo mucho las dos manos, y le saludó como si le conociera de siempre, y después de dar gracias á Alah por habérselo enviado, cantó:

¡Bien venido seas, ¡oh visitante! ¡Nos alegras con tu presencia y nos haces revivir con esta unión!

¡Por tu rostro juro que vivo cuando apareces y muero cuando desapareces!

Y tras de cantar esto en honor de Giafar, le dijo: «Dígnate sentarte, ¡oh mi dulce señor! ¡Y loores á Alah por tu feliz arribo!» Y recitó la plegaria del envío de Alah, y continuó así su canto:

¡Si de antemano hubiéramos estado prevenidos de tu llegada,

A tus pies hubiéramos extendido por alfombra la pura sangre de nuestros corazones y el terciopelo negro de nuestros ojos!

¡Porque tu sitio está por encima de nuestros párpados!

Y cuando hubo acabado este canto, se acercó á Giafar, le besó en el pecho, exaltó sus virtudes, y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡este día es un día feliz, y si no fuese ya de fiesta, yo habría hecho que lo fuese para dar gracias á Alah!» Y al punto se agruparon entre sus manos los esclavos; y les dijo él: «¡Traednos lo que ya está dispuesto!» Y llevaron las bandejas de manjares, de viandas y de todas las demás

cosas excelentes, y el joven dijo á Giafar: «¡Oh mi señor! Los sabios dicen: «¡Si te invitan, satisface tu alma con lo que tengas ante ti!» Pero si hubiésemos sabido que ibas á favorecernos hoy con tu llegada, te hubiésemos servido la carne de nuestros cuerpos y sacrificado nuestros hijos pequeños.» Y Giafar contestó: «¡Echo, pues, mano á los manjares, y comeré hasta que me sacie!» Y el joven se puso á servirle con su propia mano los trozos más delicados y á conversar con él con toda cordialidad y con todo gusto. Luego les llevaron el jarro y la jofaina, y se lavaron las manos. Tras de lo cual el joven hizo pasar á Giafar á la sala de las bebidas, donde dijo á la joven que cantara. Y ella cogió el laúd, lo templó, lo apoyó sobre su seno, y tras de tararear un instante, cantó:

¡Se trata de un visitante cuya llegada ha sido respetada por todos, más dulce que el ingenio y la esperanza de consuno!

¡Esparce ante el alba las tinieblas de sus cabellos, y el alba no aparece por vergüenza!

¡Y cuando mi destino quiso matarme, le pedí protección; y su llegada hizo revivir un alma á quien reclamaba la muerte!

¡Me he tornado en esclava del Príncipe de los Enamorados, y mi sino se reduce ya á estar bajo la dominación del amor!

Y Giafar se sintió poseído de una alegría exce-

siva, igual á la de su joven huésped. Sin embargo, no cesaba de preocuparle lo que le había ocurrido con el califa. Y su rostro y su actitud denotaban esta preocupación, que no pasó inadvertida á los ojos del joven, el cual notó que estaba inquieto, asustado, pensativo y con incertidumbre por algo. Y por su parte, Giafar comprendió que el joven se había dado cuenta de su estado y que por discreción se reprimía para no preguntarle la causa de su turbación. Pero el joven acabó por decirle: «¡Oh mi señor! Escucha lo que han dicho los sabios:

¡No te asustes ni te aflijas por las cosas que deben suceder, sino, antes bien, levanta la copa de este vino, veneno que ahuyenta las preocupaciones y los fastidios!

¿No ves cómo unas manos pintaron hermosas flores en los ropajes de la bebida?

¡El fruto de la rama de vid, los lirios y los narcisos, y la violeta y la flor rayada de Nemán!

¡Si te asalta el fastidio, mécele para que se adormezca entre licores, flores y favoritas!»

Luego dijo á Giafar: «No te oprimas ni contraias el pecho, ¡oh mi señor!» Y dijo á la joven: «¡Canta!» Y ella cantó. Y Giafar, que se deleitaba con aquellos cánticos y estaba maravillado de ellos, acabó por decir: «No cesemos de regocijarnos con el canto y las palabras hasta que cierre el día y venga la noche con las tinieblas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 897.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...No cesemos de regocijarnos con el canto y las palabras hasta que cierre el día y venga la noche con las tinieblas.»

Y á continuación ordenó el joven á los esclavos que fueran á buscar caballos. Y obedecieron al punto los esclavos; y ofrecieron al huésped de su señor una yegua de reyes. Y ambos saltaron á lomos de sus monturas, y se dedicaron á recorrer Damasco y á mirar el espectáculo de los zocos y de las calles, hasta que llegaron ante una fachada brillantemente iluminada y decorada con linternas de todos colores; y delante de una cortina había una lámpara grande de cobre cincelado que colgaba de una cadena de oro. Y dentro de la morada había pabellones rodeados de estatuas maravillosas y conteniendo todas las especies de aves y todas las variedades de flores; y en medio de todos aquellos pabellones había una sala con cúpula y ventanas de plata. Y el joven abrió la puerta de la tal sala. Y apareció ésta como un hermoso jardín del

Paraíso, animado por los cantos de los pájaros y los perfumes de las flores y el susurrar de los arroyos. Y la sala entera resonaba con los diversos lenguajes de aquellos pájaros, y estaba alfombrada con alfombra de seda y bien provista de cojines de brocado y plumas de avestruz. Y también contenía un número incalculable de toda clase de objetos suntuosos y de artículos de precio, y estaba perfumada por el olor de las flores y de las frutas; y encerraba un número inconcebible de cosas magníficas, como platos de plata, vasos de plata, copas preciosas, pebeteros y provisiones de ámbar gris, polvo de áloe y frutas secas. En una palabra, era como aquella morada descrita en estos versos del poeta:

¡La casa era perfectamente espléndida, y brillaba con todo el resplandor de su magnificencia!

Y cuando Giafar se hubo sentado, el joven le dijo: «¡Con tu llegada, ¡oh señor é invitado mío! han descendido del cielo sobre nuestra cabeza un millar de bendiciones!» Y aún le dijo otras cosas amables, y le preguntó por fin: «¿Y cuál es el motivo á que debemos el honor de tu llegada á nuestra ciudad? ¡Aquí encuentras familia y holgura con toda cordialidad!» Y Giafar contestó: «Yo soy ¡oh mi señor! soldado de profesión, y mando una compañía de soldados. Y soy oriundo de la ciudad de Bassra, de donde vengo en este momento. Y la

causa de mi llegada aquí es que, no pudiendo pagar al califa el tributo que le debo, me he asustado por mi vida, y he emprendido la fuga, cabizbajo, con terror. Y no he cesado de correr por llanuras y desiertos hasta que el Destino me ha conducido hasta ti.» Y el joven dijo: «¡Oh llegada bendita! ¿Y cuál es tu nombre?» El aludido contestó: «Mi nombre es como el tuyo, ¡oh mi señor!» Y al oír esto, el joven sonrió, y dijo, risueño: «¡Oh mi señor! ¡entonces te llamas Abu'l Hassán! Pero te ruego que no tengas ninguna opresión de pecho ni ninguna turbación de tu corazón.» Y dió orden para que les sirvieran. Y les llevaron bandejas llenas de todas clases de cosas delicadas y deliciosas; y comieron y quedaron satisfechos. Tras de lo cual se levantó la mesa y se les llevó el jarro y la jofaina. Y se lavaron las manos, y fueron á la sala de las bebidas, que estaba llena de flores y frutas. Y el joven habló á la joven, refiriéndose á la música y al canto. Y ella los encantó á ambos y los deleitó con la perfección de su arte; y hasta la morada y sus muros se conmovieron y agitaron. Y Giafar, en el paroxismo de su entusiasmo, se quitó la ropa y la arrojó á lo lejos después de hacerla trizas. Y el joven le dijo: «¡Ualahí! ¡ojalá sea efecto del placer esa desgarradura, y no efecto del sentimiento y de la pena! Y Alah aleje de nosotros la amargura del enemigo.» Luego hizo señas á uno de sus esclavos, quien al punto llevó á Giafar ropas nuevas que costaban cien dinares, y le ayudó á ponérselas. Y el joven dijo á la joven:

«¡Cambia el tono del laúd!» Y ella cambió el tono y cantó estos versos:

¡Mi mirada celosa está clavada en él! ¡Y si mira él á otro, me tortura!

¡Doy fin á mis deseos y á mi canto, gritando: «¡Mi amistad hacia ti durará hasta que la muerte se albergue en mi corazón!»

Y terminado este cántico, de nuevo Giafar se despojó de sus ropas, gritando. Y el joven le dijo: «¡Ojalá mejore Alah tu vida y haga que su principio sea su fin y que su fin sea su principio!» Y los esclavos volvieron á poner á Giafar otras ropas más hermosas que las primeras. Y la joven ya no dijo nada durante una hora de tiempo, en tanto que charlaban los dos hombres. Luego el joven dijo á Giafar: «Escucha ¡oh mi señor! lo que el poeta ha dicho del país adonde te ha conducido el Destino, para dicha nuestra, en este día bendito.» Y dijo á la joven: «Cántanos las palabras del poeta referentes al valle nuestro que en la antigüedad se llamaba valle de Rabwat.» Y la joven cantó:

¡Oh generosidad de nuestra noche en el valle de Rabwat, adonde lleva sus perfumes el delicado céfiro!

¡Es un valle cuya hermosura es como un collar: lo rodean árboles y flores!

¡Sus campos están tapizados con flores de todas las variedades, y los pájaros vuelan por encima de ellas!

¡Cuando sus árboles nos ven sentados debajo, nos arrojan por sí mismos sus frutos!

¡Y mientras cambiamos sobre el césped las copas desbordantes de la charla y de la poesía,

El valle es generoso con nosotros y su céfiro nos trae lo que las flores nos envían!

Cuando la joven hubo acabado de cantar, Giafar se despojó de sus ropas por tercera vez. Y el joven se levantó, y le besó en la cabeza, é hizo que le pusieran otra vestidura. Porque aquel joven, como se verá, era el hombre más generoso y el más magnífico de su tiempo, y la largueza de su mano y la alteza de su alma eran por lo menos tan grandes como las de Hatim, jefe de la tribu de Thay. Y continuó charlando con él acerca de los acontecimientos de aquellos días y utilizando otros motivos de conversación y contando anécdotas y hablando de las obras maestras de la poesía. Y le dijo: «¡Oh mi señor, no apesadumbres tu espíritu con cavilaciones y preocupaciones!» Y Giafar le dijo: «¡Oh mi señor! He abandonado mi país sin tomarme tiempo para comer ni beber. Y lo he hecho con intención de divertirme y de ver mundo. Pero si Alah me concede el regreso á mi país, y mi familia, mis amigos y mis vecinos me interrogan y me preguntan dónde he estado y qué he visto, les diré los beneficios con que me has favorecido y los favores que has amontonado sobre mi cabeza en la ciudad de Damasco, en el país de Scham. Y les contaré lo que he visto

por acá y lo que he visto por allá, y les dedicaré hermosos discursos y charlas instructivas acerca de todo aquello con que se enriquezca mi espíritu junto á ti en tu ciudad.» Y el joven contestó: «¡Me refugio en Alah contra las ideas de orgullo! Él es el Único generoso.» Y añadió: «¡Estarás conmigo el tiempo que quieras, diez años ó más, lo que gustes! Porque la casa es tu casa, con su dueño y con lo que contiene.»

Y entretanto, como la noche avanzaba, entraron los eunucos y dispusieron para Giafar un lecho delicado en el sitio de honor de la sala. Y extendieron un segundo lecho al lado del de Giafar. Y se fueron después de disponerlo todo y ponerlo todo en orden. Y Giafar el visir, al ver aquello, dijo para sí: «¡Por lo visto, mi huésped es soltero! Y por eso han dispuesto su lecho al lado del mío. Creo que podré aventurar una pregunta.» Y efectivamente, aventuró la pregunta, interrogando á su huésped: «¡Oh mi señor! ¿eres soltero ó casado?» Y el joven contestó: «Casado, ¡oh mi señor!» Y Giafar replicó á esto: «¿Por qué, pues, si estás casado, vas á dormir al lado mío, en lugar de entrar en tu harén y acostarte como los hombres casados?» Y el joven contestó: «Por Alah, ¡oh mi señor! no va á echar á volar el harén con su contenido, y ya tendré más tarde tiempo de ir á acostarme allá. Pero ahora sería en mí incorrecto y grosero y descortés dejarte solo para ir á acostarme en mi harén, tratándose de un hombre como tú, de un visitante, ¡de un hués-

ped de Alah! ¡Una acción así sería contraria á la cortesía y á los deberes de hospitalidad! ¡Y mientras tu presencia ¡oh mi señor! se digne favorecer esta casa, no reposaré mi cabeza en mi harén, ni me acostaré allí, y obraré de este modo hasta que nos despidamos tú y yo en el día que te convenga y elijas, cuando quieras volver en paz y seguridad á tu ciudad y á tu país!» Y Giafar dijo para sí: «¡Qué cosa tan prodigiosa y tan excesivamente maravillosa!» Y durmieron juntos aquella noche.

Y al día siguiente, muy de mañana, se levantaron y fueron al hammam, donde ya el joven—que, en realidad, se llamaba Ataf el Generoso—había enviado para uso de su huésped un envoltorio con vestidos magníficos. Y después de tomar el más delicioso de los baños, montaron en caballos espléndidos que se encontraron ensillados ya á la puerta del hammam, y se dirigieron al cementerio para visitar la tumba de la Dama, y pasaron todo aquel día recordando las vidas de los hombres y sus muertes. Y continuaron viviendo de tal suerte, á diario, visitando tan pronto un sitio como otro, y durmiendo de noche juntos, de la manera consabida, y así en el transcurso de cuatro meses...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 898.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y continuaron viviendo de tal suerte, á diario, visitando tan pronto un sitio como otro, y durmiendo de noche juntos, de la manera consabida, y así en el transcurso de cuatro meses.

Pero, al cabo de este tiempo, el alma de Giafar se tornó triste y abatido su espíritu; y un día entre los días se sentó y lloró. Y al verle bañado en lágrimas, Ataf el Generoso le interrogó, diciéndole: «Alah aleje de ti la aflicción y la pena, ¡oh mi señor! ¿Por qué te veo llorar? ¿Y qué es lo que te produce pena? Si tienes pesadumbre en el corazón, ¿por qué no me revelas el motivo que te lo apesadumbra y te amarga el alma?» Y Giafar contestó: «¡Oh mi señor! ¡me siento con el pecho en extremo oprimido, y quisiera andar al azar por las calles de Damasco, y también quisiera calmar mi espíritu con la contemplación de la mezquita de los Omniadas!» Y Ataf el Generoso contestó: «¿Y quién puede impedírtelo, ¡oh hermano mio!? ¿No eres libre de ir á pasearte por donde quieras y refrescar tu alma como deseas, para que tu pecho se dilaté y tu espíritu se esparza y regocije? ¡En verdad ¡oh hermano mio! que todo eso es una nimiedad, una verdadera nimiedad!» Y

ya se levantaba Giafar para salir, cuando su huésped le detuvo para decirle: «¡Oh mi señor! Ten la bondad de esperar un momento, á fin de que nuestros criados te ensillen una hacanea.» Pero Giafar contestó: «¡Oh amigo mío! Prefiero ir á pie; porque el hombre que va á caballo no puede divertirse mirando y observando lo que hay en torno suyo, sino que es la gente quien se divierte mirándole y observándole.» Y Ataf el Generoso le dijo: «¡Sea! ¡pero déjame, por lo menos, darte este saco de dinares para que puedas hacer dádivas por el camino y distribuir el dinero á la multitud, tirándoselo á puñados!» Y añadió: «Ahora puedes ir á pasearte. ¡Y ojalá te calme eso el espíritu, y te apacigüe, y te haga volver á nosotros alegre y contento!»

A continuación Giafar admitió de su generoso huésped un saco de trescientos dinares, y salió de la morada, acompañado por los votos de su amigo.

Y echó á andar lentamente, pensando en la condición que le habia impuesto el califa, y muy desesperado de no encontrar ninguna solución y de que ninguna aventura le hubiese permitido todavía adivinar la cosa ó encontrar al hombre que pudiese adivinarla; y de tal suerte llegó ante la magnífica mezquita, y subió los treinta peldaños de mármol de la puerta principal, y contempló con admiración los hermosos azulejos, los dorados, las pedrerías y los mármoles magníficos que la adornaban por doquiera, y los hermosos estanques, en que había un agua tan pura que no se veía. Y se recogió y rezó

su plegaria y escuchó el sermón, y permaneció allí hasta mediodía, sintiendo que á su alma descendía una gran frescura y le calmaba el corazón. Luego salió de la mezquita, é hizo dádivas á los mendigos de la puerta, recitando estos versos:

¡He visto las bellezas acumuladas en la mezquita de Julag, y en sus murallas está explicada la significación de la belleza!

¡Si el pueblo frecuenta las mezquitas, dile que su puerta de entrada siempre está abierta de par en par!

Y cuando abandonó la hermosa mezquita, continuó su paseo por los barrios y las calles, mirando y observando, hasta que llegó ante una casa espléndida, de apariencia señorial, adornada de ventanas de plata con marcos de oro que arrebatában la razón y con cortinas de seda en cada ventana. Y frente á la puerta había un banco de mármol cubierto con un tapiz. Y como Giafar ya se sentía cansado de su paseo, se sentó en aquel banco, y se puso á pensar en sí mismo, en su propio estado, en los acontecimientos últimos y en lo que pudo pasar en Bagdad durante su ausencia. Y he aquí que de pronto se separó la cortina de una de las ventanas, y una mano muy blanca, seguida de su propietaria, apareció con una pequeña regadera de oro. Y aquella mujer, que era como la luna llena, tenía unas miradas que arrebatában la razón y un rostro que carecía de hermano. Y permaneció un momento

regando sus flores, que estaban en jardineras sobre la ventana, flores de albahaca, de jazmín doble, de clavel y de alelí. Y mientras regaba ella con su mano las flores olorosas, sus gracias se mostraban llenas de equilibrio, de simetría y de armonía. Y al verla, se sintió Giafar con el corazón herido de amor. Y se irguió sobre ambos pies y se inclinó hasta el suelo ante ella. Y cuando la joven acabó de regar sus plantas, miró á la calle y advirtió á Giafar, que estaba inclinado hasta el suelo. Y en un principio tuvo intención de cerrar su ventana y desaparecer. Luego reaccionó, y asomándose desde el aféizar, dijo á Giafar: «¿Es tu casa esta casa?» Y contestó él: «No, por Alah, ¡oh mi señora! la casa no es mi casa; ¡pero el esclavo que hay á su puerta es tu esclavo! ¡Y espera tus órdenes!» Y ella dijo: «Pues si esta casa no es tuya, ¿qué haces ahí, y por qué no te vas?» Y contestó él: «¡Porque me he parado aquí, ya setti, para componer en tu honor unos versos!» Y ella preguntó: «¿Y qué dices de mí en tus versos, ¡oh hombre!?» Y al punto recitó Giafar este poema, que improvisó:

¡Apareció ella envuelta en un traje blanco, con miradas y párpados de maravilla!

Y le dije: «¡Ven, ¡oh única! ven sin otra zalema que la de tus ojos! ¡Contigo seré dichoso, hasta en mi corazón dichoso!

¡Bendito sea Él que ha vestido con rosas tus mejillas! ¡Él puede crear sin obstáculo lo que quiera!

¡Blanco es tu traje, como tu mano y como tu destino; y es blanco sobre blanco, y blanco sobre blanco!

Luego, como quisiera ella retirarse, á pesar de estos versos, exclamó él: «Aguarda, por favor, ¡oh mi señora! ¡He aquí otros versos que he compuesto, dedicados á tu fisonomía y á tu expresión!» Y ella dijo: «¿Y qué dices de mi expresión y de mi fisonomía?» Y él recitó estos versos:

¿Ves aparecer su cara, que, á pesar del velo, brilla tanto como la luna en el horizonte?

¡Su esplendor alumbra la sombra de los templos en donde se la adora, y el sol entra en tinieblas cuando ella pasa!

¡Su frente eclipsa á la rosa, y su mejilla á la manzana! ¡Y su mirada expresiva conmueve al pueblo y le encanta!

¡Por ella, si un mortal la viese, sería víctima del amor y se abrasaría en los fuegos del deseo!

Cuando la joven hubo oído esta improvisación, dijo á Giafar: «¡Muy bien! ¡Pero estas palabras me gustan más que tú!» Y le lanzó una ojeada que le traspasó, y cerró la ventana y desapareció rápidamente. Y Giafar el visir permaneció inmóvil en el banco, anhelando y esperando que la ventana se abriese por segunda vez y le permitiese dirigir una segunda mirada á la admirable joven. Y cada vez que quería él levantarse para marcharse, su ins-

tinto le decía: «¡Siéntate!» Y no cesó de conducirse así hasta que llegó la noche. Entonces se levantó, con el corazón prendado, y volvió á casa de Ataf el Generoso. Y se encontró con que el propio Ataf le esperaba á la puerta de su casa, en el umbral, y exclamaba al verle: «¡Oh mi señor! ¡me has tenido hoy excesivamente desolado con tu ausencia! Y eran para ti mis pensamientos, á causa de la larga espera y de la tardanza de tu regreso.» Y se echó sobre su pecho y le besó entre los ojos. Pero Giafar no contestaba nada y estaba distraído. Y Ataf le miró y leyó en su rostro muchas palabras, encontrándole, efectivamente, muy cambiado de color y amarillo é inquieto. Y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡veo demudada tu cara y trastornado tu espíritu!» Y Giafar contestó: «¡Oh mi señor! Desde el momento en que te he dejado hasta el presente, he sufrido un violento dolor de cabeza y un ataque nervioso, porque esta noche he dormido sobre una oreja. ¡Y en la mezquita no oía nada de las plegarias que recitaban los creyentes! ¡Y es lastimoso mi estado y lamentable mi condición!»

Entonces Ataf el Generoso cogió de la mano á su huésped y le condujo á la sala donde por lo general se complacían en charlar. Y los esclavos llevaron las bandejas de manjares para la comida de la noche. Pero Giafar no pudo comer nada, y levantó la mano. Y el joven le preguntó: «¿Por qué ¡oh mi señor! levantas la mano y la alejas de los manjares?» Y el otro contestó: «Porque me pesa la co-

mida de esta mañana y me impide cenar. ¡Pero no tiene importancia eso, pues creo que una hora de sueño hará que pase la cosa, y mañana no habrá nada en mi estómago!»

En vista de aquello, Ataf mandó hacer el lecho de Giafar más temprano que de costumbre, y Giafar se acostó con el espíritu muy deprimido. Y se echó encima la manta, y se puso á pensar en la joven, en su belleza, en su elegancia, en su apostura, en sus proporciones felices y en cuanto el Donador (¡glorificado sea!) le había concedido de belleza, de magnificencia y de esplendor. Y con ello olvidó todo lo que le había sucedido en los días de su pasado, lo ocurrido con el califa, la condición impuesta, su familia, sus amigos y su país. Y era tanto el zumbir de sus pensamientos, que sintióse poseído de vértigo y se le quedó el cuerpo molido. Y no cesó de dar vueltas y vueltas con fiebre en su lecho hasta por la mañana. Y estaba como cualquiera que se hubiese perdido en el mar del amor.

Y cuando llegó la hora en que tenían costumbre de levantarse, Ataf se levantó el primero y se inclinó sobre él y le dijo: «¿Cómo va tu salud? Mis pensamientos han sido para ti esta noche. Y he notado que en toda la noche has gustado del sueño.» Y Giafar contestó: «¡Oh hermano mio! ¡no me siento bien, y estoy desesperado!»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 899.^a NOCHE*

Ella dijo:

«¡Oh hermano mío! ¡no me siento bien, y estoy desesperado!»

Al oír estas palabras, Ataf el Generoso, el Excelente, se emocionó hasta el límite extremo de la emoción, y al punto envió un esclavo blanco en busca de un médico. Y el esclavo fué á toda prisa á cumplir su misión, y no tardó en volver con el mejor médico de Damasco y el más hábil de los médicos de su tiempo.

Y el médico, que era un gran sabio, se acercó á Giafar, que estaba tendido en su lecho, con los ojos perdidos, y le miró al rostro, y le dijo: «¡No te turbes á mi vista, y que el don de la salud sea contigo! ¡Dame la mano!» Y le cogió la mano y le tomó el pulso, y vió que todo estaba en su sitio, y no había ninguna molestia, ni sufrimiento, ni dolor, y que las pulsaciones eran fuertes y las intermitencias eran regulares. Y al observar todo esto, comprendió la causa del mal y que el enfermo estaba enfermo de amor. Y no quiso hablar de su descubrimiento al enfermo delante de Ataf. Y para hacer las cosas con elegancia y discreción, cogió un papel y escribió su prescripción. Y puso cuidadosa-

mente aquel papel debajo de la cabeza de Giafar, diciéndole: «¡El remedio está bajo tu cabeza! Te he recetado una purga. Si la tomas, te curarás.» Y tras de hablar así, el médico se despidió de Giafar para ir á visitar á sus demás enfermos, que eran numerosos. Y Ataf le acompañó hasta la puerta y le preguntó: «¡Oh señor! ¿qué tiene?» Y contestó el otro: «Ya lo he puesto en el papel.» Y se marchó.

Y Ataf volvió junto á su huésped, y le encontró acabando de recitar este poema:

¡Un médico viene á mí un día, y me coge la mano y me toma el pulso! Pero le digo: «¡Deja mi mano, porque el fuego está en mi corazón!»

Y me dice: «¡Bebe jarabe de rosas después de mezclarlo bien con el agua de la lengua! ¡Y no se lo digas á nadie!»

Y contesto: «¡Conozco mucho el jarabe de rosas: es el agua de las mejillas que me han destrozado el corazón!»

»Pero ¿cómo podré procurarme el agua de la lengua? ¿Y cómo podré refrescar el fuego ardiente que se alberga dentro de mí?»

Y él me dice: «¡Estás enamorado!» Yo le digo: «¡Sí!» Y él me contesta: «¡El único remedio para eso es tener aquí al objeto de tu amor!»

Y Ataf, que no había oído el poema y no había cogido mas que el último verso, sin comprenderlo, se sentó á la cabecera del lecho é interrogó á su

huésped acerca de lo que le había dicho y recetado el médico. Y Giafar contestó: «¡Oh hermano mío! Me ha escrito un papel que está aquí, debajo de la almohada.» Y Ataf sacó el papel de debajo de la almohada, y lo leyó. Y encontró estas líneas trazadas de mano del médico:

«¡En el nombre de Alah el Curador, maestro de las curaciones y de los regímenes buenos! ¡He aquí lo que hay que tomar con la ayuda y la bendición de Alah! Tres medidas de esencia pura de la amada mezcladas con un poco de prudencia y de temor á ser espiado por los envidiosos; además, tres medidas de excelente unión clasificada con un grano de ausencia y de alejamiento; además, dos pesas de afecto puro y de discreción sin mezcla con la manera de la separación; hacer una mixtura de ello con un poco de extracto de incienso de besos dados en los dientes y en el centro; dos medidas de cada variedad, mas cien besos dados en las dos hermosas granadas consabidas, cincuenta de los cuales deben ser endulzados pasando por los labios, como hacen las palomas, y veinte como lo hacen los pajaritos; además, dos medidas iguales de movimientos de Alepo y de suspiros del Irak; además, dos okes de puntas de lenguas en la boca y fuera de la boca, bien mezcladas y trituradas; después poner en un crisol tres dracmas de granos de Egipto, adicionándoles grasa de buena calidad, haciéndolo cocer en el agua del amor y el jarabe del deseo so-

bre un fuego de leña de placer en el retiro del ardor; tras de lo cual se decantará el total en un diván bien mullido, y se añadirán dos okes de jarabe de saliva, y se beberá en ayunas durante tres días. Y al cuarto día, en la comida de mediodía, se tomará una raja de melón del deseo, con leche de almen-dras y zumo de limón del acuerdo, y por último, con tres medidas de buena maniobra de muslos. Y acabar con un baño en beneficio de la salud. ¡Y la zalema!»

Cuando Ataf el Generoso hubo acabado la lectura de esta receta, no pudo por menos de reir y dar palmadas. Luego miró á Giafar, y le dijo: «¡Oh hermano mío! Este médico es un gran médico y su descubrimiento un gran descubrimiento. ¡He aquí que ha averiguado que estás enfermo de amor!» Y añadió: «Dime, pues, cómo y de quién te has enamorado.» Pero Giafar, cabizbajo, no dió respuesta alguna ni quiso pronunciar ninguna palabra. Y Ataf se apenó mucho por el silencio que el otro guardaba y había guardado con él, y se afligió mucho por su falta de confianza, y le dijo: «¡Oh hermano mío! ¿no eres para mí más que un amigo? ¿no estás en mi casa como el alma en el cuerpo? ¿Y no hay entre tú y yo cuatro meses pasados en la ternura, la camaradería, la charla y la amistad pura? ¿Por qué, pues, ocultarme tu estado? ¡Por lo que á mí respecta, estoy muy entristecido y asustado de verte solo y sin guía en asunto tan delicado! Por-

que eres un extranjero en esta capital, y yo soy un hijo de la ciudad, y puedo ayudarte con eficacia, y disipar tu turbación y tu inquietud. ¡Por mi vida, que te pertenece, y por el pan y la sal que hay entre nosotros, te suplico que me reveles tu secreto!» Y no cesó de hablarle de tal suerte, hasta que le decidió á hablar. Y Giafar levantó la cabeza, y le dijo: «No te ocultaré por más tiempo el motivo de mi turbación, ¡oh hermano mío! Y en lo sucesivo no censuraré ya á los enamorados que enferman de inquietud y de impaciencia. ¡Porque he aquí que me ha sucedido una cosa que jamás pensé que me sucediera, no, jamás! Y no sé lo que eso va á traerme, porque mi caso es un caso embarazoso y complicado con pérdida de la vida!»

Y le contó lo que le había ocurrido: cómo se había sentado en el banco de mármol, se había abierto la ventana enfrente de él y había aparecido una joven, la más bella de su tiempo, que había regado el jardín de su ventana. Y añadió: «¡Ahora mi corazón tumultuoso está agitado de amor por ella, que ha cerrado súbitamente su ventana después de lanzar una sola ojeada á la calle en donde yo estaba, y la ha cerrado tan de prisa como si hubiese sido vista al descubierto por un extraño. Y heme aquí ya incapaz de nada é imposibilitado de comer y de beber á causa de la excesiva excitación y del ardor de amor en que estoy por ella; y ha truncado mi sueño la fuerza de mi deseo por ella que se ha albergado en mi corazón.» Y añadió: «Y tal es mi

caso, ¡oh hermano mío Ataf! y ya te he contado cuanto me ha ocurrido, sin ocultarte nada.»

Cuando el generoso Ataf oyó las palabras de su huésped y comprendió su alcance, bajó la cabeza y reflexionó una hora de tiempo. Porque acababa de descubrir, sin género de duda, en vista de todos los detalles é indicios oídos y de la descripción de la casa, de la ventana y de la calle, que la joven con-sabida no era otra que su propia esposa, la hija de su tío, á la cual amaba y de la cual era amado, y que habitaba en una casa separada, con sus esclavas y sus servidas. Y dijo para sí: «¡Oh Ataf! ¡no hay recurso ni poder mas que en Alah el Altísimo, el Magno, pues venimos de Alah y á Él volveremos!» Y su generosidad y su grandeza de alma tomaron al punto una decisión, y pensó: «¡No seré semejante en mi amistad al que construye sobre arena y sobre agua, y por el Dios magnánimo, que serviré á mi huésped con mi alma y mis bienes!»

Y así pensando, con rostro sonriente y tranquilo, se encaró con su huésped, y le dijo: «¡Oh hermano mío! Calma tu corazón y refresca tus ojos, porque pongo sobre mi cabeza el llevar á buen fin tu asunto en el sentido que deseas. Conozco, en efecto, á la familia de la joven de quien me has hablado, y que es una mujer divorciada de su marido hace unos días. Y desde esta hora y este instante voy á ocuparme de tu asunto. Por lo que á ti respecta, ¡oh hermano mío! espera mi regreso con toda tranquilidad y ponte contento.» Y aún le dijo otras pala-

bras para calmarle, y salió de su casa. Y fué á la casa donde vivía su esposa, la joven que había visto Giafar, y entró en la sala de los hombres, sin cambiar de traje y sin dirigir la palabra á nadie, y llamó á uno de los pequeños eunucos, y le dijo: «Ve á casa de mi tío, padre de tu señora, y dile que venga.» Y el eunuco se apresuró á ir á casa del suegro y á llevarle á casa de su amo. Y Ataf se levantó en honor suyo para recibirle, y le abrazó, y le hizo sentarse, y le dijo: «¡Oh tío mío! ¡todo es para bien! Sabe que, cuando Alah envía sus beneficios á sus servidores, les enseña al mismo tiempo el camino que tienen que seguir. Y he aquí que he encontrado mi camino, porque mi corazón se inclina hacia la Meca y anhela ir á visitar la casa de Alah y besar la piedra negra de la Kaaba santa, además de ir á El-Medinah á visitar la tumba del Profeta (¡con Él la plegaria, la paz, las gracias y las bendiciones!). Y he resuelto visitar en este año esos lugares santos, é ir á ellos en peregrinación, para volver hecho un perfecto hajj. Por eso no conviene dejar tras de mí ataderos, deudas ni obligaciones, ni nada que pueda proporcionarme preocupaciones, pues ningún hombre sabe si será amigo de su destino al día siguiente. ¡Y por eso ¡oh tío! te llamo para entregarte el acta de divorcio de tu hija, esposa mía!»

Cuando el tío del generoso Ataf, padre de su esposa, hubo oído estas palabras y comprendido que Ataf quería divorciarse, quedó extremadamente conmovido, y exagerando en su espíritu la grave-

dad del caso, dijo: «¡Oh Ataf, hijo mío! ¿qué te obliga á recurrir á semejantes procedimientos? ¡Si vas á partir, dejando aquí á tu esposa, por muy larga que sea tu ausencia y por mucha duración que le des, no por eso dejará tu esposa de ser esposa tuya y dependencia tuya y propiedad tuya! Nada te obliga á divorciarte, ¡oh hijo mío!» Y Ataf contestó, mientras de sus ojos rodaban lágrimas: «¡Oh tío mío! ¡he hecho ese juramento, y lo que está escrito debe ocurrir!»

Y el padre de la joven, consternado con estas palabras de Ataf, sintió entrar la desolación en su corazón. Y la joven esposa de Ataf se quedó como muerta al saber esta noticia, y su estado fué un estado lamentable, y su alma nadó en la noche, en la amargura y en el dolor. Porque desde la infancia amaba á su esposo Ataf, que era el hijo de su tío, y sentía una ternura extremada por él...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 900.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Porque desde la infancia amaba á su esposo Ataf, que era el hijo de su tío, y sentía una ternura extremada por él.

En cuanto á Ataf, tras de dar aquella noticia á su tío, se apresuró á ir en busca de su huésped, y le dijo: «¡Oh hermano mío! He estado ocupándome de la joven divorciada, y Alah ha querido llevar á buen fin mi empresa. Regocíjate, pues, porque tu unión con ella será fácil ahora. Levántate y desecha tu tristeza y tu malestar.» Y Giafar se levantó al punto, y desapareció su malestar, y comió y bebió con apetito, y dió gracias á su Creador. Y Ataf le dijo entonces: «Ahora has de saber ¡oh hermano mío! que para que yo pueda intervenir más eficazmente todavía en la cosa, no conviene que el padre de tu amada, al cual voy á volver á hablar de tu matrimonio, sepa que eres un extranjero, y me diga: «¡Oh Ataf! ¿y desde cuándo los padres casan á sus hijas con hombres extranjeros á quienes no conocen?» Por eso mi propósito es que seas ventajosamente conocido por el padre de la joven. Y á tal fin, haré armar para ti, fuera de la ciudad, unas tiendas con hermosas alfombras, cojines, cosas suntuosas y caballos. Y sin que nadie sepa que sales de aquí, irás á habitar en esas hermosas tiendas, que serán tu campamento de viaje, y harás una entrada pomposa en nuestra ciudad. Y yo, por mi parte, tendré cuidado de difundir por toda la ciudad el rumor de que eres un gran personaje de Bagdad, ¡y hasta diré que eres Giafar Al-Barmaki en persona, y que vienes, de parte del Emir de los Creyentes, á visitar nuestra ciudad! Y el wali de Damasco, el kadí y el naieb, á quien yo mismo

habré ido á informar de la llegada del visir Giafar, saldrán en persona á tu encuentro, y te harán sus zalemas y besarán la tierra entre tus manos. Y entonces dirás á cada uno las palabras que debas decir, y les tratarás con arreglo á su rango. Y también yo iré á visitarte á tu tienda, y nos dirás á todos: «¡Vengo á vuestra ciudad para cambiar de aires y encontrar una esposa de mi gusto! ¡Y como he oído hablar de la belleza de la hija del emir Amr, á ella es á quien quisiera tener por esposa!» Y entonces ¡oh hermano mío! no sucederá mas que lo que anhelas.»

Así habló el generoso Ataf al huésped de quien no conocía nombre ni posición, y que no era otro que Giafar Al-Barmaki con sus propios ojos. Y se conducía de tal suerte con él sólo porque era su huésped y había probado el pan y la sal de su hospitalidad. Porque el generoso Ataf estaba dotado de un alma generosa y de sentimientos sublimes. Y antes de él jamás hubo sobre la tierra hombre que se le pudiese comparar, y después de él no lo habrá jamás tampoco.

Por lo que respecta á Giafar, cuando hubo oído aquellas palabras de su amigo, se irguió sobre ambos pies y cogió la mano de Ataf y quiso besársela; pero Ataf lo comprendió, y retiró vivamente su mano. Y Giafar continuó callando su nombre y ocultando á su huésped su alta condición de gran visir y cabeza de los Barmecidas y corona suya, dió gracias con efusión á su huésped, y pasó con él aquella

noche, y se acostó en el mismo lecho que él. Y al día siguiente, al despuntar el alba, se levantaron ambos, é hicieron sus abluciones y recitaron sus plegarias de la mañana. Luego salieron juntos, y Ataf acompañó á su amigo hasta las afueras de la ciudad.

Tras de lo cual Ataf hizo preparar las tiendas y todo lo necesario, como caballos, camellos, mulas, esclavos, mamalik, cofres conteniendo toda clase de regalos que repartir y cajones conteniendo sacos de oro y de plata. Y envió todo aquello fuera de la ciudad, secretamente, y fué en busca de su amigo, y le puso un traje de gran visir, de lo más suntuoso y de mucho valor. Y mandó que levantaran para él, en la tienda principal, un trono de gran visir, y le hizo sentarse allí. ¡Y no sabía que aquel á quien iba á llamar en lo sucesivo gran visir Giafar era en realidad el propio Giafar, hijo de Yahía el Barmecida! Y hecho y combinado aquello, envió esclavos mensajeros al naieb de Damasco para anunciarle la llegada de Giafar el gran visir, enviado en comisión por el califa.

Y en cuanto el naieb de Damasco se enteró de aquel acontecimiento, salió de la ciudad, acompañado por los notables de la ciudad de su autoridad y de su gobierno, y fué al encuentro del visir Giafar y besó la tierra entre sus manos, y le dijo: «¡Oh mi señor! ¿por qué no nos has informado antes de tu llegada bendita, á fin de que hubiésemos podido prepararte una recepción digna de tu rango?» Y

Giafar contestó: «¡No hay para qué! Plegue á Alah favorecerte y aumentar tu buena salud; pero no he venido aquí mas que con intención de cambiar de aires y visitar la ciudad. Y por cierto que voy á permanecer aquí muy poco tiempo, lo preciso para casarme. Porque me he enterado de que el emir Amr tiene una hija de noble raza, y deseo de ti que hables del asunto con su padre, y que me la obtengas de él por esposa.» Y el naieb de Damasco contestó: «Escucho y obedezco. Precisamente su esposo acaba de divorciarse de ella, porque desea ir al Hedjaz en peregrinación. Y en cuanto haya transcurrido el tiempo legal de la separación, no habrá ya ningún inconveniente para que se celebren los esponsales de Tu Honor.»

Y se despidió de Giafar, y en aquella hora y en aquel instante fué en busca del padre de la joven, esposa divorciada del generoso Ataf, y le hizo ir á las tiendas y le dijo que el gran visir Giafar había manifestado deseos de casarse con su hija, que era de noble linaje. Y el emir Amr no pudo contestar mas que con el oído y la obediencia.

Entonces Giafar dió orden de llevar los ropones de honor y el oro de los sacos y de que lo distribuyeran. E hizo ir al kadí y á los testigos, y les mandó extender sin tardanza el contrato de matrimonio. E hizo inscribir, como dote y viudedad de la joyen, diez cofres de suntuosidades y diez sacos de oro. Y ordenó sacar los regalos, grandes y pequeños, y los hizo distribuir, con la generosidad de un Barmeci-

da, á los concurrentes ricos y pobres, para que todo el mundo quedase contento. Y cuando estuvo escrito el contrato sobre una tela de raso, mandó llevar agua con azúcar, é hizo poner ante los invitados las mesas de manjares y de cosas excelentes. Y todo el mundo comió y se lavó las manos. Luego se sirvieron los dulces y las frutas y las bebidas refrescantes. Y cuando se dió fin á todo y se revisó el contrato, el naieb de Damasco dijo al visir Giafar: «¡Voy á preparar una casa para tu residencia y para recibir á tu esposa!» Y Giafar contestó: «No es posible. He venido aquí en comisión oficial del Emir de los Creyentes, y he de llevarme conmigo á mi esposa á Bagdad, donde solamente deberán tener lugar las ceremonias de las bodas.» Y el padre de la desposada dijo: «Celebremos ya los desposorios, y parte cuando te plazca.» Y Giafar contestó: «¡Tampoco puedo acceder á eso, porque primero es preciso que haga yo preparar el equipo de tu hija, y una vez que esté dispuesto, y sólo entonces, partiré!» Y el padre contestó: «¡No hay inconveniente!»

Y cuando estuvo dispuesto el equipo y todas las cosas se encontraron á punto, el padre de la desposada hizo sacar el palanquín y sentarse dentro á su hija. Y el convoy emprendió el camino de las tiendas, entre una muchedumbre de gente. Y después de las despedidas por una y otra parte, se dió la señal de marcha. Y Giafar en su caballo y la desposada en el soberbio palanquín, emprendieron la ruta de Bagdad con un séquito numeroso y bien ordenado.

Y viajaron durante cierto tiempo. Y ya habían llegado al paraje llamado Tiniat el'Iqab, que está á media jornada de camino de Damasco, cuando Giafar miró atrás y divisó en lontananza, por la parte de Damasco, á un jinete que galopaba hacia ellos. Y al punto mandó parar la caravana para ver de qué se trataba. Y cuando el jinete estuvo muy cerca de ellos, Giafar le miró, y he aquí que era Ataf el Generoso, que iba gritando: «¡No te detengas, oh hermano mío!» Y se acercó á Giafar y le abrazó y le dijo: «¡Oh mi señor! No tengo ningún sosiego lejos de ti. ¡Oh hermano mío Abu'l-Hassán! Más me hubiera valido no haberte visto ni conocido nunca, porque ahora no podré soportar tu ausencia.» Y Giafar le dió las gracias y le dijo: «No he podido corresponder á todos los beneficios de que me has colmado. Pero ruego á Alah que facilite nuestra reunión para pronto y para no separarnos ya nunca. ¡Él es Todopoderoso, y puede lo que quiere!» Luego Giafar se apeó del caballo, é hizo extender un tapiz de seda, y se sentó al lado de Ataf. Y les sirvieron una bandeja con un gallo asado, pollos, dulces y otras cosas delicadas. Y comieron. Y les llevaron frutas secas, y confituras secas y dátiles maduros. Luego bebieron durante una hora de tiempo, y volvieron á montar en sus caballos. Y Giafar dijo á Ataf: «¡Oh hermano mío! Cada viajero debe partir hacia su punto de destino.» Y Ataf le estrechó contra su pecho y le besó entre ambos ojos, y le dijo: «¡Oh hermano mío Abu'l-Hassán! No

interrumpas el envío de tus cartas á nosotros y no prolongues tu ausencia á costa de nuestro corazón. Y tenme al corriente de cuanto te ocurra, de modo que me parezca que estoy cerca de ti.» Y aún se dijeron otras palabras de adiós, y se despidieron uno de otro, y cada cual se fué por su camino. ¡Y he aquí lo referente al gran visir Giafar, de quien su amigo no sospechaba que fuese el propio Giafar, y á Ataf el Generoso!

He aquí ahora lo referente á la joven divorciada, nueva esposa de Giafar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 901.^a NOCHE*

Ella dijo:

...He aquí ahora lo referente á la joven divorciada, nueva esposa de Giafar. Cuando advirtió que los camellos y la caravana habían detenido su marcha, sacó la cabeza fuera de la litera, y vió á su primo Ataf sentado en tierra sobre el tapiz al lado de Giafar, y que ambos comían y bebían juntos y se decían adiós. Y dijo ella para sí: «¡Por Alah! Ese es mi primo Ataf, y ese otro es el hombre que me vió á la ventana, y sobre el cual hasta creo

que dejé caer agua cuando regaba el jardín de mi ventana. Y sin duda alguna el amigo de mi primo es él. Se ha prendado de amor por mí y se ha lamentado por ello ante mi primo Ataf. Y me ha descrito, y ha descrito mi casa; y entonces la generosidad y la grandeza de alma de mi primo le han impulsado á divorciarse para que su amigo me tome por esposa.» Y pensando de este modo, se puso á llorar sola en la litera, y á lamentarse por lo que les había ocurrido, por su separación de su primo, á quien amaba, de sus parientes y de su ciudad. Y recordó cuanto era y cuanto había sido. Y de sus ojos cayeron lágrimas abrasadoras, mientras recitaba estos versos:

¡Lloro al recuerdo de los sitios que amaba y de las bellezas que he perdido! ¡Oh! ¡no censuréis al enamorado si un día se vuelve loco!

¡Porque los seres queridos habitan en esos sitios, en esos parajes! ¡Oh, loores á Alah! ¡cuán dulce es su habitación!

¡Alah proteja los días pasados entre vosotros, ¡oh queridos amigos míos! y ojalá nos reuna la dicha en la misma casa!

Y cuando acabó este recitado, lloró y se lamentó, y recitó aún:

¡Asombrado estoy de vivir todavía sin vosotros, en medio de todas las preocupaciones que nos abrumen!

¡Deseo por vosotros, caros ausentes bienamados, que con vosotros quede mi corazón herido!

Tras de lo cual lloró y sollozó más aún, y no pudo por menos de recordar estos versos:

*¡Venid, ¡oh vosotros á quienes he dado mi alma!
¡He deseado arrancarla de vosotros, pero no lo pude conseguir!*

¡Y tú, apiádate del resto de una vida que te he sacrificado, antes de que yo lance mi última mirada á la hora de la muerte!

¡Si os hubierais perdido todos, no me asombraría: mi asombro existiría si su destino perteneciese á otro!

¡Y he aquí lo referente á ella!

Pero he aquí ahora lo relativo al gran visir Giafar. En cuanto la caravana se puso en marcha otra vez, se acercó él al palanquín y dijo á la recién casada: «¡Oh señora del palanquín, nos has matado!» Pero á estas palabras, ella le miró con dulzura y modestia, y contestó: «No debo hablarte, porque soy la prima-esposa de tu amigo y compañero Ataf, príncipe de la generosidad y de la abnegación. Si hay en ti el menor sentimiento humano, debes hacer por él lo que en su abnegación ha hecho él mismo por ti.»

Cuando Giafar hubo oído estas palabras, se le turbó mucho el alma; pero comprendiendo lo difícil de la situación, dijo á la joven: «¡Oh tú! ¿eres ver-

daderamente su prima-esposa?» Y ella dijo: «¡Si! Yo soy la que viste á la ventana en tal día, cuando ocurrieron tales y cuales cosas y tu corazón se prendió de mí. Y se lo contaste todo. Y él se divorció. Y mientras expiraba el plazo legal, ha preparado cuanto me está causando tanta pena ahora. Y ya que te he explicado la situación, no te queda más remedio que conducirte como un hombre.»

Cuando Giafar oyó estas palabras, empezó á sollozar muy fuerte, diciendo: «De Alah procedemos y tornamos á Él. ¡Oh tú! He aquí que ahora estás prohibida para mí, y serás entre mis manos un depósito sagrado hasta que vuelvas al sitio que quieras indicar.» Entonces dijo á uno de sus servidores: «Quedas encargado de la guardia de tu señora.» Y así continuaron viajando día y noche, ¡y esto es lo referente á ellos!

Pero he aquí lo relativo al califa Harún Al-Rachid. En seguida de partir Giafar, se sintió á disgusto y lleno de pena por su ausencia. Y tuvo una gran impaciencia y le atormentó el deseo de volver á verle. Y se arrepintió de las condiciones irrealizables que le había impuesto, obligándole con ello á errar por desiertos y soledades como un vagabundo y forzándole á abandonar su comarca natal. Y despachó emisarios en todas direcciones para buscarle. Pero no pudo saber noticia alguna de él, y quedó muy disgustado por no tenerle junto á sí. Y le añoraba y le esperaba.

Y he aquí que, cuando Giafar estuvo próximo á Bagdad con su caravana, el califa se enteró de ello y se regocijó en el alma, y sintió que se le aligeraba el corazón y se le dilataba el pecho. Y salió á su encuentro, y en cuanto estuvo á su lado, le besó y le estrechó contra su seno. Y entraron juntos en palacio, y el Emir de los Creyentes hizo sentarse al lado suyo á su visir, y le dijo: «Ahora cuéntame tu historia, á partir del momento en que abandonaste este palacio, y todo lo que te ha sucedido durante tu ausencia.» Y Giafar le contó todo lo que le había sucedido desde el momento de su marcha hasta el de su regreso. Pero no hay ninguna utilidad en repetirlo. Y el califa se asombró mucho, y dijo: «¡Ualahí! Me has causado mucha pena con tu ausencia. ¡Pero ahora tengo muchas ganas de conocer á tu amigo! Y en cuanto á la joven del palanquín, mi opinión es que inmediatamente debes divorciarte de ella y ponerla en camino, para que regrese acompañada de un servidor de confianza. Porque si tu compañero encuentra en ti un enemigo, se hará enemigo nuestro; y si encuentra en ti un amigo, se hará también amigo nuestro. Y le haremos venir entre nosotros, y le veremos, y tendremos el gusto de oírle y pasaremos el tiempo con él alegremente. Un hombre así no es de despreciar, y de su generosidad sacaremos una enseñanza grande y otras muchas cosas útiles.» Y Giafar contestó: «Oír es obedecer.» E hizo arreglar, para la joven consabida, una casa muy hermosa con un jardín

delicioso; y puso á su disposición todo un séquito de esclavos y de servidores. Y además, le envió tapices y porcelanas y todas las demás cosas de que podía tener necesidad. Pero nunca se acercó á ella ni trató de verla nunca. Y á diario le transmitía sus zalemas y palabras tranquilizadoras concenientes á su regreso y á su reunión con su primo. Y le dió mil dinares al mes para los gastos de su existencia. ¡Y esto es lo referente á Giafar, al califa y á la joven del palanquín!

¡Por lo que á Ataf respecta, las cosas sucedieron de modo muy distinto! En efecto, no bien se despidió de Giafar y desanduvo su camino, cuantos le tenían envidia se aprovecharon de los acontecimientos para combinar su perdición, embaucando al naieb de Damasco. Y dijeron al naieb: «¡Oh señor nuestro! ¿Cómo es posible que no vuelvas tus ojos hacia Ataf? ¿No sabes que el visir Giafar era amigo suyo? ¿Y no sabes que Ataf ha echado á correr detrás de él para decirle adiós después de regresar nuestras gentes, y le ha acompañado hasta Katifa? ¿Y no sabes que Giafar le dijo entonces: «¿No necesitas nada de mí, ¡oh Ataf!?» Y Ataf contestó: «Sí, necesito una cosa. Y es un edicto del califa por el cual sea destituido el naieb de Damasco.» Y así se ha acordado y prometido entre ellos. Y lo más prudente que puedes hacer es invitarle á tu mantel para la comida de la mañana, antes de que él te invite al suyo para la comida de la noche.

Porque el éxito estriba en la ocasión, y el asalto no aprovecha mas que á quien lo da.» Y el naieb de Damasco les contestó: «Bien dicho. Traédmele, pues, inmediatamente.» Y fueron á casa de Ataf, que descansaba tranquilamente, ignorando que pudiese nadie tramar contra él cosa alguna. Y se abalanzaron á él, armados de sables y garrotes, y le maltrataron hasta que estuvo cubierto de sangre. Y le arrastraron á la presencia del naieb. Y el naieb ordenó que saquearan su casa. Y sus esclavos, sus riquezas y toda su familia pasaron á manos de los saqueadores. Y Ataf preguntó: «¿Cuál es mi crimen?» Y le contestaron: «¡Oh rostro de brea! ¿Tan ignorante estás de la justicia de Alah (¡exaltado sea!) que atacas al naieb de Damasco, nuestro señor y nuestro padre, y crees que vas á poder dormir en paz después en tu casa?» Y se ordenó al portaalfanje que le cortara la cabeza en aquella hora y en aquel instante. Y el portaalfanje le desgarró un trozo del traje y le vendó los ojos. Y ya esgrimía el alfanje sobre su cuello, cuando uno de los emires que asistían á la ejecución se levantó y dijo: «¡Oh naieb! No te apresures tanto á hacer cortar la cabeza de este hombre. Porque la precipitación es un consejo del Cheitán, y dice el proverbio: «Sólo consigue su propósito el que alberga á la paciencia en su corazón, mientras el error es patrimonio de quien se precipita.» No te apresures, pues, á poner en peligro el cuello de este hombre, porque quizá no sean mas que unos embusteros los

que han hablado mal de él. Y nadie se halla exento de envidia. Así, pues, ten paciencia, porque acaso más tarde te arrepentirás de haberle quitado la vida injustamente. ¿Y quién sabe lo que sucedería si el visir Giafar se enterara del trato que has hecho sufrir á su amigo y compañero? ¡Y entonces es cuando tu cabeza no estará segura sobre tus hombros!...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 902.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...¡Y entonces es cuando tu cabeza no estará segura sobre tus hombros!»

Cuando el naieb de Damasco oyó estas palabras salió de su sueño, y levantó la mano y detuvo el alfanje que tan de cerca amenazaba la vida de Ataf. Y ordenó que solamente se encarcelase á Ataf y se le echase una cadena al cuello. Y á pesar de sus gritos y súplicas, le arrastraron á la cárcel de la ciudad y le encadenaron por el cuello, como había sido ordenado. Y Ataf se pasaba las noches y los días llorando, poniendo á Alah por testigo y suplicándole que le librara de su aflicción y de sus desdichas. Y vivió tres meses de aquella manera.

Una noche entre las noches se despertó, se humilló ante Alah, y recorrió su prisión hasta donde le permitía su cadena. Y observó que estaba solo en su prisión y que el carcelero que la víspera le había llevado el pan y el agua se había olvidado de cerrar la puerta detrás de él. Y por la puerta entreabierta penetraba un débil resplandor. Y al ver aquello, Ataf sintió de pronto que se le henchían los músculos de una fuerza extraordinaria, y alzando los ojos en dirección al cielo de Alah, hizo un gran esfuerzo y de primera intención rompió la cadena que le sujetaba. Y á tientas, con mil precauciones, se aventuró por los recovecos de la cárcel dormida, y acabó por encontrarse ante la propia puerta que daba á la calle. Y no le costó trabajo encontrar la llave, colgada en un rincón. Y abriendo sin hacer el menor ruido, salió á la calle y se perdió en la noche. Y las tinieblas de Alah le protegieron hasta por la mañana. Y no bien se abrieron las puertas de la ciudad, salió él, mezclándose con la muchedumbre, y apresuró su marcha en dirección á Alepo. Y después de largas caminatas, llegó sin contratiempo á la ciudad de Alepo y entró en la mezquita principal. Y se encontró allí con un grupo de extranjeros que se disponían de modo manifiesto á partir. Y les preguntó adónde iban. Y le contestaron: «¡A Bagdad!» Y al punto exclamó Ataf: «¡Y yo con vosotros!» Y ellos le dijeron: «¡Esa es la tierra á que pertenecen nuestros cuerpos; pero nuestra subsistencia está al lado de Alah solamente!» Y

partieron con Ataf entre ellos. Y al cabo de veinte días de camino llegaron á la ciudad de Kufa, y prosiguieron el viaje hasta llegar á Bagdad. Y Ataf vió una ciudad con grandes edificios, y elegante, y rica en palacios magníficos que ascendían hasta el cielo, y en deleitables jardines; y contenía por igual á sabios y á ignorantes, á pobres y á ricos, á buenos y á malos. Y entró él en la ciudad con un traje de pobre, con un turbante sucio y desgarrado á la cabeza, y una barba inculta y cabellos demasiado largos. Y era lamentable su condición. Y franqueó la puerta de la primera mezquita que encontró. Y hacía dos días que no había comido. Y estaba sentado en un rincón, descansando y reflexionando tristemente, cuando entró en la mezquita un vagabundo, de la especie de los vagabundos que mendigan á las puertas de Alah, y fué á sentarse precisamente enfrente de él. Y se descargó un zurrón viejo que llevaba al hombro, y lo abrió y sacó un pan, luego un pollo, luego otro pan, luego confituras, luego una naranja, luego aceitunas, luego pasteles de dátiles y luego un cohombro. Y el hambriento Ataf veía con sus ojos y olía con su nariz. Y el vagabundo se puso á comer y Ataf á mirarle cómo engullía con calma aquella comida que se diría la del propio mantel de Issa, hijo de Miriam (¡con ambos la paz y la bendición de Alah!). Y Ataf, que no solamente no había comido desde hacía dos días, sino que ni siquiera se había hartado ninguna vez desde hacía cuatro meses, dijo para sí: «¡Por Alah, que me to-

maría un bocado de ese excelente pollo, y un pedazo de ese pan, y por lo menos una raja de ese cohombro delicioso!»

Y tanto le salía á los ojos el deseo del pan y del pollo y del cohombro, que el vagabundo le miró. Y torturado por su hambre extremada, Ataf no pudo por menos de llorar. Y el vagabundo movió la cabeza contemplándole, y cuando hubo tragado el bocado de cosas buenas que á la sazón le llenaba la boca, tomó la palabra y dijo: «¿Por qué ¡oh padre de la barba sucia! haces como los extranjeros y como los perros famélicos, que piden con la mirada el pedazo que se come su amo? ¡Por la protección de Alah, que aun cuando viertas lágrimas bastantes para alimentar el Yaxarte, el Bactros, y el Dajlah, y el Eufrates, y el río de Bassra, y el río de Antioquía, y el Oronto, y el Nilo de Egipto, y el mar salado, y la profundidad de todos los océanos, no te cederé ni un trozo de lo que como. Pero si quieres comer pollo blanco, y pan caliente, y cordero tierno, y todas las confituras y pasteles de Alah, no tienes mas que llamar en la casa del gran visir Giafar, hijo de Yahia el Barmecida. Porque ha recibido en Damasco la hospitalidad de un hombre llamado Ataf, y en recuerdo suyo y en honor suyo prodiga así sus beneficios, y no se levanta ni se acuesta sin hablar de él.»

Cuando Ataf oyó estas palabras al vagabundo del zurrón bien provisto, alzó los ojos al cielo y dijo: «¡Oh Tú, cuyos designios son impenetrables,

he aquí que de nuevo prodigas Tus beneficios sobre Tu servidor!» Y recitó estos versos:

¡Confía tus asuntos al Creador en cuanto los veas embrollados! ¡Luego siéntate con tus penas y desecha tus pensamientos!

Después fué á casa de un mercader de papel y le pidió por caridad un trozo de papel y el préstamo de un cálamo sólo por el tiempo preciso para escribir unas palabras. Y el mercader accedió á darle lo que le pedía. Y Ataf escribió lo que sigue:

«¡De parte de tu hermano Ataf, á quien Alah conoce! Quien posea el mundo no se enorgullezca, porque día llegará en que se vea arruinado y permanezca solo en el polvo con su amargo destino. Si me vieras, no me reconocerías por mi pobreza y mi miseria, pues los reveses del tiempo, el hambre, la sed y un largo viaje han reducido mi alma y mi cuerpo al estado de inanición. Y mira por dónde te encuentro al llegar aquí. ¡Y la paz sea contigo!»

Luego dobló el papel y devolvió el cálamo á su propietario, dándole muchas gracias. Y preguntó dónde estaba la casa de Giafar. Y cuando se la indicaron, se detuvo y se quedó de pie ante la puerta á cierta distancia. Y los guardianes de la puerta le vieron así, de pie y sin pronunciar una palabra, y tampoco le hablaron. Y cuando ya empezaba á sen-

tirse muy azorado por aquella situación, pasó junto á él un eunuco vestido con un traje magnífico y con cinturón de oro. Y Ataf se le aproximó y le besó la mano y le dijo: »¡Oh mi señor! El enviado de Alah (¡con Él la plegaria y la paz!) ha dicho: «El intermediario de una buena acción vale tanto como el que hace la buena acción, y el que la hace se halla entre los bienaventurados de Alah en el cielo.» Y el eunuco preguntó: «¿Y qué necesitas?» Ataf dijo: «Deseo de tu bondad que lleves este papel al dueño de esa casa, diciéndole: «Tu hermano Ataf está á la puerta.»

Cuando el eunuco hubo oído estas palabras, montó en cólera y los ojos se le salieron de las órbitas, y gritó: «¡Oh descarado embustero! ¿cómo pretendes ser hermano del visir Giafar?» Y con un bastón de oro que llevaba en la mano golpeó á Ataf en el rostro. Y brotó la sangre del rostro de Ataf, que cayó al suelo cuan largo era, porque la fatiga, el hambre y las lágrimas le habían debilitado en extremo. Pero, como dice el Libro: «Alah ha puesto el instinto de la bondad en el corazón de ciertos esclavos, lo mismo que ha puesto el instinto de la maldad en el de otros.» Así es que un segundo eunuco, que veía desde lejos lo que pasaba, se acercó al primero, lleno de cólera y de indignación por lo que acababa de hacer, y movido á piedad por Ataf. Y el primer eunuco le dijo: «¿No has oído que pretende ser hermano del visir Giafar?» Y el segundo eunuco le contestó: «¡Oh mal

hombre, hijo de la maldad, esclavo de la maldad! ¡oh maldito! ¡oh cochino! ¿Acaso Giafar es uno de nuestros profetas? ¿No es un perro de la tierra como nosotros? Todos los hombres son hermanos, que tienen por padre y por madre á Adán y Eva, y ha dicho el poeta:

¡Los hombres, por comparación, son todos hermanos! ¡Su padre es Adán y su madre es Eva!

»Y la diferencia que hay entre unos y otros sólo estriba en la mayor ó menor bondad de los corazones.»

Y tras de hablar así se inclinó sobre Ataf y le incorporó y le hizo sentarse, y secó la sangre que le corría por la cara y le lavó y sacudió el polvo de la ropa, y le preguntó: «¡Oh hermano mío! ¿qué es lo que deseas?» Y Ataf contestó: «Solamente deseo que lleven á Giafar este papel y lo entreguen entre sus manos.» Y el servidor de corazón compasivo cogió el papel de manos de Ataf y entró en la sala donde se hallaba el gran visir Giafar el Barmecida, en medio de sus oficiales, de sus parientes y de sus amigos, sentados unos á su derecha y otros á su izquierda. Y todos bebían y recitaban versos, y se regocijaban con música de laúdes y de cánticos deliciosos. Y el visir Giafar, con la copa en la mano, decía á los que le rodeaban: «¡Oh vosotros todos los que os reunís aquí! La ausencia de los ojos no impide la presencia en el corazón. Y nada puede ha-

cerme que no piense en mi hermano Ataf ni hable de él. Es el hombre más magnífico de su tiempo y de su edad. Me ha regalado caballos, esclavos jóvenes blancos y negros, muchachas y hermosas telas, y cosas suntuosas, en cantidad bastante para constituir la dote y la viudedad de mi esposa. Y si no se hubiese conducido así, habría perecido yo, sin duda, y estaría perdido sin remedio. ¡Fué mi bienhechor sin saber quién era yo, y se mostró generoso sin la menor mira de provecho ó interés!»

Cuando el excelente servidor hubo oído estas palabras de su señor, se regocijó en el alma, y avanzó é inclinó su cuello y su cabeza ante él, y le presentó el papel. Y Giafar lo cogió, y habiéndolo leído, quedó tan trastornado que parecía que había bebido veneno. Y ya no supo qué hacer ni qué decir. Y cayó de bruces, teniendo todavía en la mano la copa de cristal y el papel. Y la copa se rompió en mil pedazos y le hirió profundamente en la frente. Y corrió su sangre, y de su mano se escapó el papel.

Cuando el servidor vió aquello, se apresuró á poner pies en polvorosa por miedo á las consecuencias. Y los amigos del visir Giafar levantaron á su señor y le restañaron la sangre. Y exclamaron: «¡No hay recurso ni fuerza mas que en Alah el Altísimo, el Todopoderoso! Estos malditos servidores están siempre afligidos del mismo carácter: turban la vida de los reyes en sus placeres é interrumpen su buen humor. ¡Por Alah, que quien ha escrito este papel merece sencillamente ser arrastrado á casa del wali

para que le aplique quinientos palos y le meta en la cárcel!»

Y acto seguido, los esclavos del visir salieron á la busca del que habia escrito el papel. Y Ataf evitó las pesquisas diciendo: «Es mío, ¡oh mis señores!» Y se apoderaron de él y le arrastraron á presencia del walí, y pidieron para él quinientos palos. Y el walí se los concedió. Y además hizo escribir en las cadenas de Ataf: «Cadena perpetua.» ¡Así se portaron con Ataf el Generoso! Y de nuevo le arrojaron á un calabozo, donde estuvo aún dos meses, y donde se perdieron y borraron sus huellas.

Y al cabo de estos dos meses le nació un niño al Emir de los Creyentes Harún Al-Rachid, quien, con tal motivo, ordenó que se distribuyesen limosnas y se hiciesen dádivas á todo el mundo, y que se libertase de cárceles y calabozos á los presos. Y entre los que se soltaron se encontró Ataf el Generoso.

Cuando Ataf se vió libre de la prisión, débil, hambriento, arruinado y desnudo, alzó sus miradas al cielo y exclamó: «¡Gracias te sean dadas, Señor, en toda circunstancia!» Y sollozó y dijo: «Sin duda he sufrido todo esto á causa de alguna falta cometida por mí en el pasado, pues Alah me ha favorecido con sus mejores beneficios y yo le he correspondido con la desobediencia y la rebeldía. ¡Pero le suplico que me perdone, aunque haya ido demasiado lejos en el libertinaje y en mi abominable conducta!» Luego recitó estos versos:

¡Oh Dios! ¡El adorador hace lo que no debería hacer; es pobre y depende de ti!

¡En los placeres de la vida, se olvida; y como lo hace por ignorancia, perdónale sus culpas!

Y todavía vertió algún llanto más y dijo para sí: «¿Qué voy á hacer ahora? Si parto para mi país tan débil como estoy, moriré antes de llegar; y si, por suerte mía, llego, no habrá ninguna seguridad para mi vida, á causa del naieb; y si me quedo aquí entre los mendigos, mendigando yo también, ninguno de ellos me admitirá en la corporación, ya que nadie me conoce; y no podré proporcionarme á mí mismo la menor ayuda ni la menor utilidad. Por eso, lo que voy á hacer es abandonar mi destino al Dueño de los destinos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 903.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...Por eso, lo que voy á hacer es abandonar mi destino al Dueño de los destinos. He aquí que todo se vuelve contra mí y todo sale al contrario de lo que yo esperaba. Y el poeta estaba en lo cierto cuando decía:

¡Oh amigo mío! ¡He corrido á través del mundo, de Oriente á Occidente! ¡Pero todo lo que encontré fueron penas y fatigas!

¡He tratado á los hombres de la época! ¡Pero no he encontrado ni un amigo agradable ni mi igual!»

Y de nuevo lloró y exclamó: «¡Oh Dios! ¡Dame la virtud de la paciencia!» Tras de lo cual se levantó y se dirigió á una mezquita, entrando en ella. Y allí se quedó hasta la tarde. Y aunque aumentaba su hambre, dijo: «Por Tu magnanimidad y Tu majestad, Señor, juro que no pediré nada á nadie mas que á Ti.» Y se quedó en la mezquita, sin tender la mano á ningún creyente, hasta la caída de la noche. Y entonces salió, diciendo: «Conozco la frase del Profeta (¡con Él la bendición y la paz de Alah!) que dice: «Alah te dejaría dormir en el santuario; pero tú debes abandonarlo á Sus adoradores, porque el santuario se hizo para la plegaria y no para el sueño.» Y anduvo algún tiempo por las calles, y acabó por llegar á una construcción en ruinas, donde entró para pasar la noche y dormir. Y tropezó en la oscuridad y cayó de bruces. Y notó que había caído sobre el mismo obstáculo que le había hecho tropezar. Y vió que era un cadáver de hombre recientemente asesinado. Y á su lado estaba, en el suelo, el cuchillo del asesinato.

Y ante aquel descubrimiento, Ataf se levantó vivamente, con sus andrajos cubiertos de sangre. Y allí permaneció inmóvil, perplejo y sin saber qué

partido tomar, diciéndose: «¿Me quedaré ó huiré?» Y mientras estaba en aquella situación acertaron á pasar por delante de la entrada de la ruina el walí y sus agentes de policía, y Ataf les gritó: «¡Venid á ver esto!» Y entraron ellos con sus antorchas y se encontraron con el cuerpo del asesinado, y con el cuchillo al lado suyo, y con el desdichado Ataf de pie á la cabecera del cadáver y manchados de sangre sus andrajos. Y le gritaron: «¡Oh miserable! ¡tú eres quien le ha matado!» Y Ataf no dió respuesta alguna. Entonces se apoderaron de él, y el walí dijo: «Amarradle y arrojadle al calabozo hasta que demos cuenta del asunto al gran visir Giafar. Y si Giafar ordena su muerte, le ejecutaremos.» E hicieron como habían dicho.

En efecto, al día siguiente, el hombre encargado de los escritos escribió á Giafar una comunicación concebida así: «Entramos en una ruina y nos encontramos en ella á un hombre que había matado á otro. Y le interrogamos, y con su silencio declaró que era el autor del asesinato. ¿Cuáles son, pues, tus órdenes?» Y el visir les ordenó que le condenaran á muerte. Y en consecuencia, sacaron á Ataf de la prisión, le arrastraron á la plaza donde se ahorcaba y se cortaban cabezas, arrancaron una tira de sus andrajos y le vendaron con ella los ojos. Y le entregaron al portaalfanje. Y el portaalfanje preguntó al walí: «¿Le corto el cuello, ¡oh mi señor!?» Y el walí contestó: «¡Córtaselo!» Y el portaalfanje blandió su hoja afilada, que brilló y lanzó

chispas en el aire; y la hizo voltear, y ya la bajaba para hacer saltar la cabeza, cuando se dejó oír un grito detrás de él: «¡Detén tu mano!» Y aquélla era la voz del gran visir Giafar, que volvía de paseo.

Y el walí se puso ante él, y besó la tierra entre sus manos. Y Giafar le preguntó: «¿Por qué hay aquí tanta gente?» Y el walí contestó: «Porque se procedía á la ejecución de un joven de Damasco, el que encontramos ayer en unas ruinas, y que á todas nuestras preguntas, repetidas por tres veces, ha contestado con el silencio en lo que afecta al asesinado, hombre de sangre noble.» Y dijo Giafar: «¡Oh! ¿cómo va á venir de Damasco hasta aquí un hombre para arriesgarse en semejante empresa? ¡Ualahí, eso no es posible!» Y ordenó que llevaran á su presencia al hombre. Y cuando el hombre estuvo entre sus manos, Giafar no le reconoció, porque la fisonomía de Ataf había cambiado y su buena cara y su buen aspecto se habian desvanecido. Y Giafar le preguntó: «¿De qué país eres, ¡oh joven!?» Y el otro contestó: «¡Soy un hombre de Damasco!» Y Giafar preguntó: «¿De la ciudad misma ó de los pueblos que la rodean?» Y Ataf contestó: «¡Ualahí! ¡oh mi señor! De la propia ciudad de Damasco, en donde he nacido.» Y Giafar preguntó: «¿Conociste, por casualidad, allí á un hombre reputado por su generosidad y su mano abierta, que se llamaba Ataf?» Y el condenado á muerte contestó: «¡Le he conocido cuando tú eras amigo suyo y vivías con él en tal casa, en tal calle y en tal barrio, ¡oh mi señor!

y cuando ambos ibais á pasearos juntos por los jardines! ¡Le he conocido cuando te casaste con su prima-esposa! ¡Le he conocido cuando os despedisteis en el camino de Bagdad y cuando bebisteis en la misma copa!» Y Giafar contestó: «¡Sí, es cierto cuanto dices con respecto á Ataf! Pero ¿qué ha sido de él después de separarse de mí?» Y el otro contestó: «¡Oh mi señor! ¡le ha perseguido el Destino y le ha ocurrido tal y cuál cosa!» Y le hizo el relato de cuanto le había ocurrido desde el día de su separación en el camino que conducía á Bagdad hasta el momento en que el portaalfanje iba á cercenarle el cuello. Y recitó estos versos:

*¡El tiempo ha hecho de mí su víctima, mientras tú
vives en la gloria! ¡Los lobos tratan de devorarme, y he
aquí que llegas tú, el león!*

*¡Apagas la sed de cualquier sediento que se presenta!
¡Es posible que tenga yo sed, siendo tú siempre nues-
tro refugio?*

Y cuando hubo recitado estos versos, gritó: «¡Oh mi señor Giafar, te reconozco!» Y gritó también: «¡Soy Ataf!» Y Giafar, por su parte, se irguió sobre ambos pies, lanzando un grito estridente, y se precipitó en los brazos de Ataf. Y tanta fué la emoción de ambos, que perdieron el conocimiento por unos instantes. Y cuando volvieron en sí se besaron y se interrogaron mutuamente acerca de lo que les había sucedido, desde el principio hasta el fin. Y aún

no habían acabado de hacerse confidencias, cuando se dejó oír un grito penetrante; y se volvieron y vieron que había sido lanzado por un jeque que se adelantaba diciendo: «¡No es humano lo que se hace!» Y le miraron, y vieron que el tal jeque era un anciano que tenía la barba teñida con alheña y la cabeza cubierta con un pañuelo azul. Y al verle, Giafar le mandó avanzar y le preguntó qué quería. Y el jeque de la barba teñida exclamó: «¡Oh hombres! ¡alejad del alfanje al inocente! ¡Porque el crimen que se le imputa no es un crimen cometido por él, y el cadáver del joven asesinado no es obra suya, y él nada tiene que ver con eso! ¡Porque yo mismo soy el único matador!» Y Giafar el visir le dijo: «Entonces, ¿eres tú quien le ha matado?» El aludido contestó: «¡Sí!» El visir preguntó: «¿Y por qué le has matado? ¿Es que no albergas en tu corazón el temor de Alah, ya que de tal suerte matas á un hijo de sangre noble, á un Haschimita?» Y el jeque contestó: «Ese joven á quien habéis encontrado muerto era propiedad mía, y le había criado yo mismo. Y todos los días tomaba dinero mío para sus gastos. Pero, en vez de serme fiel, iba á divertirse tan pronto con el llamado Schumusdag como con el llamado Nagisch, y con Ghasis, y con Ghu-bar, y con Ghouschir, y con otros muchos libertinos; se pasaba los días con ellos, abandonándome. Y todos se envanecían en mis barbas de haberle poseído, hasta Odis el basurero y Abu-Butrán el zapatero remendón.

»Y mis celos aumentaban á diario. Y por más que le predicaba é intentaba disuadirle de obrar así, él no aceptaba ningún consejo ni ninguna reprimenda; por fin, aquella noche le sorprendí con el llamado Schumusdag el mondonguero; y al ver aquello, el mundo se ennegreció ante mi rostro, ¡y en las mismas ruinas donde le sorprendí le maté! Y con ello me libré de todos los tormentos que me ocasionaba. ¡Y tal es mi historia!»

Luego añadió: «Y he guardado silencio hasta hoy. Pero al saber que iban á ejecutar á un inocente en lugar del culpable, no he podido callar mi secreto, y he venido para sacar al inocente de debajo del alfanje. Y heme aquí ante vosotros. ¡Herid mi nuca y tomad vida por vida! ¡Pero antes libertad á ese joven inocente que no tiene que ver nada en este asunto!»

Y Giafar, al oir estas palabras del jeque, reflexionó un instante, y dijo: «¡El caso es dudoso! ¡Y en la duda, se debe alejar la mano! ¡Oh jeque! ¡Vete en la paz de Alah, y séate perdonado tu crimen!» Y le despidió.

Tras de lo cual cogió á Ataf de la mano, y le estrechó de nuevo contra su pecho, y le condujo al hammam. Y cuando el arruinado Ataf se refrescó y restauró, fué con él al palacio del califa. Y entró á ver al califa y besó la tierra entre sus manos, y dijo: «Ahí está ¡oh Emir de los Creyentes! Ataf el Generoso, el que ha sido mi huésped en Damasco, quien me ha tratado con tantos miramientos, tanta

bondad y tanta generosidad, y quien me ha preferido á su propia alma.» Y Al-Rachid dijo: «¡Tráemele inmediatamente!» Y Giafar le introdujo tal y como estaba, débil, extenuado y temblando de emoción todavía. Y sin embargo, Ataf no dejó de rendir sus homenajes al califa, de la mejor manera y con el lenguaje más elocuente. Y Al-Rachid suspiró al verle, y le dijo: «¡En qué estado te hallo! ¡Oh pobre!» Y Ataf se echó á llorar; é invitado por Al-Rachid, contó toda su historia, desde el principio hasta el fin. Y mientras él la contaba, Al-Rachid lloraba y sufría, así como el desolado Giafar.

Y he aquí que, entretanto, entró el jeque de la barba teñida, que había sido indultado por Giafar. Y el califa se echó á reir al verle.

Luego rogó á Ataf el Generoso que se sentara, y le hizo repetir su historia. Y cuando Ataf hubo acabado de hablar, el califa miró á Giafar, y le dijo: «Cuéntame ¡oh Giafar! lo que piensas hacer por tu hermano Ataf.» Y Giafar contestó: «Por lo pronto, le pertenece mi sangre y soy su esclavo. Además, tengo para él cofres que contienen tres millones de dinares de oro, y otros tantos millones en caballos de raza, mozalbetes, esclavos negros y blancos, jóvenes de todos los países y todo género de suntuosidades. Y se quedará con nosotros para que nos regocijemos con su compañía.» Y añadió: «¡Por lo que respecta á su prima-esposa, es cosa á tratar entre yo y él!»

Y el califa comprendió que había llegado el mo-

mento de dejar juntos á los dos amigos; y les permitió salir. Y Giafar condujo á Ataf á su casa, y le dijo: «¡Oh hermano mío Ataf! Has de saber que la hija de tu tío, que te ama, está intacta, y que no he visto descubierto su rostro desde el día de nuestra separación...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 904.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...¡Oh hermano mío Ataf! Has de saber que la hija de tu tío, que te ama, está intacta, y que no he visto descubierto su rostro desde el día de nuestra separación. Y he aquí que me he desligado de ella, y me he divorciado en honor tuyo; y he anulado nuestro contrato. Y en el mismo estado en que se hallaba te devuelvo el precioso depósito que pusiste entre mis manos.» Y así lo hizo. Y Ataf y su prima se reunieron con la misma ternura y el mismo afecto que antes.

Pero en cuanto al naieb de Damasco, que había sido el autor de todos los sufrimientos de Ataf, el califa mandó emisarios, que le arrestaron, y le ro-

dearon de cadenas, y le arrojaron á un calabozo. Y allí quedó hasta nueva orden.

Y Ataf pasó en Bagdad varios meses, disfrutando de una dicha perfecta, al lado de su prima, y al lado de su amigo Giafar, y en la intimidad de Al-Rachid. Y bien hubiera querido pasarse toda la vida en Bagdad; pero de Damasco le llegaron numerosas cartas de sus parientes y de sus amigos, que le suplicaban volviera á su país, y pensó que tenía el deber de hacerlo. Y fué á pedir el beneplácito al califa, que le concedió la autorización, no sin pena y suspiros amistosos. Y no quiso, empero, dejarle partir sin darle pruebas duraderas de su benevolencia. Y le nombró walí de Damasco, y le dió todas las insignias de su cargo. E hizo que le acompañara una escolta de jinetes, de mulos y de camellos cargados con regalos magníficos. Y así fué escoltado Ataf hasta Damasco.

Y toda la ciudad se iluminó y empavesó con motivo del regreso de Ataf, el más generoso de los hijos de la ciudad. Porque Ataf era querido y respetado por todas las clases populares, y sobre todo por los pobres, que habían llorado siempre su ausencia.

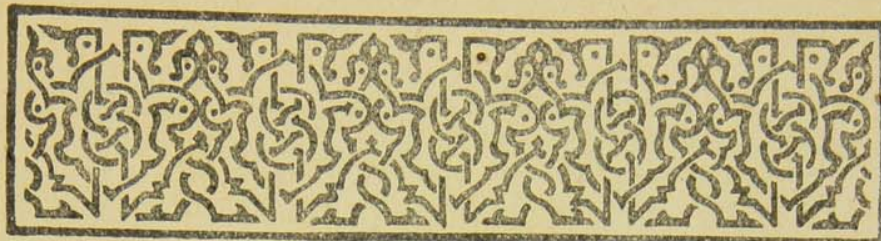
Pero, volviendo al naieb, llegó un segundo decreto del califa condenándole á muerte por sus injusticias. Pero el generoso Ataf intercedió en favor suyo ante Al-Rachid, que se limitó entonces á conmutarle la pena de muerte por la de destierro de por vida.

En cuanto al libro mágico en que el califa había

leído las cosas que le habían hecho reir y llorar, no se habló más de él. Porque Al-Rachid, con la alegría de volver á ver á su visir Giafar, no se acordó ya de las cosas pasadas. Y Giafar, que, por su parte, no había logrado adivinar el contenido de aquel libro ni encontrar hombre capaz de adivinarlo, se guardó mucho de iniciar conversación á este respecto. Y por cierto que no hay ninguna utilidad en saber semejante cosa, ya que desde entonces vivieron todos con dicha, tranquilidad y amistad sin mácula, y gozando de todos los placeres de la vida hasta la llegada de la Destructora de alegrías y Constructora de tumbas, la que está mandada por el Dueño de los destinos, el Único viviente, el Misericordioso para sus creyentes.

«Y esto es ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—lo que nos han transmitido los narradores acerca de Ataf el Generoso, que habitaba en Damasco. Pero su historia no puede compararse de cerca ni de lejos con la que me reservo contarte, si mis palabras no han pesado en tu espíritu.» Y Schahriar contestó: «¿Qué dices, ¡oh Schahrazada!? Esa historia me ha instruído y me ha ilustrado y me ha hecho reflexionar. Y heme aquí dispuesto á escucharte como el primer día.»





ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
LOS OCIOS ENCANTADORES DE LA ADOLESCENCIA DESOCUPADA..	7-115
que comprende:	
EL MOZALBETE DE LA CABEZA DURA Y SU HERMANA LA DEL PIE PEQUEÑO..	7-16
LA PULSERA DE TOBILLO..	16-24
EL MACHO CABRÍO Y LA HIJA DEL REY.	24-44
EL HIJO DEL REY CON LA TORTUGA GIGANTESCA.. . . .	44-63
LA HIJA DEL VENDEDOR DE GARBANZOS.	63-75
EL DESLIGADOR.	75-81
EL CAPITÁN DE POLICÍA.	81-86
¿CUÁL ES EL MÁS GENEROSO?	87-95
EL BARBERO EMASCULADO.	95-103
FAIRUZ Y SU ESPOSA.	104-110
EL NACIMIENTO Y EL INGENIO..	110-115
HISTORIA DEL LIBRO MÁGICO..	117-185

EDITORIAL PROMETEO.—VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ, director literario de esta Editorial.—NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. El Papa del mar. A los pies de Venus. Novelas de amor y de muerte. En busca del Gran Kan. El Caballero de la Virgen. El fantasma de las alas de oro.—CUENTOS: La condenada. Cuentos valencianos.—VIAJES: En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 tomos).—ARTÍCULOS: El militarismo mejicano.—5 *pesetas volumen*.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914, por V. BLASCO IBÁÑEZ.—Esta obra es á la vez un libro y un panorama. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se puede formar idea de lo que fué la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—Nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 *pesetas*.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por ERNESTO LAVISSE, de la Academia Francesa, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia.—Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Más de 20.000 retratos, cuadros, armas, monedas, monumentos, etc. Historia gráfica del Arte. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al XV. En prensa el XVI.—10 *pesetas* cada volumen lujosamente encuadernado en tela.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Conocer la tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre. Nada para ello como esta obra, que no es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclús, tan artistas como sabios. Se dedica una extensión especial á España y á las naciones de América, pueblos para los que se ha escrito esta *Geografía*.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—7'50 *ptas.* el tomo encuadernado en tela.

BIBLIOTECA CLÁSICA.—*Clásicos griegos*: Homero, Esquilo, Sófocles, Hesiodo, Eurípides, Teócrito, Aristófanes, Jenofonte, Aristóteles.—*Clásicos latinos*: Plauto, Cicerón, Valerio Máximo, Fedro, Horacio, Virgilio.—*Edad Media*: La canción de Roldán.—*Clásicos españoles*: Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, Guillem de Castro, Calderón de la Barca, Moreto, Timoneda, Lope de Rueda, Rojas Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, A. Velázquez de Velasco, Juan Ruiz, Hernán Núñez, F. de Rojas, Gracián, Góngora, Letri-llas, Cancionero español y morisco, Cancionero del Cid, Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII.—*Clásicos franceses*: Molière, Rochefoucauld, Rousseau.—*Clásicos ingleses*: Shakespeare (Obras completas).—2 pesetas volumen.

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE.—Traducción directa y literal del árabe por el doctor J. C. MARDRUS. Versión española de Vicente Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo.—La gran obra de los cuentistas árabes permanecía ignorada, pues sólo se conocían tímidas é incompletas adaptaciones, hasta que ahora la ha traducido y recopilado en las propias fuentes el doctor Mardrus, dedicando años á esta labor inmensa.—23 tomos á 2 ptas. uno.

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS.—JOSÉ FRANCÉS: La danza del corazón. 3'50 ptas.—G. GÓMEZ DE LA MATA: La que llegó tarde. 4 ptas.—CARMEN DE BURGOS: Cuentos de Colombine. 3 ptas.—Los inadaptados. 3 ptas.—CIGES APARICIO: La romería. 2 pesetas.

PAÍSES DE AMÉRICA.—SESTO: El México de Porfirio Díaz.—Hombres y cosas. 5 ptas.—UGARTE: El porvenir de la América española. 3 ptas.—CASTILLO: Dos Américas (Estados Unidos). 2 ptas.—Europa vista por una gran escritora americana: *Viaje de recreo*, por CLORINDA MATTO DE TURNER. Profusas ilustraciones. 5 ptas.—R. ALTAMIRA: España en América. 4 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos.—3 pesetas vol.—Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART, profesor de la Universidad de Jena. 4 pesetas.

LA CIENCIA PARA TODOS.—Historia de Europa. Agricultura científica. El mundo de los microbios. El Polo Ártico y sus misterios. La vida íntima de los griegos y los romanos.—Tomos ilustrados y encuadernados en cartóné. 1'50 ptas. volumen.

LA NOVELA DE AVENTURAS.—Obras de acción y de gran trama episódica.—GUITTON Y ROUGE: La conspiración de los millonarios. El regimiento de los hipnotizadores. El desquite del viejo mundo.—SANTERO: Don Juan de Austria.—BELLOT: El crimen de la calle de la Paz.—REYBAUD: Jerónimo Paturot.—Volúmenes en cartóné, á 1'50 *ptas.*—DUMAS: La corte de Luis XIV. (2 tomos en rústica.)

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, por A. CONAN DOYLE.—Esta serie de novelas, la más interesante de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño. La marca de los cuatro. El perro de Baskerville. Policía fina. Triunfos de Sherlock Holmes. Nuevos triunfos de Sherlock Holmes. Nuevas y últimas aventuras de Sherlock Holmes.—2 *pesetas volumen.*

LOS CLÁSICOS DEL AMOR.—Aspecto nuevo de los grandes autores del clasicismo, que siempre artistas supieron decir todas las cosas y decirlas bien, por escabrosas que sean.—Van publicados: LONGO, Dafnis y Cloe.—MARCIAL, Epigramas eróticos.—ARETINO, Vida de las casadas y de las cortesanas.—VOLTAIRE, La doncella.—PETRONIO, El Satiricón.—ABATE CASANOVA, Amores y aventuras.—CUENTISTAS ITALIANOS, Obras galantes.—BOCCACCIO, El Decamerón (4 t.)—2 *pesetas volumen.*

ARTE.—OBRAS COMPLETAS DE RUSKIN: Las piedras de Venecia. Las mañanas de Florencia. Las siete lámparas de la Arquitectura. Los pintores modernos. El reposo de San Marcos. La biblia de Amiens. La corona de olivo silvestre.—Cada volumen, 2 *pesetas.*

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA.—Anatole France, Daudet, Víctor Hugo, etc.—2 *pesetas volumen.*

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL.—Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Schopenhauer, Spencer, etc.—2 *pesetas volumen.*

BIBLIOTECA ECONÓMICA.—Obras de gran amenidad, interés y trama novelesca.—1 *peseta volumen.*

COLECCIÓN POPULAR.—Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 *peseta volumen.*

LOS GRANDES NOVELISTAS.—Obras de Tolstoi, Dumas, Conan Doyle, etc. Colección Rocambole (la traducción más completa), por Ponson du Terrail.—Vols. á 35 *céntimos.* Edición de *La Novela Ilustrada.*

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. El Papa del mar. A los pies de Venus. Novelas de amor y de muerte. En busca del Gran Kan. El Caballero de la Virgen. El fantasma de las alas de oro.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 tomos).—**ARTICULOS:** El militarismo mejicano.—5 pesetas volumen.

NOVISIMA HISTORIA UNIVERSAL

Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida a partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XV. En prensa el XVI.—10 pesetas volumen encuadernado.

NOVISIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

Por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

BIBLIOTECA CLÁSICA

Clásicos griegos: Homero, Esquilo, Sófocles, Hesiodo, Eurípides, Teócrito, Aristófanes, Jenofonte, Aristóteles.—*Clásicos latinos:* Plauto, Cicerón, Valerio Máximo, Fedro, Horacio, Virgilio.—*Edad Media:* La canción de Roldán.—*Clásicos españoles:* Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, Guillen de Castro, Calderón de la Barca, Moreto, Timoneda, Lope de Rueda, Rojas Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, A. Velázquez de Velasco, Juan Ruiz, Hernán Núñez, F. de Rojas, Gracián, Góngora, Juan Luis Vives, Diego de Torres Villarroel, Letrillas, Cancionero español y morisco, Cancionero del Cid, Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII.—*Clásicos franceses:* Molière, Rousseau, Rochefoucauld.—*Clásicos ingleses:* Shakespeare (Obras completas).—2 ptas. vol.

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibañez. Novelas de Adam, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Margueritte, Miomandre, Rosny, Tinayre y otros maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

BIBLIOTECA DE LITERATURA.—2 ptas. vol.

BIBLIOTECA ECONÓMICA.—1 pta. volumen.

COLECCIÓN POPULAR.—1 pta. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL.—2 ptas.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS.—1'50 ptas. vol.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBAÑEZ.

Ilustrada con millares de grabados. Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 pesetas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 pesetas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibañez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 9 t.—2 ptas. vol.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Edición de *La Novela Ilustrada*.—Volúmenes á 35 céntimos.

Las novelas de Jack London.

Nadie le ha superado en la novela de aventuras. Buscadores de oro, piratas, aventureros, indios, antropófagos, los más diversos tipos son los protagonistas de estas obras. Se han publicado: *Antes de Adán*, *La llamada de la selva*, *Aventura*, *La expedición del pirata*, *La peste escarlata*, *Jerry el de las Islas*, *Cuentos de los mares del Sur*, *Valor holandés*, *Tres corazones*, *El lobo de mar*, *Miguel, hermano de Jerry*, *Aurora espléndida*, *La damita de la Casa Grande*, *El Ídolo Rojo*.—3 ptas. vol.—Un verdadero éxito de librería

©Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Pídanse Catálogos especiales de estas obras y Bibliotecas